

OCHO REVOLUCIONES SOCIALES DEL SIGLO XX

UN ENSAYO POPULAR COMPARATIVO

GUILLERMO ALMEYRA



Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Ocho revoluciones sociales del siglo XX

Un ensayo popular comparativo

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Dr. Galdino Morán López
Rector

Lic. Marissa Reyes Godínez
Coordinadora de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

Dra. Leticia Romero Chumacero
Coordinadora Académica

Eduardo Mosches Nitkin
Responsable de la Biblioteca del Estudiante

Ocho revoluciones sociales del siglo XX

Un ensayo popular comparativo

Guillermo Almeyra

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

Biblioteca
BE
del
Estudiante

FICHA CATALOGRÁFICA E-S/N

Almeyra, Guillermo, 1928-

Ocho revoluciones sociales del siglo XX : un ensayo popular comparativo / Guillermo Almeyra . — México : Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2019

206 p. ; 21 cm.

Incluye referencias bibliográficas

Expone las revoluciones: Mexicana, Rusa, China, Persa, Boliviana, Argelina, Cubana y de Yemen del Sur.

ISBN 978-607-9465-96-4

1. Revoluciones – Siglo XX. – 2. Movimientos sociales. – Siglo XX. -- I. t.

LC HX 550

Dewey 303.64

Ocho revoluciones sociales del siglo XX
primera edición, 2019

© Guillermo Almeyra,
D. R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México
García Diego 168, col. Doctores,
del. Cuauhtémoc, c. p. 06720, México, D F

ISBN: 978-607-9465-96-4

Biblioteca del Estudiante: [http://portal.uacm.edu.mx/
Estudiantes/BibliotecadelEstudiante/tabid/276/Default.aspx](http://portal.uacm.edu.mx/Estudiantes/BibliotecadelEstudiante/tabid/276/Default.aspx)

Material educativo universitario de distribución gratuita para
estudiantes de la UACM. Prohibida su venta

Hecho e impreso en México

Había grandes vientos sobre todos los rincones del mundo,
vientos violentos corrían por el planeta sin sed ni reposo, sin
freno ni medida y nos dejaban, hombres de paja,
en el año de paja a su merced.
¡Ah sí, enormes vientos sobre todas las
facetas de los vivos!

Saint-John Perse, Vents I (trad. del A.)

Palabras previas

Este libro no pretende exponer de manera histórica lo que fueron las revoluciones en el siglo pasado sino, de manera más humilde y escueta, extraer de ellas algunas conclusiones sociológicas y políticas. Al presente no se le puede entender si no se comprenden sus orígenes inmediatos y mediatos, sin conocerlo es imposible pensar en lo que podría ser el futuro.

Lo que llamamos política nacional no es sino una expresión particular del desarrollo del proceso de un capitalismo que ha unificado al mundo. No se puede comprender nada sin entender ese carácter internacional de la política, que entre lo nacional e internacional no hay división ni barrera alguna y que lo que pasa en el todo global vence las barreras locales y remodela de manera perpetua los diferentes países.

Las revoluciones son momentos excepcionales en la historia en la que los explotados y oprimidos se levantan al unísono para tomar en sus propias manos sus destinos y el de sus países pero no son estallidos sino procesos que pueden tener larga duración. A escala mundial, por

ejemplo, estamos aún ante la necesidad de extender las conquistas democrático-burguesas planteadas por la Revolución Francesa de 1789 (reforma agraria radical, eliminación de la esclavitud, plena democracia, *Liberté, Égalité, Fraternité*) y la lucha por ellas se da en medio de una gran crisis política, económica y moral del sistema capitalista que lleva a éste a intentar arrancar las conquistas históricas de los trabajadores y a suprimir los márgenes democráticos concentrando el poder político así como reunió el poder económico y la riqueza. La respuesta defensiva de los trabajadores no se hace esperar y la lucha de clases se agudiza abriendo espacios a estallidos e insurrecciones bajo la apariencia de normalidad.

Todas las sublevaciones populares, por su parte, entremezclan las luchas democráticas con las reivindicaciones sociales profundas, incluso socialistas. Unen a las que se arrastran del pasado porque éste aún no fue superado con un combate por el futuro libertario, pero muchos de esos procesos se desvían o son frenados apenas en sus comienzos.

El resultado de esa desviación puede ser la independencia formal del país, si éste era antes una colonia manteniendo y reforzando el régimen de explotación, pues el poder real está en manos del capital financiero internacional que arroja sólo migajas a sus agentes capitalistas locales.

Al resumir esas revoluciones de un pasado reciente, debemos además tener presente que se produjeron en países con gobiernos dictatoriales autocráticos (como Rusia), imperios en descomposición (como China o Persia, el actual Irán), gobiernos duros pero sin consenso ni bases sociales fuertes y con estructura estatal incipiente (México

y Cuba) o situaciones de intolerable opresión colonial a países que, precisamente por eso, carecían de una burguesía y, en cambio, tenían un proletariado fuerte y concentrado, urbano o rural (Argelia, Yemen del Sur) pero que, sobre todo y a diferencia de los países industrializados, no tenían una aristocracia obrera ni una burocracia sindical, ambas de mentalidad burguesa y propensas a contentarse con lo que les ofrece el capitalismo.

Asimismo, es necesario tener en cuenta los cambios sociales mundiales que se produjeron desde entonces, como el impacto de la Revolución Rusa de 1917 que puso en el orden del día la posibilidad de la revolución socialista internacional y, como reacción, llevó a los liberales a convertirse en fascistas o nazis.

El capitalismo pasó a la segunda Revolución Industrial con los combustibles fósiles, la aviación, los automotores y las comunicaciones rápidas. Después, a la tercera, con la electrónica, la industria y la energía atómicas, las comunicaciones en tiempo real y ahora entra en la cuarta, con la robótica generalizada y la inteligencia artificial que crea grandes esperanzas en cuanto a la reducción de los horarios de labores, de los trabajos insalubres y a la construcción del socialismo y, al mismo tiempo, si el capitalismo sobrevive, plantea grandes peligros para la mayoría de la humanidad, que podría ver crecer la opresión, caer los salarios y aumentar brutalmente la desocupación.

Al mismo tiempo, las clases sociales de hoy se modificaron profundamente con respecto a las del siglo pasado. Los obreros alemanes acaban de conquistar la semana laboral de 28 horas para los metalúrgicos con un aumento importante del salario, mientras que las industrias que

necesitan mano de obra masiva se han trasladado a los países dependientes y el número de campesinos disminuyó drásticamente en todo el planeta, las ciudades y los obreros industriales crecieron en condiciones cada vez más inhumanas y las clases medias cayeron en la precariedad o se proletarizaron.

De manera simultánea, las inmensas migraciones en busca de trabajo y condiciones más humanas rompieron la unidad étnica de los trabajadores de los países más industrializados y condujeron a la creación de vastas masas racistas, nacionalistas y xenóforas de las clases medias cuya ideología infecta incluso a capas obreras. Al mismo tiempo, el internacionalismo obrero, que era general entre los trabajadores y los sectores cultos, cedió el paso al nacionalismo y en los países antes coloniales ese nacionalismo adoptó formas de fundamentalismo religioso. El capital financiero internacional pasó a ser dominante e integró al gran capital local en todos los países y los Estados se modificaron mientras cada vez más disminuyeron de las bases para la democracia y las conquistas de la civilización. *Last but not least*, último en la argumentación pero no en importancia, estamos al borde de una catástrofe ecológica producida por el extractivismo, la depredación capitalista de los recursos, el consumismo y el despilfarro sin límites así como del tipo de industrias y consumos determinados por la búsqueda desenfrenada de ganancias, gracias a la corrupción y a la falta de todo control por parte de las oligarquías que dirigen los Estados.

Las llamadas «burguesías nacionales» en nuestro siglo, por último, han sido integradas por el capital financiero y las transnacionales asociándose con esas fuerzas extran-

jas. Sólo ilusos irremediables creen posible que esas burguesías y los «gobiernos progresistas» que intentan reforzarlas —o, peor aún, construirlas— puedan sacar a sus respectivos países de la dependencia y desarrollarlos.

Por último, una advertencia: no trataremos todas las revoluciones del siglo XX que fue, según León Trotsky, uno de los protagonistas más importantes del mismo y, a la vez, un gran historiador, «[...] un siglo de guerras y revoluciones». Sólo hablaremos de las revoluciones vencidas o victoriosas, donde las clases en pugna disputaron el poder armas en mano. Otros grandes y muy importantes momentos de transformación social —como la revolución de unificación nacional y de transformación social en los países de Indochina, donde no se ha dicho aún la última palabra— quedan así fuera de nuestro análisis.

Por ejemplo, el levantamiento franquista en 1936 —apoyado por los nazis alemanes, el fascismo italiano y el Vaticano— contra la República Española y el gobierno del Frente Popular provocó una guerra civil en la que los republicanos moderados, los partidos socialista y comunista y la dirección de los sindicatos anarquistas¹ trataron en todo momento de subordinar la lucha de grandes sectores de los trabajadores por una revolución social, a la exclusiva defensa de la República democrática dejando para más adelante, si se lograba la victoria, las transformaciones revolucionarias y la cuestión del poder.

Por eso el gobierno republicano ni siquiera declaró la independencia de las colonias —lo que le hubiera quitado

¹ Como la dirección de la CNT y Federica Montseny, anarquistas, que entraron en el gobierno republicano.

a Franco sus regimientos de moros— ni hizo una revolución agraria, que habría reducido mucho el apoyo de los campesinos gallegos o navarros a las tropas que luchaban en representación de los grandes terratenientes y del capital. Por el contrario, y en nombre de la unidad para vencer la guerra, reprimió y asesinó a anarquistas y militantes del POUM, que anteponían la revolución social a la guerra y combatían en ésta por aquélla. El aborto de la revolución social implicó inevitablemente la derrota en la guerra civil y abrió el camino a la guerra mundial.

Asimismo, ni el mayo francés de 1968, ni ninguna de sus réplicas 1968-69 en las condiciones sociales locales de México, Argentina, Brasil, Checoeslovaquia, Italia, Japón, Estados Unidos pusieron en cuestión el problema del poder.² La rebelión juvenil —estudiantil en Francia y otros países, obrera y estudiantil en Italia y Argentina— cuestionó a fondo, en cambio, los poderes en la vida cotidiana (el poder eclesiástico y religioso, el poder en la familia, el poder del patriarcado y el machismo, el de los profesores, de los militares y combatió contra las guerras mismas, pues se opuso a la Guerra de Vietnam y a las represiones en las colonias así como a las dictaduras militares como las de Argentina, Chile o Brasil).

Por su parte, las luchas de liberación en las colonias holandesas, francesas, inglesas y portuguesas en Asia y

² Véase al respecto el muy documentado artículo de Jacques Kergoat *Sous la plage, la grève en Retours sur Mai*, AA.VV., (coord.), Antoine Artous, París: La Brèche, 1988, donde demuestra el carácter meramente reivindicativo de las huelgas obreras y de las ocupaciones de fábrica y el hecho de que en prácticamente todas las fábricas ocupadas no hubieran asambleas, comités de huelga y ningún intento de autogestión.

África condujeron de inmediato en los países más desarrollados al poder de las direcciones nacionalistas burguesas que asumieron su liderazgo o, en los de menor desarrollo capitalista, a la transformación en gobiernos burgueses neocoloniales de las direcciones tribales o de pequeños grupos de intelectuales formados en los países colonialistas. El poder capitalista pasó así a otras manos pero no hubo ningún otro cambio.

En 1974 en Portugal, aunque bajo el fuego de la revolución de independencia en sus colonias y, en Europa, de la influencia del mayo francés que había marcado a decenas de miles de obreros portugueses emigrados a Francia, el ejército se había disuelto con la «Revolución de los claveles» y se había implantado el control obrero de las empresas, el poder capitalista logró restablecerse.

Por la misma razón tampoco trataremos, pese a su importancia, la evolución del nacionalismo árabe nasserista en Egipto ni del baasista en Siria, Irak, Yemen del Norte ni del gueddafismo libio pero sí lo haremos en el caso de la Revolución en Yemen del Sur —que fue una excepción con su lucha armada victoriosa y su Partido Socialista Sudyemenita— y también en el de la Revolución Argelina, por la extensión y la profundidad de la lucha social y armada, la expulsión del sector central de la burguesía (los colonos) y la experiencia truncada de la autogestión durante el breve gobierno de Ahmed Ben Bella.

Los procesos sociales, por otra parte, se entrecruzan e interinfluyen y las revoluciones son, como en las grandes cadenas montañosas, sólo los picos más altos de los mismos.

La Revolución en Yemen del Sur, un pequeño país de 1 500 000 habitantes en el sur de la península arábiga que venció y expulsó a los colonialistas británicos y al sultán local, resistió a las tropas del Shah de Irán y de Arabia Saudita, no hubiera sido posible sin el triunfo del nacionalismo de Abdel Gamal Nasser en Egipto y sin la victoria de la Revolución Argelina o las luchas de los palestinos contra el régimen colonialista y racista del sionismo. Las chispas del 68 francés, con sus levantamientos juveniles y sus gigantescas huelgas obreras, llegaron también a gran distancia y se convirtieron en incendios porque en todos los países con algún desarrollo las praderas estaban secas. La concentración de los obreros debido al desarrollo de sectores industriales incluso en los países menos industrializados, el proceso de urbanización y la lucha contra las clases y sectores dominantes, hicieron imposible la supervivencia de las viejas relaciones sociales y provocaron una urgente necesidad de cambio.

Las revoluciones, además, no tienen igual importancia; algunas tienen un impacto sobre el ámbito regional mientras que otras, como en Rusia, por el papel estratégico del país y del régimen abatido cambian por completo a un continente entero y al mundo. Todas ellas, sin embargo, como la francesa o la Comuna de París, permanecen por siglos en la conciencia profunda de las grandes masas que se ven a sí mismas en las acciones de sus antepasados.

Las crisis políticas y sociales estallan después de periodos «calmos» de desarrollo de las contradicciones provocadas por la sociedad capitalista moderna y como resultado de la mundialización del capital. Hay, por eso, «nudos» en la historia de los pueblos, periodos particu-

larmente intensos en los que las revoluciones están en el orden del día, los cuales son precedidos o seguidos por otros años e incluso décadas, de aparente sometimiento de los oprimidos.

Las dos primeras décadas del siglo pasado fueron uno de esos nudos en plena Belle Époque con la Revolución Rusa de 1905 tras la derrota del zarismo en la Guerra con Japón, la instauración de una República en China, la revolución campesina y democrática mexicana, la Revolución Persa y, sobre todo, la Revolución Rusa de 1917 que dio origen a la Unión Soviética.

En cambio, en los años veinte, la Revolución China debió prolongarse dos décadas más a causa de que Stalin ordenó la disolución del Partido Comunista Chino en el Kuomintang (que exterminó en las ciudades a los comunistas y obligó a los supervivientes a su Larga Marcha), y debido también al reforzamiento consiguiente del gobierno nacionalista corrupto de Chiang Kaishek y a la ferocidad de la invasión japonesa.

A fines de los años cuarenta y bajo el impulso de la derrota del nazifascismo y de la victoria del ejército soviético, se concentraron nuevamente muchos procesos revolucionarios que unían la lucha por la liberación nacional con el combate por un cambio social radical y que demostraron que el ciclo de las revoluciones seguía vigente.

Ejemplos de ese proceso fueron el desarrollo y el triunfo en 1950 de la Revolución China y la Revolución Yugoslava —en 1948—, que echó a los nazifascistas invasores y a la monarquía serbia junto a las burguesías colaboracionistas y, contrariando las órdenes de Stalin de formar un gobierno con el rey, encaró la construcción del socialismo.

En Grecia, Italia y Francia, en cambio, los partidos comunistas de masa estrangularon la transformación de la lucha armada por la liberación nacional del nazifascismo en revolución socialista ingresando en gobiernos junto con la burguesía en los años de la inmediata posguerra, reconstituyeron los Estados capitalistas, frenaron y canalizaron la lucha de los trabajadores institucionalizándola.

La expulsión del Kominform y el sabotaje de la Unión Soviética a una Yugoslavia exhausta afectaron gravemente el desarrollo del socialismo en los Balcanes mientras en los países coloniales o semicoloniales, dirigentes salidos de las clases medias acomodadas o del ejército³ trataban de contrarrestar el contenido anticapitalista inconsciente de los procesos sociales y los canalizaban hacia la construcción de una burguesía nacional fuerte utilizando para ello la fuerza estatal.

El capitalismo mundial pudo así estabilizarse y Estados Unidos, pese a su derrota en la Guerra de Corea, pudo convertirse en la principal potencia económica y militar mundial. La recuperación de la economía desde fines de los 1940 hasta principios de los setenta, así como la política de coexistencia pacífica de la Unión Soviética y de los partidos comunistas, son los dos factores principales que en esos años alejaron de Europa el espectro de la revolución social.

Pero el impulso de la posguerra continuó expresándose después en diversos procesos durante la década de 1950;

³ Como Juan Domingo Perón en Argentina (1946), Ferhat Abbas o Messali Hadj en Argelia (1946), Gamal Abdel Nasser en Egipto (1952), entre otros.

de los más importantes fueron la Revolución Boliviana, la Revolución Argelina y la Revolución Cubana. El impulso y el ejemplo de estas dos últimas así como el debilitamiento del nasserismo en Egipto y en la región permitió, a fines de 1960, la radicalización de una parte importante del pueblo palestino y la Revolución en Yemen del Sur, lugares donde no existía ni una burguesía nacional ni un aparato estatal capitalista independiente que pudieran impedir el desarrollo de la dinámica revolucionaria permanente de esos procesos.

Hubo revoluciones, como la mexicana, la china o la rusa, que tuvieron una enorme influencia no sólo en sus respectivos continentes sino a escala mundial y, por lo tanto, han sido tratadas en innumerables libros que, por los datos que contienen y por sus opiniones, deben ser estudiados. Como sólo disponemos de pocas páginas, al analizar los rasgos esenciales de esas revoluciones y compararlas, por más que les otorguemos más espacio que a las otras, no podremos evitar el esquematismo. Lo advertimos por anticipado.

Sólo me queda explicar que lo que tengo en cuenta de manera prioritaria es cómo vivían los hombres y mujeres que se rebelaron, cuál era su vida, su trabajo, su cultura y nivel de conciencia, cuál fue el detonante de su levantamiento (una guerra perdida y sus secuelas, el ingreso como carne de cañón en una matanza interimperialista, la interminable opresión de un régimen despiadado y fraudulento debilitado por una división en la burguesía o el debilitamiento de la potencia colonizadora a causa de la guerra y de la revolución colonial). Quien busque

biografías, detalles históricos, anécdotas y descripción de batallas deberá recurrir a otros textos menos sintéticos.

Escribo, por último, para los jóvenes, que no pueden comprar libros voluminosos ni tienen tiempo para controlar decenas de páginas de referencias, que debo reducir al extremo, así como la bibliografía. Eso me lleva, por un lado, a dar la molesta impresión de que afirmo esperando simplemente ser creído sobre palabra y sin poder presentar ni las fuentes ni las pruebas de lo que escribo y, por otro, me obliga a la síntesis y, a veces, a un tratamiento a vuelo de pájaro de procesos que merecerían más espacio y más atención.

Por consiguiente, el resultado de esta concentración en pocas páginas de la historia social y política de un siglo y de algunos de los acontecimientos revolucionarios que lo jalonaron servirá —si sirve— como esbozo de un trabajo más profundo que queda por hacer. Espero, sin embargo, que estas pocas líneas puedan servir para difundir ideas y conocimientos y estimular al o a los jóvenes investigadores del futuro.

Por último, quisiera agradecer a Eduardo Mosches, excelente poeta, sindicalista y hombre de ideas, y a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México que se aventuraron a encarar este tema porque tienen conciencia, a diferencia de muchos otros sectores, de que México forma parte del mundo y de que en el sistema capitalista lo «exterior» es interior y viceversa y, por lo tanto, no es posible liberar el pensamiento de los jóvenes sin pensar las experiencias negativas o positivas de los procesos de liberación nacional y social que involucraron y apasionaron a las últimas cuatro generaciones.

Quiero, por último, agradecer públicamente a mi compañera Anató Cattaneo haber sacrificado su tiempo para efectuar un serio y crítico trabajo de revisión. A todos ellos les reitero mi gratitud.

Marsella, diciembre 2017- junio 2018.

I Rusia 1905, el ensayo general

El imperio zarista, hasta entonces medioeval, comenzó a ser modernizado por Pedro el Grande (1672-1725) y Catalina la Grande (1729-1796), déspotas ilustrados que intentaron crear una administración y fuerzas armadas eficientes y capaces de hacer frente a las ambiciones de las grandes potencias europeas de entonces (Prusia, Austro-Hungría, Francia e Inglaterra).

Al mismo tiempo, el Imperio se fue extendiendo hacia el Extremo Oriente, conquistando el Cáucaso, una parte de Turquía y de Persia, y aspiraba a llegar a China, Japón y la India donde ya se habían implantado, sucesivamente, los portugueses, holandeses, franceses y, por último, los británicos que empezaban a descubrir, ocupar y dominar todas las tierras del Pacífico.¹

¹ En 1599 había sido creada la Compañía británica de la Indias Orientales y medio siglo después, en 1664, la Compañía francesa de las Indias Orientales que competía con aquélla y con la Compañía de los holandeses. Dichas compañías de comerciantes tenía flotas y ejércitos propios, firmaban tratados y se combatían militarmente.

A comienzos de 1700, Rusia había intentado llegar a las aguas calientes del Extremo Oriente por el norte ártico mediante las osadas expediciones de Behring que encontraron el estrecho que lleva su nombre, tomaron posesión de Alaska, en América del Norte y exploraron las costas de la península de Kamchatka y las islas Sakalin en el norte de Japón. Durante el siglo siguiente Rusia siguió buscando el control del mar de Bósforo, la llegada al Mediterráneo y al Golfo Pérsico y un camino hacia la India por el norte o por Afganistán mediante un acuerdo con la monarquía de Kabul.

Esa política la condujo, primero, a la desastrosa Guerra de Crimea (1853-1856) contra el imperio de Napoleón III en Francia, Inglaterra y la monarquía piemontesa-sarda de los Saboya. Después, por mucho tiempo, a conflictos permanentes con Inglaterra durante todo el siglo —*la Belle Époque*— en el que las grandes potencias europeas (Francia, Alemania, Gran Bretaña) ocuparon países y regiones de Asia y de África y se repartieron el mundo antes de destruirse mutuamente en la guerra de 1914-18.

La expansión rusa se hizo a expensas de los pueblos siberianos sin Estado y de tres imperios atrasados y decadentes —el otomano, el persa y el chino— a los que todos los países europeos grandes o pequeños arrancaban territorios y concesiones. En cuanto a Japón —que había sido abierto al mundo capitalista mediante los bombardeos de la flota estadounidense del comandante Matthew Perry a mediados de siglo— cerró la era de los Shogunes y comenzó su occidentalización entrando en la era de la dinastía Meiji que cambió por completo la estructura social y económica del país.

Los intereses nipones chocaron así de inmediato con los del zarismo en China, Corea y el Extremo Oriente, donde

Rusia había conseguido construir un tren transiberiano con capitales franceses y había logrado atravesar el norte de China y alquilar a la Corte manchú de ese país la concesión de Port Arthur, al que convirtió en puerto militar, desde el cual, junto con el puerto de aguas profundas de Vladivostok y sus instalaciones en Corea y las islas Sakalin, amenazaba a Japón. Éste no titubeó, por consiguiente, en aliarse con Inglaterra en 1902 contra el peligro ruso en Extremo Oriente que desafiaba también la dominación inglesa sobre la India, y se rearmó rápidamente comprándoles a los británicos acorazados, cruceros y destructores de última generación.²

La autocracia zarista, en cambio, empezó en 1861 una modernización parcial eliminando la servidumbre con el objetivo de crear una capa de campesinos capitalistas, pero vendió a parte de los campesinos sólo cuatro hectáreas de tierra que debían pagar muy caro y no renovó su marina ni sus fuerzas armadas que, aunque se llevaban el 85 por ciento del presupuesto, eran capaces sólo de reprimir a obreros y campesinos y de combatir contra las tribus o contra los turcos o persas pero no contra un ejército moderno.

La población rusa a principios del siglo XX estaba compuesta en su inmensa mayoría por campesinos que trabajaban la tierra con una productividad bajísima mediante arados de madera tirados por una vaca que también les daba algo de leche. De los 67 millones de habitantes, 23 millones eran siervos y pertenecían a 103 mil propietarios. Pese al intento de modernización capitalista emprendido en 1861

² Incluso compró dos modernos acorazados argentinos —el *Mariano Moreno* y el *Bernardino Rivadavia*— y un crucero chileno, «sobrantes» del conato de guerra entre Argentina y Chile en 1878.

por el ministro Stolypin, la situación de esos campesinos era peor que la de los siervos del siglo XII en el Occidente de Europa, que trabajaban pocos días debido a los feriados religiosos y que habían mejorado su suerte con la participación de sus señores en las Cruzadas, quienes les habían obligado a endeudarse y a hacer concesiones.

Los campesinos y campesinas rusos, así como los niños, trabajaban en cambio de sol a sol y vestían harapos; los obreros y artesanos de la industria naciente trabajaban 12 y hasta 14 horas —hasta 1899 cuando gracias a una huelga la jornada fue fijada en 11 horas y media—, vivían hacinados y en condiciones antihigiénicas en los barrios obreros nacidos en torno a las modernas fábricas, la mayoría de las cuales eran de capital francés.

Los tejedores de Moscú, por ejemplo, dormían en la manufactura al pie de las máquinas. No habían sindicatos, derechos de huelga, de palabra, de reunión. Concentrados en pocas ciudades y fábricas, en 1904 los obreros llegaban a 1 691 000 y, a diferencia de los países occidentales, no existía en esa masa compacta una aristocracia obrera con intereses particulares y mentalidad reformista lo que favorecía su contacto con los campesinos y facilitaba su radicalización.

La reforma Stolypin había, además, fragmentado las tierras comunitarias que los campesinos trabajaban en común y las había vendido a precio caro y en cuotas a una delgada capa de campesinos, con el resultado de que durante todo el siglo XIX se produjeron continuas protestas y dos grandes levantamientos rurales. El zarismo, por consiguiente, ejercía

una represión brutal con sus matanzas periódicas de judíos³ y sus masacres continuas pero estaba jaqueado por el descontento popular y por la insurrección de una *intelligentsia* (compuesta por la pequeña nobleza modernizadora y sectores estudiantiles) que recurría al asesinato de los pilares de la monarquía.

De modo que, cuando el zar se negó a dividir «amistosamente» con Japón los despojos de Corea (que era un protectorado japonés) y de China, el alto mando japonés atacó por sorpresa la base rusa de Port Arthur, hundió varios acorazados y encerró en ese puerto al resto de la flota rusa de Oriente colocando así al régimen zarista ante una grave crisis. Después atacó también por tierra y terminó por tomar la ciudad, venciendo al ejército ruso mal armado y pésimamente dirigido. La anticuada flota rusa del Báltico, que fue enviada para responder al ataque, tardó ocho meses para llegar a las aguas japonesas, dándole así tiempo al Almirantazgo de ese país para preparar su defensa. De este modo la flota japonesa, mucho más potente y moderna, destruyó por completo en las aguas de Tsushima a la anticuada flota rusa. El impacto de la derrota del ejército y de la marina del zar fue enorme en Asia y en todo el mundo pues era la primera derrota de un país europeo por un país asiático, asimismo puso al desnudo la incapacidad y la corrupción del régimen zarista.

³ En pogroms organizados por el gobierno. Los judíos no podían residir en las capitales y un millón y medio de ellos debieron amontonarse en las aldeas, en condiciones pésimas. En las universidades la cuota de la matrícula para los israelíes era sólo el dos por ciento.

Como había sucedido en Francia en 1789 (y sucedería en Rusia misma en 1917), en 1905 las mujeres rusas salieron a la calle y una manifestación-procesión dirigida por el pope Gapon, que era agente de la policía zarista, la Ojrana, fue violentamente reprimida a tiros por el ejército que causó miles de muertos.⁴ En respuesta, estallaron por doquier huelgas generales, se produjeron levantamientos campesinos, nacieron guerrillas y hubo saqueos durante varios años. La protesta se transformó en una lucha por la abdicación del zar y por profundos cambios sociales. Las derrotas militares ante los japoneses y los asesinatos masivos de gente pacífica en Rusia transformaron en una revolución la exigencia inicial de cambios políticos y económicos y de una monarquía constitucional.

La huelga, casi general, se extendió a 122 ciudades y 10 líneas ferroviarias. Los sindicatos que comenzaban a ser tolerados pero que todavía estaban obligados a reunirse en los bosques, crecieron como hongos en toda Rusia. En San Petersburgo, ciudad que había tenido un incipiente desarrollo industrial, estalló una huelga general solidaria con los tipógrafos que simplemente exigían con una huelga que los signos de puntuación de los textos que componían a mano les fueran pagados como letras. Después los obreros crearon

⁴ Serge, Victor, *L'an I de la révolution russe*, Marsella: Agone, 2017. La policía había organizado sindicatos amarillos para impedir el surgimiento de verdaderas organizaciones obreras. Pero debía hacerse eco de las reivindicaciones obreras. La manifestación de Gapon, con himnos religiosos y figuras de santos, pedía al Zar la jornada de ocho horas, el reconocimiento de los derechos de los obreros, una Constitución que estableciera la responsabilidad de los ministros ante la nación, libertades democráticas y la separación entre la Iglesia y el Estado.

consejos (soviets, en ruso) elegidos en asambleas fabriles que empezaron a tomar medidas administrativas y los comités de huelgas se transformaron en Consejos de diputados obreros, al igual que los comités de fábrica o taller.

El primero fue el de Ivánovo-Vosnesensk capital de la industria textil, donde 30 mil obreros eligieron en una asamblea 562 diputados obreros que representaban a 147 fábricas, 34 talleres y 16 sindicatos. Éstos tenían 54 diputados y los partidos socialistas (social-revolucionario, menchevique y bolchevique), otros nueve. El soviet de San Petersburgo eligió un diputado cada 200 obreros y el de Moscú, donde la industria era menor, uno cada 20 obreros. La representación cambiaba en cada localidad, pero los diputados siempre eran nombrados por Asambleas masivas que podían revocarlos en cualquier momento porque se reunían cada día para discutir la aplicación de sus resoluciones y las propuestas del Consejo de Diputados.

El soviet de San Petersburgo, por ejemplo, vetó la publicación de un comunicado hostil, que no fue publicado, sacó su propio periódico, tomó medidas para el abastecimiento, creó milicias obreras mal armadas (en las fábricas los obreros comenzaron a producir armas blancas para su defensa), organizó la asistencia monetaria a las huelgas, impuso la jornada de ocho horas, llamó a convocar una Asamblea Constituyente. La huelga consiguió imponer de hecho los derechos democráticos y surgieron periódicos de todas las tendencias revolucionarias.

El presidente del Consejo de diputados obreros de la ciudad era un abogado laboral —Jrústaliov-Nosar— que no pertenecía a ningún partido pero el animador del mismo era León Trotsky, su sucesor en la presidencia cuando él fue

arrestado, pues era el editor del periódico del soviets, el principal orador y el redactor de sus proclamas y documentos.

El pequeño partido bolchevique, dirigido por Vladimir Lenin y nacido sólo dos años antes del estallido de Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) y de su división en una mayoría bolchevique y una minoría menchevique en su II° Congreso en 1903, no veía entonces la importancia de los soviets como organismos amplios surgidos de los trabajadores, según el historiador comunista polaco I. Deutscher, porque consideraba a esos consejos como competidores de sus células. Esa incomprensión favorecía el predominio en los soviets de los mencheviques, que habían quedado en minoría en el congreso de 1903 de los socialdemócratas rusos, estaban dirigidos por Georgui Plejanov y Yuli Martov y en cuyo grupo, si bien críticamente, militaba León Trotsky.

A principios de 1905, en una clase obrera de medio millón de personas en San Petersburgo, el total de los miembros de todas las tendencias del POSDR sumaban sólo unos dos mil militantes y, a fines del año, cerca de doce mil en toda Rusia, que tenía casi 126 millones de habitantes. Pese a ello los socialistas desempeñaron un papel muy importante y al cabo de las asambleas obreras hacían agitación y propaganda entre los obreros, marcando profundamente la cultura de los trabajadores. En San Petersburgo predominaban los mencheviques sobre todo en el correo, los ferrocarriles, las imprentas, pero en Moscú y en las 31 ciudades de todo el país donde existen registros de la existencia de soviets, se destacaban en cambio los bolcheviques.

Bajo la presión de las huelgas y levantamientos campesinos, así como de los motines de los marinos en Vladivostok,

Sebastopol y en el acorazado *Príncipe Potemkin*,⁵ el zar se vio obligado a anunciar elecciones parlamentarias en las que podrían votar todos los varones de más de 25 años que fuesen propietarios o pagasen impuestos.

El Parlamento (Duma) que ellos deberían elegir tenía, sin embargo, atribuciones muy escasas⁶ y, sobre todo, no abordaba el problema crucial de la tierra, que era fundamental en un país de campesinos todavía sometidos a los nobles ociosos y voraces. La burguesía industrial y comercial se contentó sin embargo con esas migajas y, deseando la restauración del orden aunque fuese zarista, opuso su *lockout* patronal a las huelgas obreras por las ocho horas que, dirigidas por Trotsky, paralizaron la capital rusa durante varios días y movilizaron a unos 400 mil trabajadores. Ese alejamiento de la burguesía y de sus seguidores en las clases medias y populares de los trabajadores en revolución favoreció al zar, que pudo así aislar y derrotar a los Consejos obreros.

Durante 1906 y hasta 1908, una vez vencidos los obreros y deportados a Siberia los dirigentes soviéticos, siguieron los levantamientos campesinos así como los atentados, y la experiencia de la revolución y los soviets quedó en la memoria obrera.

⁵ El motín en el acorazado *Potemkin* terminó sólo por falta de municiones y de alimentos cuando la nave se refugió en el puerto de Constanza, en Rumania y fue inmortalizado en 1925 por el gran cineasta Serguei Eisenstein.

⁶ Serge, Victor, *op. cit.*, p. 85. Votaban y eran elegibles sólo los ricos. Los terratenientes eran electores pero 10 pequeños propietarios sólo podían elegir un elector. En las ciudades, los burgueses eran electores pero los obreros no tenían derecho a voto. En San Petersburgo, por ejemplo sobre un millón y medio de habitantes hubieron 9 500 electores.

Pocos años después, en 1912 y sobre todo en 1914, estallaron nuevamente huelgas obreras masivas que se interrumpieron solamente con la entrada rusa en la Gran Guerra Mundial de 1914-18 que, en el imperio zarista, produjo la revolución obrero-campesina de 1917 y forzó la abdicación del zar.

La Revolución Rusa de 1905 costó al pueblo 15 mil muertos, 18 mil heridos y unos 78 mil presos pero detonó otras revoluciones campesinas en sólo unos pocos años (como la mexicana y la china) y fue también una especie de ensayo general de la Revolución Rusa de 1917.

En las luchas de 1905 participaron y se organizaron también las minorías nacionales musulmanas, finlandesa y báltica, en particular, y se demostró que para obtener las reivindicaciones democráticas logradas por la revolución burguesa francesa no se podía contar con las burguesías «nacionales» pues éstas, como la rusa, estaban ya profundamente enlazadas con el capitalismo internacional. El proletariado sería, por consiguiente, el protagonista de dos revoluciones superpuestas y mezcladas —la democrática burguesa y la anticapitalista— y también de la lucha de liberación de las nacionalidades oprimidas que habían encontrado en él un caudillo.

Esa revolución confirmó también —de modo negativo, por sus carencias— la necesidad de un partido socialista revolucionario que, aunque pequeño, estuviese profundamente enraizado en todas las regiones de Rusia y que pudiese llegar a ser mayoritario entre los trabajadores más conscientes, como planteaba Lenin. Los acontecimientos revolucionarios revelaron asimismo la capacidad de autoorganización y de comprensión política de los obreros que crearon los soviets, ayudando así a vencer en los bolcheviques tanto la subestimación del nivel de conciencia de la clase obrera como la

sobreestimación del papel del partido y el sectarismo ante las creaciones de los trabajadores.

Esa experiencia no cayó en saco roto pues Lenin abandonó la idea —que compartía en 1903 con Karl Kautsky y había escrito en su *¿Qué hacer?*— de que la clase obrera no podía ir más allá del trade-unionismo reivindicativo y pasó en cambio a estudiar la creación de los consejos obreros mientras que Trotsky se separó definitivamente de los mencheviques y teorizó lo que fue la revolución con sus libros *1905* y *La Revolución Permanente*, este último escrito un año antes del estallido revolucionario.

En la Revolución de 1905 los obreros rusos, como había sucedido anteriormente con la Comuna de París, influenciaron fuertemente a las principales ciudades pero su lucha no coincidió con los estallidos campesinos que no pudieron escapar al localismo o al regionalismo y ajustaban cuentas con los señores y los poderes locales pero aún no comprendían que debían derribar a la autocracia y cambiar el Estado.

El proletariado ruso no logró por eso convertirse en dirigente nacional y unir tras sí a los campesinos pobres y las nacionalidades oprimidas que, en la guerra de 1914-18, se mezclaron en cambio con los obreros y la *intelligentsia* socialista, y aprendieron de estos dos sectores cuando el zarismo armó a millones de oprimidos y los convirtió a todos en soldados. Pero la Revolución de 1905 desgarró el velo de sumisión y de esperanza en el padrecito zar y colocó al proletariado en el primer plano de la escena como candidato al poder.

Como saldo de esa revolución se pudo entonces disponer de todos los elementos que formarían una década más tarde una mezcla político-social explosiva: una experiencia revolucionaria de masas, el debilitamiento del poder auto-

crático, el desarrollo de un partido socialista revolucionario, una crisis social y política en las zonas rurales y un nuevo nivel de conciencia de los dirigentes del movimiento obrero.

Además, las masas obreras y campesinas le perdieron el respeto y el temor a la autocracia zarista, reforzaron su moral de lucha, aprendieron a medirse con la represión y a combatirla, comenzaron a diferenciar los partidos y a escoger su partido de clase.⁷

En ese sentido, puede decirse que la revolución rusa de 1905 fue un «ensayo general» de la de 1917.

Bibliografía básica

«1905», en *Anarcho-Syndicalist Review*, nº 42/3 Winter, 2005.

LEQUENNE, Michel, *Contre-révolution dans la révolution- Du communisme au stalinisme*, París: Editions Eric Jamet, 2017.

TROTSKY León, *1905*, Buenos Aires: CEIP, 2006.

⁷ Serge, Victor, *op. cit.*, p. 88.

II México 1910- 1920, una revolución-bisagra

La Revolución Mexicana fue una gran revolución campesina y su detonante fue la lucha contra el deseo de perpetuación de un régimen violentamente oligárquico autocrático que concentraba la riqueza en manos de unas pocas familias manteniendo en la miseria más abyecta a la inmensa mayoría de la población del país.

Sin embargo, los cambios en el sistema capitalista mundial desde mediados del siglo XIX¹ tornaban imposible la mera repetición de las revoluciones democráticas, campesinas e igualitarias del pasado. La base del poder moderno era ya entonces el capitalismo moderno, industrial y comercial, no el comercial y dependiente de la explotación agraria. Por

¹ Principalmente el reparto imperialista del mundo y el colonialismo, con su secuela de guerras, la gran concentración de obreros en industrias, la masividad de las luchas sociales, del reclamo de una jornada laboral de ocho horas y el surgimiento de ideas y organizaciones libertarias o socialistas que comenzaban a encarnar en grandes masas.

consiguiente, al enfrentarse con esa base los campesinos que querían defender su viejo modo de vida amenazado se vieron obligados, sin tener conciencia de ello ni estar preparados para esa lucha, a hacer una revolución que, en su dinámica aunque no en sus programas, fue también moderna, o sea anticapitalista.²

Por eso, aunque buscaban su futuro en la reconquista de los valores positivos y comunitarios del pasado y de las relaciones de igualdad en el seno del mundo campesino, buscaban perpetuar la pérdida adecuación al ambiente natural, esos campesinos conservadores tuvieron que enfrentar el problema del poder en el Estado capitalista y ponerlo en cuestión en el punto más alto de su revolución agraria y democrática entrando así con pie firme en un siglo anticapitalista.

Fracasaron en su intento generoso porque su utopía estaba dirigida hacia atrás, hacia un pasado convertido en mítico y no hacia un futuro no capitalista. También porque no tenían proyecto ni una organización unificada nacionalmente para poder cumplirlo. Pero pudieron destruir el viejo régimen y el viejo ejército, acabar con los latifundios, conquistar la dignidad de ciudadanos, obtener logros importantes e imponer una relación de fuerzas en equilibrio entre los trabajadores y el poder capitalista. Eso obligó a los expropiadores y usurpadores de la revolución a hablar en nombre de ésta mientras la traicionaban y construían un capitalismo tecnológicamente modernizado pero marcado profundamente por un pasado caracterizado por el racismo y por los viejos

² Véase John Womack, *Emiliano Zapata y la Revolución Mexicana*, México: Siglo XXI, 1969.

métodos de dominación precapitalistas que se mezclaron con la moderna corrupción de la política capitalista.

El objetivo de este libro —que está editado en México, donde desde la escuela primaria se estudia la Revolución Mexicana— no es el de hacer un estudio exhaustivo de la Revolución de 1910 sino destacar algunas de las características principales que la distinguen y diferencian a cada revolución de otras que tuvieron orígenes o resultados diferentes. Por eso concentraremos nuestro interés, sobre todo, en los aportes del proceso revolucionario a la comprensión de los movimientos sociales transformadores y en las consecuencias de ese proceso.

El país salido de las luchas por la Reforma y de la redistribución de las tierras del principal terrateniente —la Iglesia católica— y de las comunidades indígenas era, en efecto, el más desigual de un mundo, sin embargo, fuertemente marcado por las profundas desigualdades entre las clases.

Según el último censo realizado antes de la Revolución, México contaba con 15 360 369 habitantes de los cuales 80 por ciento eran campesinos. Once mil hacendados poseían el 57 por ciento de las tierras, mientras 95 por ciento de los campesinos carecían de ellas. Los obreros eran muy pocos —apenas 195 mil en 1910— y estaban dispersos en las minas, en las pocas fábricas y en los ingenios de los estados de Morelos, México, Puebla y Veracruz.

Desde 1876 gobernaba Porfirio Díaz, uno de los militares juaristas más brillantes que se había destacado en la lucha contra el efímero Imperio instaurado por Napoleón III, emperador de Francia, aprovechando que Estados Unidos estaba empeñado en una sangrienta guerra civil —la Guerra de

Secesión— entre los estados del Norte capitalista industrial y los del Sur, esclavista y capitalista comercial.

En sus 31 años de gobierno Porfirio Díaz había logrado imponer a sangre y fuego «la paz de los cementerios» y desarrollar una agroindustria muy moderna y de punta, sobre todo en el caso de los ingenios azucareros de Morelos y otras basadas sobre el trabajo servil como la henequenera, en Yucatán, que abastecía de bolsas de yute a la industria azucarera cubana.

El viejo dictador contaba para afirmar su poder y la estabilidad del país con las inversiones de capitales ingleses y franceses y con una abundante mano de obra barata; mediante esa combinación de factores había modernizado México ejerciendo un poder muy duro pero con base social muy frágil.

Por su parte, Estados Unidos, salido hacía poco de la Guerra de Secesión que había trabado su desarrollo y que empezaba a actuar como imperialista en la región centroamericana y caribeña, concentraba sobre todo su capital en México en la industria minera y petrolera, y veía con inquietud la dependencia del gobierno de Porfirio Díaz de los capitales franceses y británicos y de la tecnología europea que se llevaban la mejor parte de la explotación de las riquezas mexicanas.

La Constitución liberal de 1857 y la ley Lerdo de Tejada, como hemos dicho, habían lanzado al mercado de tierras no sólo las de la Iglesia sino también los bienes comunales, desposeyendo así a los indígenas. El mercado interno mexicano, por lo tanto, era muy pequeño debido a los muy bajos ingresos de los trabajadores urbanos y, sobre todo, de los rurales y eso chocaba crecientemente con los intereses de los sectores burgueses nacionales que trabajaban para el

mercado interno, como los ganaderos medios y pequeños del Norte y que engordaban sus manadas en Estados Unidos.

Por su parte, la agricultura para la exportación, con sus altísimas ganancias y su utilización de gran cantidad de mano de obra, absorbía lo principal de las inversiones extranjeras y asfixiaba el desarrollo industrial en las ciudades obstaculizando, por consiguiente, el crecimiento de una clase media artesanal y comercial en las pocas ciudades dignas de ese nombre que poseía el país. México, aunque modernizándose, estaba por eso aún en un estado de semi barbarie.

Para tener una idea más concreta sobre lo que fue el porfirismo conviene leer a John Kenneth Turner porque muchas veces la literatura dice más sobre la estructura social de un país que los estudios sociales contemporáneos. *México bárbaro* refleja, en efecto, lo que era el trabajo esclavo, la exportación como esclavos a las plantaciones azucareras cubanas de los indígenas yaquis o mayos rebeldes vencidos, la arbitrariedad patronal como única ley. Los indígenas, como en Chiapas, eran utilizados como acémilas y su vida no valía nada. Las mujeres eran esclavas de los esclavos o siervos, generalmente analfabetas como sus hombres, y trabajaban las tierras toda su vida y sin descanso, curaban los enfermos de las familias, acarreaban agua y leña, lavaban, hacían artesanías y tenían a su cargo todo el trabajo doméstico.

El trabajo infantil estaba generalizado y en las minas podía llegar a 12 horas diarias. La expectativa de vida en 1910 llegaba sólo a 27.6 años (contra 75.2 en 2016). Los obreros estaban concentrados sobre todo en los ferrocarriles, los tranvías y algunos otros pocos servicios, también en la industria textil, así como en algunos sectores (alimentación, cerveza, jabonería, sombrerería) y recibían salarios de ham-

bre. El bandidismo social era endémico en todas las zonas serranas, tal como había sucedido en todas las sociedades agrarias desde Inglaterra e Italia hasta China en el siglo XIX o Brasil, con sus *cangaçeiros*, hasta el siglo XX.

Los trabajadores industriales asalariados, además, no se sentían unidos a los campesinos, cuya vida les horrorizaba (de ahí la tragedia de su enfrentamiento posterior armas en mano con los ejércitos zapatistas y villistas, cuando seis batallones de obreros anarquistas sindicalizados en la Casa del Obrero Mundial lucharon junto con Álvaro Obregón contra los zapatistas que eran explotados por sus mismos enemigos de clase). De las filas liberales, por último, se había desprendido un pequeño sector anarquista —el Partido Liberal Mexicano de los hermanos Flores Magón, con su periódico *Regeneración*— y la influencia de los IWW (Industrial Workers of the World) estadounidenses era muy fuerte en el sindicalismo norteamericano mientras algunos sectores liberales y democráticos de la intelectualidad y de las clases dominantes, tal como había sucedido en la Rusia del zarismo, se oponían al gobierno despótico y arcaico, cada vez más dependiente de sus padrinos europeos.

México era entonces un gran exportador de plata y su moneda estaba acuñada en ese metal pero en los primeros años del siglo XIX la plata se devaluó abruptamente y pasó de 16 a 1 con respecto al oro desde 1870 a 39 a 1 en 1904, lo cual devaluó todos los ingresos. Casi de manera simultánea dos terribles sequías —en 1908 y 1909— redujeron violentamente la producción de alimentos y afectaron en gran medida a la inmensa mayoría de la población que era campesina, mientras el gobierno, al contar por ello con menos recursos e impulsado por su desprecio por la capacidad de reacción de

la sociedad, aumentó bruscamente los impuestos, reduciendo así el ya bajo nivel de vida de los empleados estatales, los ingresos del comercio y de las nacientes clases medias urbanas y agregando leña al fuego del descontento social.

Al mismo tiempo, el desarrollo económico y la nueva red ferroviaria habían roto el aislamiento de las regiones y creado un germen de mercado nacional. Pero el régimen de Porfirio Díaz privilegiaba a los estados de Morelos (industria azucarera), México y Veracruz, que estaba orientada hacia Europa y era el principal puerto del país. Los ganaderos y agricultores capitalistas del norte, así como la minería, que estaba en manos principalmente de estadounidenses, soportaban mal esa orientación geoestratégica del porfirismo que, a la vez, les trababa el acceso al consumo nacional y no favorecía el comercio con Estados Unidos.

En esas condiciones políticas y sociales el viejo Porfirio Díaz, que dominaba México con mano de hierro desde hacía 34 años apoyándose en tres pilares —«la hacienda, la sacristía y el cuartel»— decidió volver a presentar su candidatura a la presidencia de la República a pesar de sus declaraciones anteriores en las que planeaba retirarse. Por supuesto ganó los comicios con el 97.93 por ciento de los votos y 91.35 para su vicepresidente.

Madero y su gobierno

Un rico hacendado liberal, perteneciente a una de las familias más acaudaladas del país, Francisco I. Madero, había creado un partido —el Nacional Antirreeleccionista— para oponerse a esa nueva reelección. Tras fugarse de la cárcel a la que fue a parar casi de inmediato, emigró y lanzó el 20 de

noviembre de 1910 el Plan de San Luis desde San Antonio, Texas, donde se había refugiado para obtener el apoyo estadounidense contra Díaz.

Además del visto bueno del gobierno estadounidense, que como hemos dicho deseaba desplazar en México a los capitales franceses, Madero obtuvo rápidamente seguidores en los estados del norte (los hacendados ganaderos y las autoridades locales dejadas de lado por el viejo dictador y su partido de los «científicos») y sus tropas insurrectas libraron diversas batallas. Cuando los revolucionarios tomaron Ciudad Juárez, en Chihuahua, Porfirio Díaz renunció y se exilió en Francia, dejando en el gobierno como presidente provisorio a su secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, quien convocó a elecciones.

Éstas se realizaron en 1911 y fue elegido Madero con su nuevo Partido Constitucional Progresista que obtuvo el 90 por ciento de los votos. Su programa democrático, sin embargo, ignoraba el problema de la tierra y los derechos de los campesinos e indígenas, que constituían la mayoría aplastante de la población, aunque ofrecía vagamente devolver a los pueblos las tierras y el agua expropiadas por los hacendados azucareros, lo que inicialmente le valió el apoyo del morelense Emiliano Zapata que al comienzo apoyó el Plan de San Luis y negoció con el nuevo presidente pero se decepcionó de su gobierno muy rápidamente lo que lo llevó a promulgar su Plan de Ayala el 25 de noviembre de 1911.

El mismo Zapata y sus compañeros desconocían a Madero como presidente —proponían en cambio, a Pascual Orozco, un ex obrero minero alzado en armas en el norte— y exigían la entrega inmediata de las tierras, que debían ser expropiadas a las haciendas pagándoles una indemnización

o, si no aceptaban ser incautadas, debían ser tomadas por la fuerza.

El gobierno maderista, tras un primer intento de negociación, reprimió a Orozco y a los revolucionarios de Morelos lo cual extendió la rebelión y debilitó el ya de por sí vacilante apoyo con que contaba en la clase media urbana. Mantuvo también todas las instituciones heredadas e intentó, además, conciliar con los restos del antiguo régimen, con los que tenía afinidades de clase y de formación intelectual pues se había educado en Francia.

Envió, por lo tanto, al general Victoriano Huerta contra Orozco, al que aquél derrotó, y después lo mandó a Morelos contra Zapata, donde Huerta arrasó pueblos enteros hasta ser sustituido por el más conciliador y político: general Felipe Ángeles (quien posteriormente se hará villista) y quien adoptó una política menos agresiva hacia los pueblos.

Madero, con sus concepciones y su conservadurismo, intentó sin embargo democratizar el país y redujo la jornada laboral de doce a 10 horas pero enfrentó en cambio la protesta campesina porque no concretó la entrega de tierras; al mismo tiempo, en su calidad de hombre más rico del país y de empresario, careció de sensibilidad social y debió enfrentar por eso una serie de huelgas obreras en demanda de mejores condiciones de vida y de trabajo.

El resultado fundamental de su política fue la ruptura de la alianza que de hecho se había establecido contra el porfiriismo entre los oprimidos, es decir, el bloque social entre la población urbana y los campesinos en pie de lucha de casi todo el país desde el norte hasta el centro-sur.

En efecto, las escasas y relativamente privilegiadas clases medias urbanas se dieron por satisfechas con el cambio

político pero continuaron careciendo de poder real frente a la vieja oligarquía; al mismo tiempo, los capitalistas porfiristas comenzaron a ver a los campesinos como bárbaros desestabilizadores del gobierno y, por lo tanto, se opusieron a la revolución campesina imparables desatada por el levantamiento maderista.

Por su parte, el embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, que había confabulado activamente contra Díaz, escribió entonces a su gobierno que Madero pronto caería y comenzó a complotar también contra el hacendado-presidente que, por sus vacilaciones, era poco controlable y poco previsible para Washington.

Madero, con su utópico reformismo y sus vacilaciones, favoreció sin querer el desarrollo de la crisis política al dejar intactos al ejército e impunes a los generales porfiristas; asimismo, al no modificar sino a nivel de los gobernadores el aparato estatal de la tiranía mientras, al mismo tiempo, se enajenaba la base social de la rebelión que lo había llevado al poder, o sea, a comunidades y campesinos.

La dictadura de Huerta

Las debilidades de Madero —quien era un hombre honesto pero, por su mismo origen, incapaz de comprender la voluntad y las motivaciones de los campesinos y de los jefes que lo rodeaban— favorecieron una alianza militar entre los restos del porfirismo y los generales del viejo tirano que habían reconocido a Madero a regañadientes, como Victoriano Huerta quien —como hemos dicho— había sido enviado por el presidente contra Orozco en el norte y contra Zapata en Morelos.

Con el apoyo de Lane, la contrarrevolución se concretó. En el Pacto de la Embajada, firmado por Huerta en la sede de la representación de Estados Unidos, el general se comprometió a derribar al gobierno y después nombrar presidente a Félix Díaz. En efecto, en la sangrienta Decena Trágica del 9 al 19 de febrero de 1913 el general Victoriano Huerta arrestó y asesinó al presidente Madero, a su hermano Gustavo y al vicepresidente Pino Suárez e instauró una breve aunque sangrienta dictadura de apenas más de un año.

Pero la situación en Estados Unidos había cambiado radicalmente con la victoria electoral del demócrata (y cuáquero) Woodrow Wilson en las elecciones presidenciales, mientras en Europa soplaban ya los vientos que anunciaban una guerra franco-inglesa-rusa contra los imperios centrales (Austria-Hungría y Alemania) en la que todo llevaba inexorablemente a la participación de Estados Unidos (que efectivamente se produjo en 1917).

Estados Unidos, donde Carranza y Villa compraban armas y municiones, cambió entonces su embajador en México y apostó a la victoria de Carranza y de sus aliados norteros como Obregón, Calles o Maytorena, los cuales sólo se preocupaban por mantener su poder local y por evitar ser desbordados por la insurrección campesino-plebeya canalizada por Doroteo Arango Arámbula (el duranguense Francisco «Pancho» Villa) y por reducir la rebelión en Guerrero, Morelos y Puebla que dirigía Emiliano Zapata.

En nombre del presidente Wilson, John Lind exigió a Huerta el cese al fuego y un armisticio inmediatos, elecciones libres en las que participasen todas las facciones, menos Huerta, y un acuerdo entre todos los partidos que garantizara que el resultado de esos comicios sería respetado. Huerta

rechazó esa exigencia y Estados Unidos entonces se declaró neutral en el conflicto mexicano suspendiendo así toda venta de armas.

De este modo, ante la imposibilidad de conseguir en Estados Unidos armas en suficiente cantidad, el dictador Huerta compró en Europa armas y municiones que la nave alemana Ypiranga llevó a Veracruz. La respuesta no se hizo esperar. El 9 de abril de 1914 seis barcos de guerra estadounidenses anclaron frente a Tampico donde la guarnición huertista apresó unos marineros de esa flota que habían desembarcado a los que tuvo que liberar ante las amenazas estadounidenses. Estados Unidos exigió disculpas y el 21 de abril de 1914 ocupó el puerto de Veracruz y el 22 el de Tampico. Los soldados de la guarnición local resistieron auxiliados por civiles armados.

Huerta reaccionó con energía en nombre de la independencia nacional nuevamente violada y México estuvo entonces al borde de la guerra con Washington (lo que le valió la cárcel al dictador cuando, derrotado, se refugió en el país vecino). La mediación de Argentina, Brasil y Chile y la conciencia de W. Wilson de que su país tendría que lidiar pronto en Europa con potencias más importantes evitaron mediante el Acuerdo Niágara Falls una guerra entre un país en revolución y Estados Unidos, que aún no era una potencia mundial ni tenía un fuerte ejército pero se desempeñaba ya en la región caribeña y centroamericana como potencia imperialista.

Carranza, pese a haber sido ayudado por la intervención imperialista, la denunció fuertemente porque atentaba contra la soberanía nacional. Villa, que se armaba en Estados Unidos y contaba con los impuestos de las empresas mineras estadounidenses, a las que por eso protegía, adoptó en cam-

bio una posición más cauta lo mismo que Zapata que, hasta en los últimos años de su lucha, mantuvo ilusiones sobre la posibilidad de contar con ayuda estadounidense, que llegó a solicitar.

La falta de claridad política sobre el carácter imperialista de Estados Unidos y sobre la situación mundial fue una traba importante en el caso del ala plebeya de los revolucionarios que, aunque nacionalistas, no se sentían caudillos de la nación mexicana y se concentraban más en sus regiones y en sus tareas inmediatas sin enlazar las partes con el todo de una visión global.

Zapatistas y villistas

Huerta entonces se vio obligado a renunciar y huir del país el 15 de julio de 1914 por la combinación entre esa presión amenazante de Estados Unidos y la rebelión armada de los hacendados y gobernadores del norte, de los ejércitos villistas de pequeños campesinos, de los indígenas yaquis y mayos sonorenses y de los campesinos, peones y obreros agrícolas sureños que seguían a Emiliano Zapata.

Éste era un notable local, un ex propietario de recuas y domador de caballos de mucho prestigio —es decir, un especialista en un mundo donde el caballo era signo de prestigio y todavía el principal medio de movilidad— y había ganado autoridad antes de la Revolución ocupando tierras en su Estado natal, Morelos. En nombre de los pueblos despojados por las haciendas azucareras capitalistas fue de los primeros en levantarse con Madero y también el primero en tomar sus distancias del presidente-mártir.

Los ejércitos campesinos del sur, del norte, las guerrillas indígenas, las milicias improvisadas y transformadas en divisiones y regimientos con generales surgidos del pueblo como los de la Revolución Francesa, destruyeron en sangrientos y continuos combates al ejército del Estado que Huerta había heredado del porfirismo. Eso fue posible no sólo por la audacia, la energía, la habilidad táctica y la capacidad de entender a sus soldados de sus principales líderes, como el ex bandido Pancho Villa o el ex domador de caballos morelense Zapata, sino también por la motivación y las ardientes esperanzas de sus tropas, que contrastaban con el desánimo y la desmoralización de los soldados huertistas que, además, estaban pésimamente comandados por oficiales y jefes ineptos y corruptos.

Los campesinos y mineros norteños que por décadas habían sido templados en la lucha armada contra las incursiones de los apaches así como los pueblos morelenses que habían sido despojados del agua para los cultivos por las haciendas y transformados en peones de servidumbre, luchaban por la vida y para vengar los agravios contra gente que, en cambio, había sido reclutada a la fuerza o que servía por una paga miserable.

Lo hicieron a pesar de tener pocas armas livianas introducidas desde Estados Unidos porque antes de la Primera Guerra Mundial de 1914-18, en la que se desarrollaron las ametralladoras y aparecieron los tanques y los aviones, las eficacias respectivas de los máuseres y de las carabinas 30-30 no diferían demasiado y el arma de choque era aún la caballería, que los revolucionarios utilizaban con alto grado de excelencia.

Los rebeldes más avanzados —los zapatistas— tenían además un objetivo programático que iba más allá de las reivindicaciones democráticas: la reconquista de la tierra y

del agua por las comunidades. Su bandera, por consiguiente, influenciaba a otros sectores revolucionarios que se unirían pocos años más tarde a villistas y zapatistas en la Convención de Aguascalientes de octubre de 1914.

Sin embargo, la revolución plebeya pagó duramente la falta de preparación política y cultural de los oprimidos y su localismo, particularmente en el caso de los morelenses que poseían un poco de tierra y temían alejarse mucho de ella sobre todo en tiempos de cosecha y por eso no extendían ni completaban sus movimientos militares.

Sus intelectuales no tenían tampoco una amplia visión nacional de los problemas lo que les hacía difícil comprender las diferencias sociales, económicas y políticas existentes entre las diferentes regiones de un México mucho más fragmentado que cien años antes dada la insuficiencia de las comunicaciones y medios de transporte de esa época. No pudieron ser así la dirección nacional colectiva de todos los que también se rebelaron contra el porfirismo y el huerfismo y, a pesar de ser grandes fuerzas democratizadoras, tampoco pudieron aparecer como líderes democráticos en las ciudades a las que los excesos del orozquismo y del villismo habían atemorizado.

Los dirigentes revolucionarios agraristas no comprendían al capitalismo, tampoco el carácter imperialista de la política de Woodrow Wilson, ni la importancia de lo que estaba en juego en Europa con la guerra y la Revolución Rusa, a la que Zapata y sus asesores anarquistas sin embargo saludaron sin poder extraer enseñanzas de ese formidable ejemplo ni apoyarse en él.

Los campesinos en armas carecían además de una organización previa, de un partido con años de luchas e ideas firmes

y de cuadros revolucionarios con preparación teórica dada la temprana derrota de los seguidores de los Flores Magón y el encarcelamiento en Estados Unidos de Ricardo Flores Magón. Éste, por su parte, estaba también enfrentado a los villistas pues no había comprendido el carácter revolucionario de la lucha de los campesinos que seguían a Pancho Villa pero confiaba en la dirección política de Francisco I. Madero, un demócrata burgués que no deseaba poner en cuestión ni al Estado ni al sistema. La represión de Orozco y de Villa a los magonistas agravó aún más la distancia entre el preso en Estados Unidos, que había preparado en parte la revolución, y los que la hacían día a día con gran instinto de clase pero sin planes ni objetivos claros.

Los pequeños propietarios y trabajadores rurales, en su mayoría iletrados, seguían entonces a los más audaces que surgían de sus filas y se convertían en caudillos y éstos tenían mayor o menor comprensión de las personas con las que debían tratar. Eran muy capaces y valientes en una lucha con medios desiguales pero tímidos en lo político por falta de ideas-fuerza (más allá de las libertarias elementales, que constituían su caudal y su fuerza de atracción social) y, por eso, no podían crear organizaciones duraderas.

El localismo de la lucha zapatista y las desconfianzas mutuas entre Zapata y Villa impidieron la coordinación militar y política entre la División del Norte villista y el Ejército del Sur zapatista así como la obtención de más y mejores armas para los morelenses, que no tenían como los villistas de Coahuila frontera con Estados Unidos y no podían abastecerse en el exterior. La incompreensión de la necesidad de destruir al Estado y construir desde abajo otro que elevase el nivel de cultura y de industrialización creando las condiciones para

una democracia de masas que permitiera suprimirlo, pesó brutalmente sobre los revolucionarios que habían destruido el ejército y la alianza entre la dictadura y los terratenientes que eran los pilares del viejo Estado.

La demostración más patética de la impotencia política de potentes movimientos y ejércitos campesinos fue la toma de la Ciudad de México el 6 de diciembre de 1914 por las tropas de Emiliano Zapata y de Pancho Villa, que acababan de aliarse firmando el Pacto de Xochimilco que prácticamente no tuvo aplicación. La histórica —y trágica— foto de los dos revolucionarios sentados en el salón presidencial —que abandonaron porque no sabían qué hacer allí— demostró lo que apenas cuatro años después mostraría de modo positivo la Revolución de Octubre en Rusia: la necesidad de ideas y revolucionarios capaces de promover y realizar el cambio social anticapitalista. El anarquismo espontáneo de los campesinos —como sucedió en España en 1936— es en efecto capaz de destruir el viejo Estado pero no de evitar que éste renazca de sus cenizas ni tampoco de construir un nuevo orden social.

Venustiano Carranza y los Constitucionalistas

Venustiano Carranza («Don Venus»), era gobernador de Coahuila cuando Madero proclamó su Plan de San Luis y se adhirió de inmediato al mismo, al igual que el gobernador de Sonora, José María Maytorena y otros hacendados sonorenses, como Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, que se sentían afectados por la política económica de Porfirio Díaz. «Don Venus» contó al inicio con los contingentes de

Pancho Villa, de Pascual Orozco y de diversos notables en diferentes Estados.

Ante el asesinato del presidente Madero el 19 de febrero de 1913, Carranza emitió el Plan de Guadalupe en defensa de la Constitución junto con otros dirigentes norteros como el nacionalista de izquierda Lucio Blanco y Jacinto B. Treviño y con ellos creó el Ejército Constitucionalista, cuya jefatura asumió.

Ese ejército logró el apoyo de generales revolucionarios que habían combatido contra Díaz así como de caudillos populares de diversos estados y dividió sus fuerzas en cuatro grandes grupos: en Sonora formó la División del Noroeste, comandada por Obregón; la División del Norte en Coahuila y la comarca Lagunera, que después inmortalizaría su comandante Pancho Villa; la División del Noreste, bajo el mando de Pablo González Garza, quien después sería el autor intelectual del asesinato de Zapata, y la División del Centro, cuyo jefe era Pánfilo Natera García, un campesino pobre zacatecano, que posteriormente derrotó a Pascual Orozco, cuando éste se opuso a Madero.

Casi de inmediato apareció una diferenciación de clase entre, por una parte, los ejércitos campesinos con sus líderes de origen popular cuyos integrantes unían a las reivindicaciones políticas de democracia y justicia a las agrarias y sociales y, por otra, los generales-hacendados y oficiales de clase media, mucho más moderados. En el campo militar eso se tradujo en un esfuerzo de Carranza por limitar la acción de los plebeyos y dar prioridad, por ejemplo, a la División del Noroeste dirigida por Álvaro Obregón frente a la División del Norte dirigida por el incontrolable Villa.

Los éxitos y la independencia de éste asustaban a Carranza. La batalla y toma de Zacatecas es un ejemplo. El general Natera estaba atacando la ciudad y Carranza le ordenó a Villa que le enviara refuerzos pero éste, en vez de hacerlo, mandó al combate toda su división y con la ciudad conquistó la llave del camino a la capital

Así, cuando Villa triunfó en esa batalla decisiva contra el huertismo, Carranza retrasó todo lo que pudo la entrega de carbón para que las tropas villistas, que se desplazaban utilizando al máximo el sistema ferroviario, no tuviese abastecimiento ni combustibles y Obregón, que avanzaba por la costa del Pacífico y había ocupado Jalisco, pudiese tomar la Ciudad de México antes que los villistas unidos a los morelenses de Zapata.

Vencido, el 15 de julio de 1914 Victoriano Huerta presentó su renuncia como presidente y se exilió en Estados Unidos, donde fue encarcelado en Texas y donde moriría dos años después. Al día siguiente, 16 de julio, las tropas carrancistas tomaron México; el día 20 llegaron Carranza y Obregón sin que Villa fuese ni siquiera invitado.

Eso provocó la ira del jefe de la División del Norte que renunció al mando de sus tropas y se negó a seguir conduciéndolas, lo que habría reducido notablemente la capacidad militar del Ejército Constitucional, cuyo general más destacado era Villa y cuya más numerosa y mejor División era la que éste mandaba, junto con destacados militares de carrera. La crisis se resolvió transitoriamente con el Pacto de Torreón firmado por Villa y los carrancistas mediante el cual Carranza otorgó a Villa el rango de general de División y éste reconoció a Carranza como Primer Jefe y presidente provisorio hasta que una asamblea de generales revolucionarios, impuesta por el

caudillo norteño, convocase a elecciones presidenciales. Además Villa exigió que la División del Norte fuese considerada a la par de las del noreste y del noroeste y que el general Felipe Ángeles, formado en la prestigiosa escuela militar francesa de Saint Cyr, fuese nombrado jefe del Ejército Constitucional.

En esta lucha de tendencias hay que hacer notar que, a pesar de que los campesinos morelenses en armas llegaban hasta Milpa Alta y el Ajusco, amenazando caer sobre la Ciudad de México, Villa no buscaba tener con ellos ni siquiera una coordinación militar y los dejaba fuera de las discusiones y acuerdos políticos. Por su parte, Emiliano Zapata tenía fuerza política y militar porque correspondía estrictamente a las reivindicaciones y la visión social de los campesinos, pueblos y peones rurales de Morelos, la cual era regionalista. De ahí la falta de estructura militar y el carácter local y defensivo de su lucha que, además, dependía de la falta de armas adecuadas y pesadas, como la artillería villista. Los villistas desconfiaban por eso de la capacidad militar de sus aliados potenciales y esa incompreensión y falta de unidad favoreció en gran medida el triunfo del carrancismo sobre villistas y zapatistas, conduciendo a la posterior derrota de ambos líderes y de sus ejércitos y a su trágico final, lo que fortaleció también los prejuicios anti indígenas y anti campesinos de sectores obreros, artesanales o de clase media urbana.

La Convención de Aguascalientes

En la Ciudad de México, ocupada por su ejército desde el 20 de julio de 1914, Carranza convocó el 1° de octubre una Convención a la que no asistieron ni zapatistas —quienes rodeaban la ciudad— ni villistas. Carranza renunció, pero

su dimisión no fue aceptada y, para asegurar la presencia exigida por Villa de sus delegados como de los de Emiliano Zapata en la Convención, la trasladó desde México hasta Aguascalientes. Allí la Convención reanudó el 10 de octubre. Sus sesiones duraron hasta el 13 de noviembre de 1914, esta vez con la presencia de todos los jefes revolucionarios o de sus delegados pero no de Carranza quien temía un golpe a mano de Villa y por eso viajó a Veracruz.

Desde el primer momento los delegados zapatistas exigieron la aplicación del Plan de Ayala y la renuncia de Carranza; éste hizo leer a Obregón una carta en la que manifestaba que dimitiría si Zapata y Villa renunciaban a dirigir sus ejércitos y se retiraban de la vida política, cosa que obviamente ellos se negaron a hacer; por el contrario, destituyeron a Carranza aliándose con la izquierda del carrancismo y lograron que el 6 de noviembre fuese nombrado presidente interino el general Eulalio Gutiérrez.

Cuatro días después, al enterarse de su destitución, Carranza desconoció a Gutiérrez y a la Convención y siguió gobernando desde Veracruz. De este modo, apenas las tropas carrancistas evacuaron la Ciudad de México, el 6 de diciembre de 1914, entraron tras ellas el Ejército Libertador del Sur de Emiliano Zapata y los soldados de Francisco Villa, el «Centauro del Norte», que poco antes, con mole de guajolote, tamales y frijoles, habían banqueteadado y firmado el Pacto de Xochimilco que intentaba coordinar la aplicación del Plan de Ayala e iba dirigido contra el carrancismo.

Sin embargo y a pesar de ese Pacto, las fuerzas revolucionarias campesinas y plebeyas dirigidas por Zapata y Villa jamás coordinaron su acción militar y política. Como hemos dicho más arriba, los zapatistas eran antes campesinos

que soldados, dependían de las cosechas y no se alejaban de sus pueblos natales. Su lucha era regional y defensiva a diferencia de los villistas que eran un ejército bien armado porque —mientras Villa fue gobernador de Chihuahua en 1913 y 1914, evitaba cuidadosamente enemistarse con los propietarios estadounidenses de minas y con el monto de los impuestos podía abastecerse de armas en la frontera.

Asimismo, Villa no era anticapitalista y había reprimido en el Norte a los magonistas y a los anarquistas estadounidenses mientras que Zapata contaba con asesores confusamente anarquistas, como Gildardo Magaña (quien le sucedió en el mando tras su asesinato y negoció posteriormente la rendición de Villa), o el liberal de izquierda Antonio Díaz Soto y Gama, quien terminó apoyando a Obregón. Ni Villa ni el mismo Emiliano Zapata, a pesar de su sensibilidad revolucionaria que les llevó a saludar la Revolución Rusa de 1917 y a elaborar programas municipales muy democráticos y avanzados, no contaban desgraciadamente con una preparación teórico-política a la altura de los desafíos que debían enfrentar. Por consiguiente, a pesar de que tenían el apoyo campesino en un país todavía rural y a pesar de contar con ejércitos más numerosos que los de sus oponentes burgueses y que habían ocupado la sede del poder, no pudieron introducir el cambio social que deseaban y quedaron entrampados políticamente en el pasado firmando así su condena.

La tragedia de la revolución residió en que, debido al atraso del país, la industria capitalista de punta en ese momento era agrícola, y se basaba en el despojo y la explotación brutal de las comunidades y pueblos sin crear en cambio grandes masas de obreros, mientras que la industria urbana era incipiente y predominaban en ella las explotaciones

tradicionales de modo que los obreros tenían muy escasa organización y conciencia de clase, salvo en pocos lugares, como las minas o las fábricas textiles, lo cual permitió incluso que esos proletarios fuesen utilizados para combatir contra los revolucionarios campesinos morelenses, a los que temían.

El ciclo descendiente de la Revolución

La ocupación por los zapatistas de la Ciudad de México marcó el punto más alto de la revolución campesina y del convencionalismo plebeyo. Después comenzó su declinación, que fue rápida.

El general Eulalio Gutiérrez no pudo gobernar bajo la sombra de dos gigantes como Zapata y Villa. Ninguneado por éstos y desconocido por Carranza, mudó su interinato a San Luis Potosí y poco después —el 16 de enero de 1915— renunció. Le sustituyó como presidente provisorio el general Roque González Garza quien gobernó cuatro meses y medio, hasta el 10 de junio de ese año, cuando a su vez le entregó el mando al general villista Francisco Lagos Cházaro quien, ante el ingreso a la Ciudad de México de las tropas carrancistas, trasladó la Convención a Toluca y después a Cuernavaca —ciudad en la que ya no sesionaron los villistas— y después terminó exiliándose.

Fracasada la Convención, Carranza se afirmó. Estados Unidos lo reconoció en 1915. Por otra parte, la guerra europea de 1914 para ese entonces había cambiado profundamente la táctica militar, reduciendo drásticamente el papel de las cargas de caballería y generalizando el uso de trincheras defendidas por ametralladoras. Obregón, aprendiendo de esta experiencia, derrotó dos veces frente a Celaya y en una

sucesión de sangrientas batallas a un Villa que aún confiaba excesivamente en su caballería, debilitando en extremo a las fuerzas villistas; se obligó al Centauro del Norte a practicar una guerra de guerrillas.

El acercamiento entre Estados Unidos y Carranza aisló económica y militarmente e irritó a Villa quien dejó de lado su cautela anterior en sus relaciones con el país vecino. En ese clima, unos soldados villistas asesinaron a un grupo de ciudadanos estadounidenses invitados expresamente por Carranza y el propio Villa ocupó, en mayo de 1916, la ciudad estadounidense de Columbus. Como represalia, el gobierno de Woodrow Wilson —en lo que quedaba de 1916 y hasta enero de 1917— envió a México un contingente inicial de cinco mil hombres a apresar a Villa; llegaron a ser 15 mil al mando del comandante en jefe de sus fuerzas, el general John J. Pershing, quien comandará después las tropas que participarían en la Guerra Mundial, pero pese a todos sus esfuerzos no lo podrán encontrar.

Los incidentes entre la población, las fuerzas carrancistas y los ocupantes extranjeros comenzaban a multiplicarse mientras crecía la tensión con Estados Unidos pero la necesidad de ese gobierno de prepararse para la guerra contra Alemania y sus aliados salvó a México de una invasión estadounidense duradera. Zapata en esa coyuntura no atinó a auxiliar a Villa emprendiendo una acción divisionista con sus tropas, que permanecieron defendiendo Morelos.

Entonces en diciembre de 1916, Venustiano Carranza convocó un Congreso Constituyente en la ciudad de Querétaro que sesionó hasta el 31 de enero de 1917 compuesto exclusivamente por carrancistas y otros generales revolucionarios más progresistas como Lucio Blanco o Francisco Múgica.

Ese Congreso aprobó el 5 de febrero de 1917 una Constitución, muy avanzada para su época, que en su artículo 3º establecía que la educación debía ser laica, gratuita y obligatoria; por su parte el 27, determinaba que el suelo y el subsuelo eran propiedad de la nación; el 123 estipulaba que el Estado será regulador en las relaciones entre obreros y patronos y el artículo 130 separaba al Estado de la Iglesia y prohibiría la participación del clero en política. Esa Constitución y la entrega de tierras a los campesinos —que querían en cambio el control de su territorio— establecieron un lazo que durará décadas entre los trabajadores por una parte y los usufructuarios (y posteriormente, enterradores) de la Revolución Mexicana por la otra. Esa Constitución será un arma fundamental en manos de los oprimidos de México y un obstáculo para eliminar a los gobiernos más conservadores.

Apenas aprobada la Constitución, al día siguiente, Carranza fue elegido presidente para el periodo 1917-1920 en elecciones presidenciales con 98 por ciento de los votos. De inmediato mandó a Morelos a Pablo González de la Garza a combatir a Zapata; éste hizo campos de concentración para reunir en ellos a la población, destruyó cosechas, quemó casas, pueblos y diezmó a los morelenses sin poder, sin embargo, aplastar la tenaz resistencia popular ni destruir a las mermaidas fuerzas zapatistas.

Zapata, aislado, envió en vano sucesivas cartas al gobierno estadounidense, que estaba empeñado en construir la Sociedad de las Naciones (precursora de las actuales Naciones Unidas) y en resolver los agudos problemas planteados por el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia en 1917 y en hacerse pagar por Francia y por el Reino Unido sus enormes deudas de guerra. Con-

sideraba, además, que la brutal represión carrancista era simplemente «la restauración del orden» en un país que, para Washington, había perdido mucha importancia. El caudillo sureño también buscó aliarse para romper su aislamiento con el porfirista Félix Díaz, quien hasta 1920 se mantuvo alzado en armas contra Carranza (y contra la Revolución).

Desesperado, cayó por último en la trampa ideada por González de la Garza quien le hizo creer que el coronel Jesús María Guajardo estaba descontento con el carrancismo. Zapata inició negociaciones con aquél y le pidió como prueba de lealtad el fusilamiento de ex zapatistas que se habían incorporado al regimiento del coronel carrancista. Cuando éste cumplió, fusilando a los desertores zapatistas, Emiliano Zapata creyó en sus palabras y accedió a reunirse con él en la hacienda morelense de Chinameca. El 10 de abril de 1919 allí fue acompañado por su guardia y, al pasar ante la tropa que le presentaba armas, esos mismos soldados dispararon a quemarropa asesinándolo. Carranza ascendió a general al asesino y le premió con 50 mil pesos (la misma cantidad en dólares). Así, con sangre, traición y miseria moral, se construyó el nuevo Estado mexicano...

En un Morelos devastado y despoblado y sin su irremplazable caudillo y jefe militar, el zapatismo prosiguió la lucha conducido ahora por el general Gildardo Magaña pero sin llegar a representar una amenaza para el gobierno de Carranza a pesar de que éste debió enfrentar de manera simultánea múltiples levantamientos armados de caudillos locales y la acción contrarrevolucionaria de los partidarios de Félix Díaz y de grupos de hacendados en el Sur, particularmente en Chiapas.

Obregón y Calles y el asesinato de Pancho Villa

La presidencia de Carranza se acercaba a su fin pero «don Venus» esperaba seguir controlando el poder detrás de la silla presidencial que destinaba a Ignacio Bonilla. Eso provocó un choque con el grupo sonoreño de hacendados-generales encabezado por Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta, quienes se apoyaban en sectores de la clase media rural. Estos generales proclamaron el Plan de Agua Prieta que declaraba la soberanía de Sonora y desconocía al gobierno de Carranza y éste, temiendo por su vida, partió hacia Veracruz con el tesoro nacional, muebles del Palacio Nacional y máquinas impresoras de dinero pero fue asesinado en Tlaxcaltenango, estado de Puebla, por orden de sus enemigos.

Adolfo de la Huerta asumió entonces como presidente provisional el 1 de enero de 1920, hizo un acuerdo con Villa reconociéndole el grado de general y dándole una hacienda en Canutillo, Chihuahua, para trabajarla. Convocó a elecciones, que ganó Obregón, quien contaba con el apoyo de agraristas ex zapatistas como Genovevo de la O y Antonio Díaz Soto y Gama, así como de dirigentes sindicales de la Central Revolucionaria de Obreros Mexicanos (CROM) controlada por Luis Morones.

El 1 de diciembre de 1920 Obregón inició su periodo presidencial 1920-1924. Pocos meses después, el 20 de junio de 1923 Francisco Villa fue asesinado en Parral, en una vil emboscada que dejó el camino completamente libre a los usurpadores de la Revolución y constructores del moderno Estado mexicano, como Obregón y Calles. Los asesinatos de

Emiliano Zapata y de Francisco Villa cierran, a mi juicio, la primera etapa de la Revolución Mexicana.

Ésta logrará un nuevo impulso con el gobierno del general Lázaro Cárdenas en los años treinta, que expulsó del país a Plutarco Elías Calles, derrotó a los caudillos locales y distribuyó casi 18 millones de hectáreas a los campesinos para su explotación ejidal o colectiva dándoles también armas para defenderlas y, además, le dio al proceso un carácter antiimperialista con la estatización del petróleo y de los ferrocarriles a pesar de las amenazas de agresión bélica alentadas en Inglaterra y Estados Unidos por las compañías afectadas.

En el gobierno de Cárdenas, como previó éste en su hábil evaluación geopolítica, México se salvó nuevamente de ser invadido porque la situación mundial era muy grave y el eje nazifascista, ya en 1936, se llevaba a cabo en España y Etiopía o preparaba abiertamente agresiones que conducirían inevitablemente a una nueva Guerra Mundial en la que el Reino Unido se jugaría su existencia misma y Estados Unidos inevitablemente estaría involucrado, lo que obligaba a sus respectivos gobiernos a no abrir frentes secundarios.

El costo en vidas humanas de la revolución fue grande. Si en 1910 México estaba poblado por 15 160 369 habitantes y en 1921 contaba con 14 334 780, es legítimo calcular que el costo del periodo revolucionario ascendió a cerca de un millón y medio de habitantes, entre muertos y emigrados, y debido al descenso forzado del número de nacimientos.

Pero nació un país nuevo, sin el peso paralizante del latifundio, recampesinizado y con ciudadanos dignos, mucho más industrializado y cuyo nivel de vida y economía crecieron continuamente durante casi 80 años. La Revo-

lución Mexicana, fue además, una de las fuerzas internacionales, junto con la Revolución Rusa, que radicalizaron vastas capas de juventud universitaria latinoamericana y dieron origen a la Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba, Argentina, la cual se extendió por todo el continente, a la rebelión de 1930 contra la dictadura de Machado en Cuba y al nacimiento del APRA como fuerza antiimperialista.

La Revolución Mexicana también ayudó a cambiar la relación de fuerzas de los países latinoamericanos con los imperialismos y a estimular el antiimperialismo en la inmediata posguerra. Por ejemplo, el peronismo, diez años después, en 1945, al igual que el varguismo brasileño en los 40, trataron de imitar el ejemplo del gobierno de Cárdenas, quien para tener margen de acción contra los imperialismos que amenazaban a México jugó en la escena internacional con las diferencias entre los distintos imperialismos contrapuestos y se apoyó en los sindicatos obreros y campesinos organizados en grandes centrales corporativas dependientes del Estado capitalista.

La Revolución Mexicana, por último, fue contemporánea de la Revolución China de 1911, de la Rusa de 1917 y de la prolongación de ésta en Persia. Todas ellas pusieron en el primer plano de la vida internacional la liberación nacional, el antiimperialismo y, sobre todo, el anticapitalismo. Casi a caballo entre el siglo XIX y el XX, inmensas masas campesinas emprendieron el camino de su liberación y los campesinos e indígenas mexicanos o los campesinos chinos cumplieron así un papel de bisagra entre el siglo de la expansión del imperialismo y el de la liberación nacional y social.

Bibliografía básica

- COASTWORTH, John, *Los orígenes del atraso: nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*, México: Alianza Editorial Mexicana, 1990.
- CUEVAS, Agustín, *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica*, México: Siglo XXI, 2004.
- GARCIADIEGO, Javier *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes*, México: UNAM, 2003.
- GILLY, Adolfo, *La revolución interrumpida*, México: Era, 2007.
- KATZ, Friedrich, *The life and Times of Pancho Villa*, Stanford University Press, 1998.
- _____, *La vida en tiempos de Pancho Villa*, México: Era, 2000.
- _____, *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*. México: Era, 1990.
- KNIGHT, *La Revolución Mexicana*. México: FCE, 2010.
- PINEDA Gómez, Francisco, *La irrupción zapatista*, México: Era, 1997.
- SILVA Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, México: FCE, 1972.
- TURNER, John Kenneth, *México bárbaro*, México: Berbera, 1908. (ed. en español, 2015).
- WOMACK, John, *Emiliano Zapata y la Revolución Mexicana*, México: Siglo XXI, 1969.

III China: una larguísima revolución democrática y campesina que triunfó transformada en guerra nacional

Las sucesivas revoluciones chinas del siglo XX son el resultado de las innumerables rebeliones campesinas que durante casi dos mil años marcaron la historia de ese país. Ellas, a la vez, alimentaron las siguientes insurrecciones contra las ocupaciones extranjeras y fueron estimuladas y reforzadas por la forma particularmente brutal que asumió la penetración capitalista en un país como China.

Las revoluciones chinas estallaron en oleadas continuas, primero, como revolución contra el Imperio manchú y por la democratización y modernización del país; diez años después como revolución de los explotados contra los señores de la guerra, la burguesía, los terratenientes y, durante la Segunda Guerra Mundial, bajo la forma de una revolución de liberación nacional contra el imperialismo japonés invasor y contra el gobierno burgués nacional de Chiang Kaishek que ataba a China al carro del imperialismo estadounidense,

cuya expulsión a la isla de Formosa unificó China y abrió el camino a su liberación nacional y social.

En China, desde el siglo II de nuestra era, vive y lucha un cuarto de la población humana. Eso da a sus habitantes, hasta hace pocos años casi todos campesinos, una enorme seguridad. La historia china es por eso la epopeya de campesinos pobrísimos y austeros, acostumbrados durante siglos a construir su vida y su país modificando y respetando la naturaleza, habituados a la vida comunitaria, colectiva y para los cuales todos los extranjeros y dominadores han sido bárbaros que debían ser culturalmente absorbidos. La Revolución China no es un triunfo exclusivo del Partido Comunista Chino sino de esa resistencia y tenacidad, de esa voluntad que, desde el siglo VIII-IX, provocó en China continuas sublevaciones rurales.

Sin embargo, hasta el siglo pasado incluso las insurrecciones campesinas triunfantes —una vez derribados los emperadores— reconstruían el viejo sistema, transformando en emperador al líder popular. Carecían, en efecto, de un proyecto social alternativo y de los conocimientos necesarios hasta para mantener la unidad del país y debían por eso recaer en manos de los letrados mandarines que monopolizaban una cultura tradicional incomprensible para el pueblo porque además estaba escrita en lengua clásica.

En Japón, entre 1868 y 1912, los cañones de las potencias occidentales que respaldaban a sus misioneros y comerciantes habían impuesto la nueva era Meiji con la eliminación del régimen de los shoguns y los samurais, y una modernización económica, industrial y militar según el modelo de Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Los comerciantes y artesanos

japoneses dejaron así de ser una clase inferior y se convirtieron en la clase dominante en pocos años, aliados con el trono.

En China, en cambio, medio siglo antes, donde se estaba preparando una modernización similar, los diversos imperialismos nacientes mantuvieron el régimen arcaico pues vieron un inmenso negocio tanto en la importación de porcelanas, objetos de arte, seda y té como en la producción de opio para la exportación que los ingleses impusieron a pesar de la débil resistencia de la corte imperial.

En pocos años, entre comienzos de 1800 y 1838, la exportación de opio a Inglaterra pasó de 300 toneladas anuales a 3000. El gobierno chino respondió e hizo quemar 1300 toneladas de opio en medio de celebraciones populares, pero en 1840 la flota inglesa atacó las costas chinas y tomó Shangai, Ningpó y las cercanías de Amoy. La Guerra del Opio lanzada en Londres por estos envenenadores de los chinos y del mundo acabó con el Tratado de Nankín (1842) mediante el cual China cedía Hong Kong a Inglaterra, le pagaba una enorme indemnización por el opio destruido y abría sus puertos al comercio inglés.

Convertida en presa casi inerme para los imperialismos, China debió soportar una nueva invasión cuando Francia e Inglaterra, con nimios pretextos, invadieron y ocuparon Cantón y Takú mientras el imperio zarista ruso construía el tren transiberiano en Manchuria y creaba una base naval en Vladivostok, entrando en conflicto con el imperio japonés, que ambicionaba ocupar vastas extensiones de China.

También y poco antes de la era Meiji japonesa, estalló en China una rebelión campesina que asumió un aspecto religioso. Entre 1850 y 1864 se extendió de manera importante la secta de los Adoradores de Dios, cristianos, dirigida por

Hong Xiquan, quien decía ser hermano menor de Jesucristo y el Mesías y, en nombre de la fraternidad, se oponía al imperio manchú y a los impuestos que éste exigía de los campesinos.

Hong contó con el apoyo activo de cerca de cien millones de campesinos del sudeste, o sea, cerca de un cuarto de la población del país, estimada entre 1850 y 1860 en 430 millones de personas. Su ejército ascendía a más de un millón de hombres y derrotó sistemáticamente a los ejércitos imperiales. Los Adoradores de Dios pretendían instalar el Reino Celestial de la Gran Paz (T'ai-p'ing T'ien-kuo; de ahí su nombre popular, Taiping) llevando al poder al mesías Hong, pero éste se suicidó en 1864 y las divisiones de sus seguidores más inmediatos condujeron al fin de este vasto movimiento, que costó millones de muertos debido a la represión, las hambrunas y las destrucciones provocadas por los combates.

Al comienzo de la rebelión los imperialistas habían creído que el cristianismo de Hong y de sus seguidores favorecería su penetración comercial y debilitaría al poder imperial, cuyo tradicionalismo era un obstáculo para el capitalismo, pero rápidamente comprendieron que, bajo la idea de orden y la ideología religiosa de los Taiping latía una revolución campesina como la que habían presenciado un siglo antes en Rusia con la rebelión del cosaco Yemelián Pugachiov, el falso zar.

Pasaron entonces a sostener a la dinastía Qian acorralada por los Taipings y ayudaron a los comerciantes chinos a formar milicias de mercenarios internacionales para combatir contra los campesinos. Esta alianza entre los imperialistas y las clases gobernantes tuvo como base social la defensa de los terratenientes y del orden tradicional; la sumisión de los comerciantes chinos a los extranjeros los transformó en una clase de «compradores» sin iniciativa

política alguna ni frente al poder imperial ni frente al capitalismo internacional.

Esta impotencia de la burguesía local fue la base del fracaso del intento del primer ministro Kang Yuwai de democratización y modernización por arriba, desde las clases gobernantes, antes del periodo Meiji en Japón.

En 1894-95, estalló la guerra con Japón que quería despedazar a China y colonizarla. La corrupta monarquía manchú debió aceptar que Japón instaurase un protectorado en Corea, cederle la isla de Formosa (Taiwán), abrir sus puertos a las naves niponas y pagar a Tokio una indemnización equivalente a dos años de impuestos del imperio chino, que todavía estaba pagando a ingleses y franceses. La Corte imperial, sin recursos, redobló por consiguiente la explotación de los campesinos para sostener su lujo y para comprar la benevolencia de los imperialistas siempre amenazantes.

Esta doble explotación y el odio a los invasores extranjeros, unido al desprecio por el servilismo de la Corte imperial, provocó en 1899-1901 la rebelión llamada de los «Boxers» por los ingleses o de «Los Puños Rectos y Armoniosos» o «Puños de la Justicia y la Concertación», una movilización dirigida a la vez contra la Corte y los extranjeros que aquélla trató de desviar para dirigirlo exclusivamente contra éstos.

El resultado fue la invasión por varias potencias europeas y la ocupación, saqueo e incendio de Pekín por tropas comandadas por un despiadado general alemán que permitió durante varios días violaciones, robos y asesinatos. La mezcla entre el nacionalismo humillado por el racismo de los imperialistas y el deseo de modernización y democratización del país concentró la voluntad popular contra el corrupto y

servil gobierno manchú y preparó el camino a la primera Revolución China.

En China, como dijimos, el desarrollo industrial fue obra de los capitales extranjeros, no de una burguesía compradora china totalmente subordinada a ellos. La cultura tradicional confuciana, que preconizaba la sumisión total al poder central, les venía como anillo al dedo a los imperialistas porque el poder central de los manchúes estaba dispuesto a hacer todas las concesiones que le exigieran por miedo a una revolución campesina y el pensamiento de Confucio servía a todos los opresores nacionales o extranjeros para mantener a los chinos en la pobreza y en la condición servil impidiendo que pensarán libremente y conquistaran una verdadera ciudadanía. Las mismas razones, dicho sea de paso, llevaron a Mao Zedong y llevan hoy a su sucesor Xi Jinping a promover y tratar de afirmar las doctrinas de Confucio.

La revolución democrática (1911-12)

Con el incipiente desarrollo capitalista en China comenzó a desarrollarse una clase de pequeños y medios industriales y de intelectuales de tipo occidental al mismo tiempo que incluso en la Corte imperial Qiang, de origen manchú, penetraban las ideas modernizadoras que se habían impuesto en Japón.

Ya en 1894 Sun Yatsen había creado en Honolulu un movimiento nacionalista —el Tongmenghui— de ideas bastante confusas que tenía como eje la unificación y la independencia de China de los extranjeros (y de la dominación manchú), el nacionalismo, el socialismo y la democracia y el acceso a la tierra de todos por igual. Por su lado, Huang Xing, igual-

mente muy influenciado por el desarrollo nipón y segundo dirigente en importancia de ese partido, desarrollaba una intensa actividad militante en Japón y en la Indochina francesa.

En la Corte imperial existía entonces un pequeño sector modernizador dirigido por Shen Xuanhuai quien estatizó las compañías ferroviarias privadas que eran propiedad de capitalistas chinos pero detrás de los cuales estaban capitales europeos; las compañías resistieron la estatización y formaron milicias privadas mientras las potencias occidentales presionaban a la ultraconservadora Regente imperial y su entorno manchú, que gobernaban en nombre del emperador niño Puyi.

La Corte tenía, por otra parte, estrechos lazos con los terratenientes y los sostenía siempre frente a los continuos levantamientos campesinos causados por aumentos de los impuestos, injusticias de las autoridades o abusos como robos, violaciones, palizas o matanzas de las tropas imperiales mal pagadas o que recibían sus sueldos con atrasos de meses. Además, la dominación manchú era odiada porque despreciaba a los chinos Han (la inmensa mayoría de la población) y obligaba a los varones a raparse la cabeza dejando sólo una larga coleta.

De modo que, cuando el primer ministro Shen Xuanhuai tuvo que renunciar ante esas presiones y la Regente impuso un gobierno compuesto sobre todo por manchúes y dirigido por un príncipe manchú, la mayoría de la población urbana se sintió defraudada y ofendida. Coincidentemente los cien mil muertos causados por una inundación del Yangtsé revelaron una vez más la ineficiencia de la burocracia imperial, que ya se había visto durante la guerra sino-japonesa desastrosa para China y los sectores más religiosos de los

campesinos consideraron que la inundación era un signo del abandono por los dioses de la dinastía Qiang, que gobernaba desde hacía casi trescientos años.

Ese fue el detonante de una rebelión nacional desorganizada pero general y en poco tiempo en todo el sur y el sureste se alzaron en armas decenas de guarniciones a las que Pekín les debía los sueldos desde hacía muchos meses. Surgieron así poderes militares locales tan abusivos, crueles y ávidos como el poder imperial tambaleante.

China era entonces independiente pero en realidad una semicolonía que todas las potencias buscaban despedazar. La tierra estaba a principios del siglo XX en manos de un 10 por ciento de la población y toda la vida económica de China dependía de los campesinos, que eran pobrísimos y alimentaban familias numerosas cultivando pequeñas parcelas como colonos y pagando como renta más del cincuenta por ciento de su producción. Pero esos campesinos en la vida cotidiana aceptaban el conservadurismo tradicional de Confucio que consideraba a la familia base de la sociedad y establecía en ella un orden jerárquico encabezado por los padres que consideraba padre de la nación al Emperador y a sus súbditos como sus hijos.

La oposición política contra el régimen imperial y el sistema de explotación se registraba exclusivamente en los medios urbanos entre algunos letrados con lecturas occidentalizadas, pequeños comerciantes y miembros de la pequeña nobleza culta. Los obreros industriales eran muy pocos y estaban concentrados sobre todo en Shangai —donde trabajaba la mitad de ese joven proletariado— y, en menor medida, en Cantón y en Hong Kong, y no participaban en estos conflictos; los campesinos, que contaban sólo con sus

sociedades secretas para su defensa, no se oponían ni al sistema imperial ni al dominio de los terratenientes, aunque se sublevaran violentamente contra los abusos e injusticias y contra la dominación de los arrogantes extranjeros.

Es necesario destacar también que a principios de siglo en China —contrario a lo sucedido en Rusia en la Revolución de 1905, donde la protesta antizarista era fuerte antes de la revolución y los grupos socialistas existían y actuaban desde hacía ya diez años— el estallido social, la oposición al imperialismo y a la dominación manchú como al imperio mismo no tuvo un eje socialista y sus líderes fueron intelectuales burgueses ilustrados. Este hecho prolongó una larga y caótica revolución democrática que comenzó en 1911 encabezada por Sun Yatsen y Huang Xing, duró casi 15 años y creó las condiciones para la entrada en acción de los campesinos sedientos de tierra y para el comienzo de la organización de los obreros en sindicatos.

La proliferación en el sur del país de insurrecciones militares que constituían poderes locales dirigidos por Señores de la Guerra, como hemos dicho, minaron gravemente las bases del imperio que reaccionó mandando contra los rebeldes el ejército de Pekín al mando del general Yuan Shikai pero éste, al cabo de algunas batallas victoriosas, comprendió cuál era la relación de fuerzas y ofreció la presidencia de la futura República al nacionalista Huang Xing. Éste y Sun Yatsen estimaron, sin embargo, que sólo Yuan Shikai podía lograr la abdicación de Puyi negociando con la Corte.

Esta decisión agravó la disgregación del país y la debilidad de China ante los diversos imperialismos (estadounidense, ruso, francés, inglés y, sobre todo, japonés) que esperaban someterla y despedazarla. En 1911 Mongolia exterior

se separó impulsada por el zarismo que ambicionaba el norte de China y en 1912 los ingleses, que colonizaban la India y Nepal, consiguieron sublevar el Tibet e independizarlo bajo su protectorado.

Ante el estallido de nuevas insurrecciones el 29 de diciembre de 1911 se reunieron en la ciudad de Nankín liberada de las tropas imperiales representantes de 17 provincias y los diputados de 16 de ellas eligieron como presidente chino a Sun Yatsen que había retornado al país ese mismo día. El 1° de enero de 1912 el líder nacionalista juró en esa ciudad y proclamó la unificación de los han, los hui, los manchúes, los mongoles y los tibetanos en la República Democrática de China.

Al conocer que Sun Yatsen había sido elegido presidente el general Yuan Shikai, que había vuelto al norte, tomó distancia del nuevo gobierno. Un atentado con bomba contra su vida realizado por el Tonmenghui le incitó a declarar que era leal a la República mientras los revolucionarios le exigían el 20 de enero —mediante un telegrama conminatorio— que negociase de inmediato con la Regencia la abdicación de Puyi asegurándole que a cambio Sun Yatsen renunciaría reconociéndolo como presidente.

El general convenció a la Emperatriz-regente de que sólo la abdicación del emperador niño, a cambio de mantener de por vida todos los privilegios de éste más la permanencia en la Ciudad Prohibida, permitiría garantizar la vida de la familia imperial y logró su objetivo el 12 de febrero de 1912. El 10 de marzo Yuan se trasladó a Pekín donde sucedió oficialmente a Sun Yatsen e instauró gradualmente su dictadura.

Hay que hacer notar que, tal como había pasado en Rusia en 1905 cuando los burgueses, atemorizados por la revolución terminaron optando por el «Orden» zarista, la burguesía china más progresista —la más conservadora era compradora y proimperialista— optó por negociar con la Corte imperial y por aceptar el poder de un generalote a pesar de que hasta ese momento en 1912 los obreros y los campesinos no representaban ningún peligro para ella pues aún no habían entrado en escena y todo se resolvía exclusivamente en el campo de las clases dominantes según la cambiante capacidad militar de cada fracción de esas clases.

Pocos meses después, el 25 de agosto de ese mismo año, el Tongmenghui se transformó en Guomindang (o Kuomintang) y pasó a agrupar todas las tendencias burguesas, desde las más conservadoras hasta las liberales, y a conquistar influencia en sectores de la clase media urbana y en una franja de intelectuales radicalizados y opositores activos de la dictadura de Yuan Shikai quien se proclamó emperador en diciembre de 1915 y como tal pretendió gobernar hasta su muerte, que se produjo en 1916.

En las primeras elecciones generales, realizadas cuando Yuan Shikai era solamente presidente, el Kuomintang obtuvo una aplastante mayoría pero su candidato a primer ministro fue asesinado y todas las sospechas se concentraron en Yuan, repudiado por la intelectualidad.

El más destacado de esos intelectuales radicalizados era Chen Duxiu, un letrado de formación intelectual clásica pero enemigo del confucianismo conservador que, tras su exilio en Japón, participó en la Revolución de 1911; debió exiliarse nuevamente por su actividad contra Yuan y, a su retorno a China, fundó en 1915 en Shangai la importante revista

Nueva Juventud que promovió la escritura en la lengua hablada popular y fue fundamental para organizar el pensamiento progresista chino.

Durante la Gran Guerra Mundial de 1914-18, China, como Japón, fue aliada de la *Entente Cordiale* (Francia, Inglaterra y Rusia) y enemiga de los imperios centrales (Alemania, Austro-Hungría, Turquía). Desde la Guerra del Opio y la de los Boxers, casi todas esas potencias le habían arrancado supuestas «concesiones» en las que, en realidad, China no era soberana ya que, si bien formalmente seguía poseyendo esos territorios, en ellos la potencia que ocupaba esa zona establecía los impuestos, leyes, economía, educación y tenía tropas y policía y, por ejemplo, en los cafés y restaurantes en las concesiones francesa o inglesa de Shangai solía haber carteles que advertían que no se aceptaba el ingreso ni de perros ni de chinos.

La Revolución Rusa impactó fuertemente a toda la sociedad, particularmente porque China seguía desgarrada por los poderes militares locales y Yuan Shikai desde 1915 había implantado su dictadura e incluso quiso en 1917 proclamarse Emperador en Pekín enfrentando a la República, la cual estableció su capital en Cantón.

La destrucción de la nobleza y de los terratenientes por los obreros y campesinos soviéticos, la entrega de la tierra a los campesinos, la liberación de las nacionalidades oprimidas, la eliminación de las anexiones y la democracia soviética fueron de inmediato modelos para los chinos y otros pueblos orientales y animaron al movimiento obrero de Cantón y Shangai. De modo que en 1919, cuando en Versalles los tratados de paz atribuyeron a los japoneses las concesiones de Alemania en Shandong y, además un derecho de tutela sobre

toda China que la delegación china vergonzosamente firmó y aceptó, el país estalló.

El 4 de mayo de ese año surgieron grandes protestas y manifestaciones estudiantiles y una huelga general en Shangai que paralizó las concesiones. Las grandes masas, hasta entonces meras convidadas de piedra, entraron así de manera tumultuosa en acción realizando la primera huelga política nacional de la historia china. Ese «Movimiento del 4 de mayo», ferozmente reprimido, quedó grabado en la conciencia del pueblo chino que ahora se dirigía a una revolución social.

El país seguía sin embargo en manos de los Señores de la Guerra, sostenidos bajo cuerda por las distintas potencias vencedoras en la Gran Guerra que temían la extensión del comunismo desde Rusia hacia Oriente y, además, aprovechaban la situación en China pues necesitaban vender sus excedentes bélicos sea donde fuere.

El Partido Comunista Chino y la Unión Soviética

Mientras tanto, muerto Lenin en 1923, el Partido Comunista Ruso y la Tercera Internacional bajo la dirección del trío Stalin, Kamenev y Zinoviev, dejaron de ver el socialismo como resultado de una revolución anticapitalista mundial o, por lo menos, en los grandes países más industrializados, y de subordinar a ese objetivo la Revolución en Rusia y modificaron su política internacional poniendo como centro de ésta no la preparación de una revolución anticapitalista mundial sino la defensa desprejuiciada del poder soviético para «construir el socialismo en un solo país».

Eso se reflejó en su política hacia China, donde el poder soviético había enviado con anterioridad en plena

guerra civil rusa a Grigori Voitinski y Yang Mungzhu para establecer contactos con los revolucionarios chinos.

Los grupos marxistas resultantes del Movimiento del 4 de mayo poco después se reunieron en 1920 y resolvieron unificarse. En efecto, en una reunión en la concesión francesa en Shangai —por razones de clandestinidad— Henrijk Sneevliet (*G. Maring*), marinero holandés representante de la Tercera Internacional, ya fundador del Partido Comunista de Indonesia,¹ contribuyó a la fundación en 1921 del Partido Comunista de China,² cuyo primer secretario general fue Chen Duxiu, por entonces decano de la Universidad de Pekín e intelectual de gran prestigio.

Los 57 miembros iniciales del partido eran también jóvenes profesores o estudiantes porque el marxismo comenzó a ser difundido por quienes podían leer lenguas extranjeras y traducir obras de Marx, Engels, Lenin y Trotsky, pero esos intelectuales establecieron de inmediato contacto con los primeros sindicatos y en 1926 llegaron ya a 57 963 miembros, después de una huelga general en Shangai el 30 de marzo de 1925 provocada por el asesinato de 13 manifestantes por parte de la policía inglesa y de otra huelga general masiva al mes siguiente —ya con comité central de huelga y milicias de autodefensa— en repudio a una nueva matanza.

¹ Sneevliet será fusilado por los ocupantes nazis de los Países Bajos durante la Segunda Guerra Mundial en su carácter de miembro de la Resistencia y de dirigente trotskista.

² Nótese bien: «de China» y no «Chino» porque los partidos comunistas surgidos de la Revolución Rusa eran internacionalistas, no nacionalistas como empezaron a serlo más tarde bajo la influencia de Stalin.

Moscú envió a China en 1923 a Borodin (Mijail Markovich Gruzenberg) (que Malraux retratará en su novela *Los Conquistadores*) y éste logró que Sun Yatsen aceptase la ayuda rusa. Stalin, presionado por la necesidad de paz para reconstruir la economía soviética devastada por la guerra civil y las invasiones de las potencias que habían apoyado militarmente a los contrarrevolucionarios, justificó su política de alianza estrecha con el Kuomintang, que era el partido de la burguesía china, creando la teoría de la alianza entre cuatro clases —la burguesía nacional, la pequeñoburguesía, los campesinos y los obreros— contra el imperialismo. Privilegiaba así la liberación nacional despegándola por completo de la liberación social y el socialismo. Como corolario de esa justificación «teórica» de una política pragmática planteó el ingreso del Partido Comunista en el Kuomintang, que Sun Yatsen aceptó sólo a condición de que la incorporación de los militantes comunistas fuese individual. Borodin creó también la Escuela Militar en Huang Pu (Wanpoa) en la que los soviéticos formaron y educaron a los jefes militares y policiales chinos cuyo director era Chiang Kaishek, yerno de Sun Yatsen, y su comisario político, Chu Enlai, un joven comunista formado en Francia.

Esta política que la Internacional Comunista quería imponer fue resistida por la dirección del Partido Comunista Chino y por la Oposición de Izquierda en el Partido Comunista Soviético existente desde 1923 y dirigida por Trotsky. La Internacional, para hacer tragar mejor la píldora a los comunistas chinos, utilizó para el caso a comunistas soviéticos de la oposición que fueron obligados a defender y aplicar una posición que juzgaban errónea,

como el holandés Sneevliet (Maring) o Adolfo Ioffe,³ el primero de los cuales presentó al Partido Comunista Chino la idea de que debía disolverse y el segundo firmó en enero de 1923 junto con Sun Yatsen un documento que sostenía que en las condiciones chinas la creación de soviets o consejos obreros era inaplicable. En 1927, cuatro años después, la Internacional Comunista organizará soviets obreros en Shangai sublevada...

Por disciplina, en junio de 1923, apenas seis meses después y con el voto en contra de todos los miembros de su Comité Central menos uno y el de Chen Duxiu, el secretario general del partido,⁴ el Partido Comunista Chino se disolvió.

Hasta la muerte de Sun Yatsen en 1925, los comunistas chinos ocuparon incluso altos cargos en el Kuomintang, partido de la burguesía «progresista» que, pese a ello, en 1927, en plena represión anticomunista, fue admitido como miembro por la Internacional Comunista que decía ser socialista, revolucionaria y se proclamaba leninista.

Fallecido el dirigente-bandera del partido nacionalista se desató en él una lucha de facciones entre una derecha anticomunista con rasgos fascistas y una izquierda, también nacio-

³ Ioffe, destacado diplomático soviético y miembro del Comité Central bolchevique, se suicidará en 1927 tras su misión en China y después en otros países, ante la expulsión de Trotsky del Partido Comunista (b) de la URSS.

⁴ Hasta 1927 cuando es expulsado, junto con Peng Shuzhi, acusado de trotskismo y sin derecho alguno a defenderse de las acusaciones de los estalinistas. Posteriormente dirigirá el trotskismo chino hasta su encarcelamiento por el Kuomintang por sus actividades comunistas revolucionarias y su muerte a los 57 años en 1937.

nalista, dirigida por Wang Jingwei⁵ que buscaba consolidar el apoyo social para enfrentar a los Señores de la Guerra que seguían controlando el centro-norte del país. Entre estos dos sectores Chiang Kaishek actuaba como centro y fiel de la balanza y establecía un equilibrio inestable, apoyándose en el ejército, en los banqueros... y en la mafia de Shangai.

Este frágil equilibrio se rompió cuando, como hemos dicho, coincidentemente con la muerte de Sun Yatse, la policía inglesa asesinó en Shangai el 30 de marzo a trece manifestantes. La huelga general fue dirigida por los comunistas, al igual que los sindicatos, que se unificaron mientras los campesinos, dirigidos también por los comunistas, ocupaban las tierras. Cuando apenas un mes más tarde los británicos dispararon nuevamente sobre otra manifestación, esta vez en Hong Kong, los sindicatos ocuparon la concesión inglesa en Cantón y formaron milicias en Hong Kong decretando el boicot a todas las mercancías que pasaran por esta colonia británica. Ese boicot duró un año y afectó mucho a los colonialistas ingleses y a la gran burguesía.

Chiang Kaishek se unió entonces con la derecha del Kuomintang con la cual dirigió desde entonces ese partido y juró sobre la tumba de Sun Yatsen combatir a los comunistas. Políticamente reforzado lanzó entonces el 20 de marzo de 1926 una feroz represión antiobrera y anticomunista en Cantón disfrazando de obreros a cadetes de la escuela de oficiales y a miembros del hampa de Shangai. Esos grupos de choque aplastaron la resistencia sindical asesinando a

⁵ Que terminará como jefe del gobierno chino títere de los ocupantes japoneses y que combatirá a las órdenes de éstos contra los nacionalistas y los comunistas que resistían.

los miembros de las milicias y militantes comunistas que capturaban. Ante la falta de una resistencia fuerte el 15 de mayo siguiente el Kuomintang expulsó a los comunistas que estaban atados de pies y manos por su aceptación de la disciplina y de la dirección del Kuomintang.

Campaña contra los Señores de la Guerra y matanza en Shangai

Pese a esa represión, la Internacional Comunista obligó a los comunistas chinos a permanecer en el Kuomintang aliados a Chiang Kaishek pero apoyándose ahora en Wang Jingwei, líder de la izquierda de ese partido. Trotsky, sus compañeros en el Partido Comunista Soviético y en la Internacional y la mayoría de los dirigentes comunistas chinos advirtieron que la izquierda del Kuomintang terminaría uniéndose con la derecha y con Chiang Kaishek en cuanto entrasen en acción las grandes masas obreras y campesinas. El Kremlin y la dirección de la Tercera Internacional ya estalinizada dijeron que eso era «imposible» y el Partido Comunista Chino acató las instrucciones por disciplina.

Chiang Kaishek, disminuido así el peligro a su izquierda, lanzó sus tropas hacia el Norte para barrer los ejércitos regionales de los Señores de la Guerra y los campesinos se alzaron al paso de los soldados, que veían como liberadores ocupando las tierras en aplicación directa del programa agrario de Sun Yatsen, ejecutando a los terratenientes que resistían. El ejército los reprimió, fusiló a los comités de campesinos pobres y los desarmó pero la ola de ocupación de tierras se extendió estimulada por Wang Jingwei y por los comunistas.

Cuando los ejércitos nacionalistas se acercaron a Shangai apoyados por esta ola de sublevaciones campesinas y ocupaciones de tierra, los obreros de la ciudad se levantaron en armas del 27 de febrero de 1927 y fueron aplastados. Un mes más tarde, el 21 de marzo, lanzaron otra insurrección, esta vez victoriosa y liberaron la ciudad para acoger las tropas de Chiang.

Éste negoció el apoyo de las potencias imperialistas preocupadas por sus concesiones y tras ocupar la ciudad y decretar la ley marcial desató una terrible represión antisindical y anticomunista que dejó un saldo de más de cinco mil muertos. Los militantes obreros vencidos o los dirigentes sindicales fueron fusilados o, atados de a dos, quemados vivos en los hornos de las locomotoras.

El Partido Comunista Chino, barrido fuera de las ciudades y prácticamente destruido, debió luchar por su supervivencia refugiándose en las zonas campesinas. La clase obrera, ya sin sindicatos ni partido comunista, quedó sometida durante décadas a la dominación fascista del Kuomintang y no tuvo ningún papel en la liberación en 1949 por los ejércitos campesinos del Partido Comunista de la ocupación japonesa y del yugo del gobierno proestadunidense de Chiang.

Ante el fracaso sangriento de su política china, la dirección estalinizada de la Tercera Internacional responsabilizó del mismo a los dirigentes chinos que se habían opuesto a esa política y habían advertido sobre el peligro de desastre, los expulsó para, inmediatamente, pasar a una suicida creación de efímeros soviets chocando con la oposición de algunos cuadros que no siguieron sus directivas y apostaron

a una larga revolución campesina, como Mao Zedong, que comenzó en esa disputa a desconocer los órdenes de Moscú.

Los jóvenes comunistas chinos urbanos refugiados en las zonas rurales se esforzaron sobre todo por sobrevivir y, para ello, debieron tratar de comprender a los campesinos, que eran conservadores pero tenían hambre de tierras y un profundo odio por los terratenientes y usureros que los explotaban y, también por los brutales soldados de los Señores de la Guerra feudales o del Kuomintang que cometían toda clase de atrocidades.

Enquistados como cuerpo extraño en las aldeas, esos militantes-guerrilleros debieron antes que nada convencer a una parte de los aldeanos e imponer su autoridad sobre el resto. La eliminación de los impuestos más odiosos y la entrega de la tierra no bastaban para ello. Su organización militar y disciplina fueron entonces fundamentales para imponerse en las aldeas.

Una pequeña minoría de los campesinos más jóvenes fue atraída por la ideología revolucionaria y abrió una brecha en el mundo aldeano apoyándolos, siguiéndolos y reforzando las débiles filas guerrilleras. Otros sectores lo hicieron después por interés, para mejorar su situación económica logrando más y mejores tierras y para liberarse de deudas, mientras la mayoría, deseosa de orden, se sometió a los comunistas aceptando pasivamente sus imposiciones.

Ese Partido-ejército durante un largo periodo fue víctima del ultraizquierdismo impuesto por la Internacional y perdió muchos militantes y cuadros en experiencias soviéticas inventadas y en ataques mal preparados que se basaban en la idea de que el capitalismo estaba en su fase final, según decía Stalin desde fines de los años veinte hasta el giro hacia

los Frentes Populares de 1936, cuando el Partido Comunista Chino propuso una alianza a Chiang Kaishek.

En ese periodo las masas campesinas comenzaron a moverse, mientras el partido atravesaba la etapa de ultrazquierdismo dirigido por la Internacional Comunista y conocido como «Tercer Periodo». Lanzaba una serie de ataques militares aventureros y pasaba de uno a otro dirigente, desde Li Lisan a Wang y los 28 bolcheviques⁶ para terminar en la secretaría de Mao Zedong, cuando Stalin cambió la línea política de todos los partidos comunistas del mundo inaugurando el periodo de los Frentes Populares.

El Partido-ejército vivía como un cuerpo propio en el medio campesino del sur del país, poblado sobre todo por pequeños propietarios, hasta que, para poder sobrevivir, tuvo que abandonar Jinggang, en el sureste de China y emprender la Larga Marcha hacia el norte, en Yunan,⁷ donde las masas campesinas eran muy densas y estaban compuestas sobre todo por colonos y arrendatarios muy pobres.

En 1926 volvió a movilizarse el siempre inquieto mundo campesino justo en el momento en que el Partido Comunista estaba más débil y carecía de una dirección estable. El breve periodo del intento de alianza con Chiang Kaishek

⁶ Llamados así porque eran estudiantes de la Universidad Sun Yatsen de Moscú enviados a China por la Internacional para aplicar la política aventurera dictada por las necesidades nacionales de Stalin y de la burocracia soviética que entonces estaba en agudo conflicto con la derecha dirigida por Bujarin.

⁷ En La Larga Marcha salieron ochenta mil y llegaron sólo ocho mil. Recorrieron peleando 12 500 kilómetros.

en 1936⁸ fue interrumpido por la invasión japonesa que superpuso una guerra de liberación nacional a la guerra por la tierra y la democracia.

En esa guerra nacional y social el Partido Comunista Chino luchó contra los invasores y, a la vez, aunque en menor medida, contra el gobierno del Kuomintang. Creció hasta alcanzar un millón y medio de miembros en 1945, antes de su triunfo final en 1949.⁹ Pasó a ser un partido dirigente de amplias masas uniendo la lucha agraria y democrática con la lucha nacional contra el imperialismo colonialista y formó a sus cuadros en ese combate.

Los dirigentes comunistas que estudiaron fueron influenciados más por los pensadores del siglo XIX como Marx, Darwin, Nietzsche, que por los del siglo XVIII, como Adam Smith, Voltaire, Rousseau, Montesquieu. Mezclaban a esos pensadores occidentales modernos con las enseñanzas tradicionales de Confucio —que Mao, Deng Hsiaoping, Jiang Zemen, Hu Jingkao y Xi Jinping impusieron al partido hasta hoy—, y con la versión oficial de Stalin de la Revolución Rusa y del partido bolchevique. Fueron sobre todo pragmáticos y empíricos y se montaron entre 1945 y 1949 sobre una revolución agraria que en parte estimularon y que trataron de encauzar y contener.

Cuando en vísperas de la derrota total de los japoneses, Stalin intentó imponer al Partido Comunista Chino

⁸ Chiang Kaishek fue apresado en 1936 en Sian por uno de sus generales partidario de la alianza con los comunistas y el comunista Chu Enlai debió ir para liberarlo.

⁹ Actualmente tiene 90 millones de miembros, incluyendo entre éstos a los más ricos del país.

triunfante un gobierno de coalición con los restos del gobierno derrotado de Chiang Kaishek, Mao Zedong, al igual de lo que había hecho Josip Broz (Tito) durante la lucha contra los nazifascistas y los ejércitos burgueses serbios rechazó esa política y el Kuomintang tuvo así que refugiarse en Taiwan bajo el ala protectora de Estados Unidos. La negativa de Mao de acatar las órdenes de Stalin sentó entonces las bases del conflicto sino-soviético que estalló pocos años después.

¿Qué fue la Revolución China?

La Revolución China fue por consiguiente una revolución agraria dirigida por un Partido-ejército que, en una lucha de muchos años, constituyó una capa diferenciada y privilegiada de dirigentes vitalicios, renovables sólo dentro de esa capa social.

Ante la carencia de una participación obrera decisiva en la revolución, como la que hubo en Rusia en 1917-23, y de una intelectualidad marxista formada durante decenios en el socialismo revolucionario europeo, el Partido Comunista Chino se formó como un mandarinato colectivo que reemplazó a los viejos emperadores por derecho divino por nuevos emperadores laicos que continúan, como los anteriores, difundiendo el pensamiento de Confucio para educar en la sumisión y controlar a la cuarta parte de la población humana fundamentalmente sobre la base del nacionalismo ancestral.

Pese a eso, mediante la revolución, China dejó de ser una semicolonias, se unificó y expulsó a los diversos imperialismos de todo su territorio, mejoró mucho la vida

material de sus habitantes, acabó con las hambrunas masivas, restauró la dignidad nacional que todos pisoteaban y recuperó para el país el papel económico y militar que había tenido durante milenios.

Pero lo hizo con enormes costos, comenzando por la destrucción del internacionalismo y la democracia interna de los primeros tiempos del partido y siguiendo con el tributo de sangre que debió pagar por las políticas de Stalin y de Mao (el Gran Salto Adelante costó decenas de millones de muertos, al igual que la Revolución Cultural) y de los seguidores de aquél que industrializaron al país con los criterios y los capitales de las transnacionales imperialistas y a costa de un terrible desastre ecológico.

La china fue, en resumen, una larga revolución democrática campesina dirigida por un partido que se declaraba comunista pero que no lo era y que dependía del aparato del ejército sobre el cual se construyó la burocracia gobernante. No condujo de este modo a la construcción de las bases del socialismo sino a un capitalismo de Estado sin frenos con una política internacional basada sólo en los intereses políticos o comerciales de los sectores gobernantes.

Bibliografía básica

BIANCO, Lucien, *Los orígenes de la Revolución China (1915-1949)*, Barcelona: Bellaterra, 1999.

_____, *Peasants Without the Party: Grass-Roots Movements in the Twentieth-Century China*, Londres y Nueva York: Routledge, 2015.

- FAIRBANKS, John King, *China, una nueva historia*, Quito: Ed. Andrés Bello, 1997.
- Hsü, Immanuel, *The Rise of Modern China*, Oxford: Oxford University Press, 1999.
- ISAACS, Harold R., *La tragedia della rivoluzione cinese*, Italia: Il Saggiatori, 1975 (1935).
- MALRAUX, André, *Los conquistadores*, Madrid: Ed. Argos, 1999.
- MO Yan, *El clan del sorgo rojo*, España: El Aleph, 2009.
- TROTSKY, Leo Davidovich, *The Chinese Revolution. Problems and Perspectives*, Nueva York: Pionner Publisher, 1932.
- _____, *La Tercera Internacional después de Lenin*, Buenos Aires: Ed. Yunque, 1972.
- _____, *Los primeros cinco años de la Internacional Comunista*, México: Casa Museo León Trotsky, 2016.
- <www.fundacionfedericoengels.net/.../293-el-programa-militar-de-la-revolucion-proletaria>

IV Rusia 1917: el país de los soviets transforma el mundo

En Rusia, entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, el capitalismo y la clase obrera se habían desarrollado y concentrado con gran velocidad confirmando las posiciones de los primeros marxistas rusos sobre la inevitabilidad del desarrollo del capitalismo y la imposibilidad de mantener intacto y hacer socialista el sistema de comunas precapitalistas existentes en ese país. La revolución de 1905, por su parte, había zanjado la otra mitad de la discusión, al demostrar con clara evidencia el papel dirigente de los obreros y de sus consejos frente a los desorganizados campesinos rusos.

De manera simultánea a la Revolución Mexicana en América del Norte y la Revolución China en Extremo Oriente, la guerra de 1914-1918 desencadenó una revolución democrática en la inmensa Rusia, ese imperio semiasiático cuya parte europea había conocido apenas poco más de un lustro antes la conmoción revolucionaria de 1905 en la que habían participado sobre todo obreros y soldados pero aún no la

masa campesina ni las nacionalidades no rusas europeas o asiáticas sojuzgadas por el zarismo.

Esa guerra mundial transformó a 12 millones de campesinos rusos en soldados, los lanzó al infierno de las trincheras y los mezcló con los obreros huelguistas enviados al frente como castigo y con los estudiantes socialistas convertidos en suboficiales y fue nuevamente, como lo había sido la guerra con Japón en 1905, la partera de la revolución política y social, pero esta vez uniendo a todos los explotados y oprimidos y uniendo también la revolución democrática contra la autocracia zarista y la dominación nacional de otros pueblos con una profunda revolución anticapitalista.

Las derrotas rusas ante los ejércitos alemanes en el frente sur, la incapacidad de los generales, que eran muy aptos para aplastar campesinos, tribus alzadas o imperios orientales en total decadencia como el persa y el otomano pero ineptos en una guerra moderna en Europa, el pro-germanismo de la corte imperial corrupta, la ineficiencia de los gobiernos del zar elegidos entre los nobles más fieles, la parálisis creciente de una economía construida por los capitales extranjeros en su exclusivo beneficio,¹ fueron los factores que —potenciándose mutuamente— crearon las condiciones para una nueva revolución mucho más extensa y radical que la derrotada pocos años antes.

¹ Serge, Víctor, *La I de la révolution russe*, Marsella: Agone, 2017. En 1900, el capital extranjero poseía el 79 por ciento de los capitales invertidos en Rusia y los capitalistas franceses eran dueños del 60.7 por ciento del acero producido en Rusia, del 50.9 por ciento del carbón y del 55 por ciento del capital bancario.

El aplastamiento producido por la derrota de 1905, en efecto, había durado sólo unos cinco años. Ya desde 1910 comenzaron de nuevo las huelgas masivas y en 1912 los mineros de las explotaciones auríferas del río Lena, en Siberia, iniciaron una huelga por las 8 horas (trabajaban 10) y la empresa inglesa ordenó disparar sobre los paristas asesinando a 270, lo que produjo grandes manifestaciones de protesta en Moscú y en San Petersburgo como en otras partes del país.

El estallido de la guerra en 1914 había contribuido a distinguir claramente las diferentes tendencias revolucionarias: en efecto, los social-revolucionarios y los mencheviques asumieron de inmediato una actitud patriótica y nacionalista y respaldaron al gobierno zarista y a los gobiernos de la Entente. Incluso un ala de los bolcheviques adoptó la política de unidad nacional frente a los imperios centrales. Por el contrario, Lenin y sus compañeros, Martov y otros mencheviques internacionalistas y algunos revolucionarios independientes como Trotsky, se opusieron a la matanza y organizaron las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, en Suiza, manteniendo en alto la bandera del internacionalismo. Esta división tajante se reprodujo igualmente en la Segunda Internacional donde los partidos socialdemócratas que apoyaban a sus respectivos gobiernos y llamaban a los obreros de los países en guerra a matarse entre sí rompieron sus lazos con los partidos y grupos que se negaron a participar en la matanza en beneficio de sus propios explotadores o de los capitales mundiales.

Eso hizo que los internacionalistas quedaran a la cabeza de las huelgas de los obreros rusos —que no cesaron con la declaración de guerra— y fueran los únicos en mantener la propaganda revolucionaria en todo el país, incluidas las fuerzas

armadas, que los partidarios de la unidad nacional detrás del zarismo consideraban actividades antipatrióticas. Así estaban las cosas hasta que fue violentamente reprimida una huelga y manifestación de obreras textiles de San Petersburgo que exigían la jornada de trabajo de 8 horas (trabajaban hasta 14, como hemos dicho).

Con esa lucha de las mujeres comenzó la revolución de febrero de 1917, que se comunicó a las tropas de guarnición en la capital e impulsó a los mencheviques y social-revolucionarios a organizar consejos de obreros y soldados, retomando la experiencia interrumpida de la revolución de 1905.

Una digresión previa y consideraciones metodológicas necesarias

Hay que advertir al respecto que las revoluciones sociales, como todos los grandes acontecimientos históricos, no son hechos aislados sino la culminación de procesos. Por eso Lenin, varios meses después, inmediatamente de la victoria en octubre, bailó de alegría bajo la nieve en un patio del Kremlin cuando la recién nacida República Soviética superó los dos meses y diez días de la Comuna de París porque para él la hazaña de 1917 era la continuación del 1871 parisino y apenas el segundo de otros «asaltos al cielo» que salvarían a la revolución de la derrota.

Para juzgar la Revolución Rusa hay que recordar igualmente que las palabras son engañosas y deben ser pensadas en su contexto histórico y que ni la sociedad ni los obreros de 1917 eran iguales a la sociedad y los obreros actuales como tampoco son iguales su trabajo y su modo de vida.

Es también falso y anticientífico juzgar un hecho por su evolución posterior. Ni los revolucionarios franceses de 1792 fueron responsables del Termidor y del imperio napoleónico (que sólo fueron posibles después de guillotinarlos y de modificar su política y desvirtuar su memoria), ni Lenin o los bolcheviques son responsables de la monstruosidad burocrática estalinista, que se instauró a partir de 1923 destruyendo primeramente el partido revolucionario y asesinando después a toda la generación de Octubre.

Rosa Luxemburgo escribió que «el camino de la victoria está sembrado de derrotas». Los trabajadores, por lo tanto, deben aprender más de ellas que de sus efímeras victorias en una lucha que no cesa con ellas porque la explotación y la opresión engendran continuamente las resistencias y las rebeliones. El frente de batalla, además, es planetario porque el capitalismo es un sistema mundial, no una suma de Estados aislados o que puedan separarse del contexto mundial en movimiento. Por eso las revoluciones que no se extienden degeneran y perecen aunque el territorio que abarquen sea inmenso y riquísimo porque deben superar el nivel de cultura y de productividad de los países avanzados.

¿Valieron la pena los esfuerzos inauditos de los revolucionarios? Incluso en la izquierda muchos respondieron negativamente y criticaron la Revolución Rusa diciendo que era prematura. Pero si los bolcheviques no hubiesen tomado el poder lo habría hecho una terrible dictadura de la derecha apoyándose en un sector de los oficiales zaristas y la República democrática nacida en febrero y habría parecido igualmente un país que era ya de hecho una semicolonía franco-inglesa.

La Rusia de los zares a principios del siglo pasado

Al estallar en febrero de 1917 la revolución en el entonces San Petersburgo, la capital del imperio zarista, tenía 2 412 800 habitantes, de los cuales 416 mil eran obreros, en un 60 por ciento de ellos metalúrgicos concentrados en un 90 por ciento en 38 grandes fábricas.

Por su parte, la población total del imperio zarista llegaba a 134 millones de personas y en ella los obreros eran 3.5 millones. El partido bolchevique contaba en la capital con cinco mil militantes, y llegó a 42 mil antes de octubre. Más de 80 por ciento de ellos eran obreros, sobre todo metalúrgicos; tenían un promedio de edad de 27 años y estaban alfabetizados en un 92 por ciento pues en la industria metalúrgica todavía no taylorizada, los obreros debían saber interpretar un plano, preparar las tareas, las herramientas, conocer matemáticas y trigonometría e igual cosa sucedía con los obreros de las imprentas pues debían leer manuscritos y componer los textos con tipos o con las recientemente creadas linotipias.

¿Qué fue pues la Revolución Rusa? La conjunción entre una inmensa revolución campesina precapitalista, la revolución de las minorías nacionales contra el despotismo asiático de los zares y una revolución anticapitalista de una minoría obrera muy concentrada, una parte de la cual era avanzada, culta e inteligente, y había sido organizada por la experiencia de 1905 y por la falange de teóricos y organizadores de gran valor que dirigía al partido bolchevique o militaba, como Trotsky, en organizaciones que después confluirán en él.

Esas tres gigantescas olas simultáneas: la campesina, la nacional y la socialista, barrieron un régimen hacía tiempo condenado. En efecto, desde la gran hambruna de fines del

siglo XIX y la revolución de 1905, la autocracia zarista vivía de prestado y se enfrentaba a la mayoría de la nobleza y a la burguesía rusa que, aliada al gran capital extranjero, buscaba democracia. La *intelligentsia* y la clase obrera eran socialistas y la mayoría de los trabajadores calificados de la industria gráfica, como los impresores, los del transporte y el correo, seguía a los mencheviques mientras que la parte más activa —metalúrgicos y químicos— apoyaba a los bolcheviques y a los anarquistas.

La guerra (que concentró a millones de campesinos-soldados en el frente junto a obreros y estudiantes socialistas) hizo explotar esa mezcla. En la revolución de febrero participaron todas las clases, las cuales se diferenciaron rápidamente desde marzo hasta octubre porque los gobiernos burgueses instaurados por la revolución y los ministros socialistas moderados dirigentes de los soviets de obreros y soldados que les sucedieron cuando aquéllos fueron derribados por las masas en la calle prosiguieron la guerra odiada, que sangraba y hambreada al país y no dieron la tierra a los campesinos como habían prometido.

La revolución de octubre se hizo, por eso, sin disparar ni un tiro porque las consignas bolcheviques de «¡Pan, paz y tierra!» les permitieron ganar la mayoría del destacamento de San Petersburgo —transformado ya en Petrogrado— de los soviets como de la gran mayoría de las fábricas y sindicatos, y recoger el poder que se había convertido ya en un fantasma.

Las revoluciones son el resultado de la insubordinación de las amplias masas. Los bolcheviques reorientados por Lenin y Trotsky no hicieron la revolución: simplemente la encauzaron y organizaron la toma del poder estatal.

Los soviets (consejos) de obreros y soldados

Los soviets (consejos obreros cuyos diputados eran elegidos y revocados por asambleas) fueron la escuela, construida en 1905, que permitió la rápida evolución de la mayoría de los obreros, desde febrero hasta octubre, hacia los firmes y esclarecidos bolcheviques abandonando a los otros partidos socialistas, que eran mayoritarios en febrero pero que seguían aliados a los capitalistas y eran agentes de Francia e Inglaterra.

El partido bolchevique en 1905, como hemos visto, se había opuesto a los soviets porque veía en ellos una competencia con su organización. Pero entre febrero y octubre de 1917 no sólo los reconoció y organizó sino que también incorporó a sus filas a Trotsky, presidente de los soviets en 1905, y a un grupo numeroso de destacados militantes amigos de éste.

La revolución democrática antizarista, por otro lado, se produjo durante una guerra de las grandes potencias imperialistas por el reparto de un mundo ya unificado por el capital. Eso permitió integrar la lucha por las tareas democráticas —paz, tierra, democracia, libertad, eliminación de los privilegios de la nobleza y del clero e independencia de los pueblos oprimidos por el imperialismo ruso— con el combate por las tareas anticapitalistas: igualdad, fin de las discriminaciones de todo tipo, eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, control obrero en la industria estatizada, instalación de un nuevo Estado obrero para comenzar a construir el socialismo. De ahí la transformación ininterrumpida de la revolución democrática en revolución

socialista y el carácter permanente de la revolución (que implicaba igualmente la extensión de la misma a otros países).

Los soviets (consejos obreros) en 1905 y 1917 fueron un instrumento de todas las capas de los trabajadores pues eran pluralistas ya que en ellos militaban todas las tendencias existentes en el movimiento obrero, desde los laboristas hasta los socialistas revolucionarios, los revolucionarios y los reformistas marxistas y los anarquistas. La influencia de las diferentes organizaciones evolucionaba, se medía de manera cotidiana en la acción directa de la clase obrera y determinaba los cambios en la dirección de esos consejos.

Ese pluralismo caracterizará también al primer gobierno de los soviets dirigido por Lenin, Trotsky y los bolcheviques e integrado por 14 bolcheviques, siete socialrevolucionarios de izquierda, tres mencheviques y un menchevique internacionalista (Martov) y sólo las vacilaciones ulteriores de los socialrevolucionarios y de los mencheviques hicieron que el Consejo de Comisarios del Pueblo (nombre para los ministros tomado de la Revolución Francesa propuesto por Trotsky) quedase formado exclusivamente por bolcheviques.

Otra peculiaridad rusa era la existencia de un partido revolucionario fuerte, probado y seleccionado durante años de duras luchas. Dicho partido unía la organización clandestina con el flexible y audaz aprovechamiento de cada espacio democrático por mínimo que fuese, como la participación en la elección para la Duma (el Parlamento) y libraba constantemente la batalla de las ideas con los libros teóricos, ensayos y artículos de sus dirigentes y con la participación de éstos en los congresos socialistas internacionales.

Esto marcó una profunda diferencia con lo que sucedió en todas las revoluciones posteriores, como las fracasadas en

Hungría y en Alemania en 1918-19 o, más cerca de nosotros, la boliviana de 1952, la argelina de 1954, la cubana de 1959, la sudyemenita en 1969 o las revoluciones de liberación nacional en Angola, Mozambique y Guinea Bissau.

El curso tormentoso de la revolución

Al comienzo de 1916, Rusia estaba ya agotada por la guerra y el grupo de germanófilos que rodeaba al zar y la zarina buscaba una paz separada de los imperios centrales. Por su parte, la burguesía rusa, lacaya de la francesa, buscaba reforzar los lazos con los aliados y con un sector de la corte y de la aristocracia, pensaba en un golpe a palacio para evitar un estallido social. Pero esos sectores no se animaron a darlo y sólo asesinaron a Rasputín, un ladrón de caballos siberiano que, como santón, tenía gran influencia sobre la zarina.

Las masas no les dieron ni tiempo ni margen de maniobra y del 25 al 27 de febrero salieron a la calle al grito de «¡Pan, pan!», confraternizando con los soldados. La burguesía, desde la Duma, quiso obtener la abdicación del zar para salvar la dinastía y el régimen y formó un gobierno provisional con la fachada del príncipe Lvov pero dirigido por Miliukov, el jefe del partido burgués de los Cadetes (por su sigla, KDT) con una monarquía constitucional con el gran duque Mijail Romanov como Regente hasta la mayoría de edad del Zarevich Alexis.

Pero los socialistas reformistas, que dirigían los soviets, con su Ordenanza Número 1 del 1º de marzo, abolieron los títulos en los ejércitos, llamaron a organizar consejos en cada unidad, pusieron a éstas bajo el control del soviets central, impidieron la fuga de la familia central a Inglaterra, la arres-

taron y declararon que proseguía la guerra junto a los aliados pero que Rusia deseaba la paz.

Frente al gobierno burgués, que carecía de fuerza, se alzó así el poder de los soviets, que tenía fuerza, pero no decisión ni independencia política, y se creó una dualidad virtual de poderes que se iría profundizando mes tras mes y, como fruto de la misma, se formó un gobierno de coalición entre los burgueses, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios presidido por Kerensky, que fue apoyado por los bolcheviques Kamenev y Stalin, recién liberados de su exilio siberiano, al asumir el comando de los bolcheviques de la capital cuando también sostuvieron las negociaciones para la fusión en un solo partido entre mencheviques y bolcheviques.

Pero el gobierno del kaiser alemán, que estaba perdiendo la guerra y necesitaba la paz con Rusia para lanzar nuevos ejércitos en una ofensiva decisiva en Francia, creyó hacer una hábil maniobra y facilitó el retorno de Lenin a Rusia desde su exilio en Suiza en un tren especial. Recién llegado abril en la misma estación, Lenin impulsó por el contrario la ruptura total con los mencheviques y llamó a luchar para derribar a Kerenski e instaurar un gobierno obrero y campesino como exigía Trotsky, que llegó poco después desde un campo de concentración en Canadá y fusionó su organización con los bolcheviques reforzando así a Lenin y los revolucionarios frente a los conciliadores.

Kerensky, inconsciente de la relación de fuerzas real, el 18 de junio lanzó una sangrienta ofensiva en el frente sur y rechazó la autonomía nacional de Finlandia y de Ucrania. Pero no pudo mantener esa batalla porque su gobierno cayó por la renuncia de los ministros burgueses asustados por el repudio de las masas. Kerensky formó entonces en julio otro

gabinete de ministros, todavía más burgués, bajo el fuego de un levantamiento de los obreros, los marinos y el destacamento de Petrogrado que duró desde el 3 al 7 de julio y fue organizado por el Comité Militar de los bolcheviques contra la voluntad de Lenin, Trotsky y el Comité Central que juzgaban que los campesinos y el resto del país no seguirían a la capital en una revolución prematura y que, por lo tanto, acompañaron a las masas pero tratando de frenarlas.

Como consecuencia de esta pequeña insurrección en julio se temió el linchamiento de Trotsky y gran cantidad de marineros, soldados y obreros bolcheviques fueron encarcelados mientras que Lenin y Zinoviev debieron esconderse pues el gobierno desató una enorme campaña de prensa que los presentaba como agentes alemanes y provocadores, infamia que fue secundada por los socialistas reformistas que tenían todavía la mayoría en el soviét supremo y en el soviét de la capital pero la habían perdido ya en los comités de fábrica.

Rusia osciló así entre una dictadura militar de la burguesía y la conquista del poder por los obreros anticapitalistas. Kerensky le apostó a la primera y trató de organizarla con el general cosaco Kornilov.

El 13 de agosto se reunió en Moscú la llamada Conferencia gubernamental en la que la burguesía, envalentonada, buscó reprimir la revolución y festejó a Kornilov. Éste intentó luego un golpe de Estado contra su aliado-adversario Kerensky pero dicho intento fracasó por la resistencia obrera y por la desmoralización de sus tropas. Lenin, Trotsky y el partido bolchevique defendieron entonces la legalidad y, por consiguiente, a Kerenski pero sosteniendo a éste «como la cuerda sostiene al ahorcado» y al organizar

la resistencia antigolpista recuperaron su propia legalidad y ganaron fuerzas y simpatías.

A mediados de septiembre, Kerensky convocó en Moscú a la Conferencia Democrática, una especie de Parlamento de la revolución. Pero tuvo que trasladarla a Petrogrado porque una huelga de trabajadores de restaurantes y hoteles echó al gobierno de la ciudad negándose a servirles y alimentarlos así como a los miembros burgueses.

Una vez en Petrogrado, los bolcheviques desconocieron la Conferencia y con Trotsky a la cabeza se retiraron, hundiéndola definitivamente. El país los apoyaba. Ya desde el 15 de mayo los marineros de Kronstadt desconocían al gobierno y desde julio habían protegido a los bolcheviques perseguidos. Para septiembre, los soldados del frente dieron plazo hasta el 1º de noviembre para derribar al gobierno y amenazaron con abandonar sus posiciones en masa y e ir con sus armas para barrerlo si nadie lo hacía antes.

Los bolcheviques ya eran también ampliamente mayoritarios en los comités de fábrica, los soviets barriales y regionales, los regimientos del destacamento (salvo dos), los sindicatos (salvo el ferroviario), incluso en la Duma moscovita. En junio, los socialistas reformistas habían obtenido en ésta el 70 por ciento de los votos que en septiembre se redujeron a 18 por ciento mientras sobre 17 mil soldados consultados 14 mil votaron por los bolcheviques.

Por su parte, los campesinos se levantaban en varias provincias, cosechando las tierras de los terratenientes y quemando sus mansiones. Ya era imposible distinguir entre las masas y el partido bolchevique que las interpretaba y dirigía. Las 72 organizaciones con 80 mil miembros del partido

bolchevique llegaron en julio a 120 con 200 mil miembros y siguieron creciendo en los meses siguientes.

El 10 de octubre el Comité Central Bolchevique votó diez contra dos la preparación de la insurrección y la encargó al buró político de siete miembros dirigido por Lenin y Trotsky. Todo comenzó a depender de la dirección del partido en la que dos miembros del buró político —Zinoviev y Kamenev— así como varios miembros del Comité Central se oponían a la insurrección creyendo que era una aventura que sería aplastada.

Un partido revolucionario con una dirección revolucionaria

El partido dirigido por Lenin tenía una intensa vida política y en su seno coexistían diversas tendencias que discutían públicamente sus respectivas posiciones. En octubre de 1917 era un partido de jóvenes —Lenin tenía 47 años; Trotsky, 38; Preobrajensky, 41; Zinoviev, 34, al igual que Kamenev— pero esos jóvenes tenían décadas de luchas y, además, la experiencia revolucionaria de 1905.

Como todos los marxistas de su época, Lenin consideraba que el partido, por importante que fuera para la lucha por la revolución, no era más que un instrumento transitorio en el combate por el socialismo, que suprimiría el Estado, las clases y sus representaciones y, por supuesto, que el nuevo Estado que había que construir para empezar a superar al capitalismo era igualmente transitorio.

Creador del partido, Lenin estaba lejos de ser fetichista respecto a su organización, que consideraba al servicio de los trabajadores y que varias veces, cuando creyó que no es-

taba a la altura de sus tareas, amenazó por reemplazar por otra creando un nuevo instrumento revolucionario. Política y moralmente, estaba en las antípodas del partido único monolítico, nacionalista y con su culto del Líder, fusionado con un Estado represivo. Como Trotsky y todos los revolucionarios educados en el exilio en Europa, Lenin era un ferviente internacionalista y jamás pensó que la revolución rusa pudiese subsistir si no se producía una revolución en los países más industrializados, sobre todo en Alemania, que ayudase a superar el terrible atraso cultural y técnico de Rusia.

Lenin, que descendía de rusos, alemanes, calmuco y judíos, era profundamente ruso por su cultura y por su conocimiento del país, que había consolidado al escribir en 1899 su primera obra, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. No se consideraba ruso sino que se veía como un revolucionario internacionalista que luchaba en una parte del frente anticapitalista mundial y odiaba el chauvinismo de los gran-rusos, opresor de otros pueblos a quienes quiere imponer su Iglesia ortodoxa y su dominación.

Por eso mismo era partidario de la toma del poder porque, en las condiciones imperantes a fines de 1917 (un año después capituló Alemania donde se formaron soviets y cayó el Emperador), Rusia podría desencadenar la revolución en las potencias centrales.

Para la insurrección, los bolcheviques contaban con las milicias obreras y con una organización militar que movilizaba cien mil soldados y contaba incluso con oficiales. En septiembre, un mes antes de la toma del poder, en 79 fábricas se enseñaba a utilizar las armas y las Guardias Rojas estaban formadas por 20 mil obreros organizados en batallones de 400 a 600 milicianos, divididos en tres compañías

cada uno, más una sección de enlace, una de camilleros y otra de ametralladoras, todas las cuales estaban dirigidas por suboficiales obreros.

Los obreros, los soldados, los campesinos exigían, tal como el partido bolchevique, la supresión del gobierno burgués y la entrega del poder al soviét que debía reunirse el 15 de octubre pero que los socialistas reformistas postergaron hasta el 25 (7 de noviembre en el calendario gregoriano). Trotsky propuso que la fecha de la insurrección coincidiese con la apertura del Congreso Panruso de los soviets para que el poder fuese de los mismos y Lenin, en cambio, quería una insurrección inmediata para presentar al Congreso un hecho consumado. Zinoviev y Kamenev, por su parte, denunciaron en la prensa la revolución que se preparaba lo que motivó que los socialistas revolucionarios de izquierda, que pedían que el poder fuese a los soviets, declarasen igualmente que se oponían a una insurrección prematura. Lenin pidió la expulsión de ambos del partido y el comité militar, impulsado por Trotsky, comenzó el 22 y 23 de octubre a organizar el asalto al Palacio de Invierno donde sesionaba aún el gobierno protegido por alumnos de la Escuela Militar y batallones de élite.

Kerensky, siempre fuera de la realidad, ordenó la clausura de los periódicos revolucionarios y la detención y proceso de quienes llamaban a la insurrección, pero el Comité Revolucionario defendió las redacciones y declaró nulas las decisiones que no llevasen su firma y las decisiones del gobierno quedaron en la nada.

El día 24 la capital, Petrogrado, fue ocupada por las tropas y los marineros movilizados por los bolcheviques; los ministros quedaron aislados en el Palacio de Invierno y sin víveres para resistir un asedio mientras Kerensky escapaba

en un coche de la embajada estadounidense, protegido por la bandera de ese país, diciendo que traería tropas del frente.

Así se llegó a la apertura del Congreso Panruso de los Soviets que reunió 670 delegados. En él los bolcheviques triplicaron sus representantes con respecto al Congreso anterior obteniendo 300 diputados, 193 los social revolucionarios (más de la mitad de izquierda, aliados de los bolcheviques); 68, los mencheviques; 14, los mencheviques internacionalistas, mientras el resto pertenecía a partidos menores o no tenía filiación política. Los delegados traían mandato y el de 505 de ellos era transferir todo el poder a los soviets mientras sólo 55 tenían instrucciones de mantener la alianza entre los socialistas reformistas y los cadetes.

El resultado de esta nueva relación de fuerza fue que la presidencia quedase formada por 14 bolcheviques, siete social revolucionarios de izquierda, tres mencheviques (que rechazaron sus puestos) y un menchevique internacionalista (que se reservó la decisión de asumirlo). Trotsky, Alejandra Kollontai, Lunacharsky, Noguin y Zinoviev y los principales líderes social revolucionarios pasaron a dirigir el Congreso mientras afuera el crucero *Aurora* tiraba con proyectiles de fogueo y el gobierno se disolvía sin lucha.

En el Congreso de los soviets, Martov, en nombre de los mencheviques internacionalistas, solicitó la formación de un gobierno de los partidos de oposición al gobierno de Kerenski y fue apoyado por los socialrevolucionarios de izquierda. Lunacharsky les respondió que los bolcheviques no tenían inconveniente a ese respecto. Los mencheviques y los socialrevolucionarios de derecha pronunciaron en cambio fogosos discursos indignados contra la insurrección y, en medio de

insultos y abucheos, se retiraron del Congreso, dejándoselo a los bolcheviques y sus aliados.

Trotsky declaró entonces de manera escueta que

[...] el alejamiento de quien quería un compromiso no debilita a los soviets. Por el contrario, depura la revolución obrera y campesina de las influencias contrarrevolucionarias y la refuerza. Después de haber escuchado las declaraciones de los socialrevolucionarios y de los mencheviques, el IIº Congreso panruso prosigue su trabajo siguiendo las instrucciones recibidas previamente de la voluntad del pueblo trabajador y de su insurrección del 24 y 25 de octubre.

Por boca de su dirigente Kamkov los socialrevolucionarios de izquierda afirmaron de inmediato, bajo aclamaciones, que ellos seguirían sesionando, pero agregaron que los bolcheviques solos no podrían ganar a los campesinos. Lunacharsky respondió a Kamkov que los bolcheviques habían apoyado la moción de Martov sobre la formación de un gobierno soviético de coalición, pero que los mencheviques se habían retirado y tenían la puerta abierta para volver si así lo decidiesen.

El crucero *Aurora*, anclado frente al Palacio de Invierno, cañoneó tirando sólo salvas y los bolcheviques fueron entrando en el palacio sin necesidad de luchar. El propio Antonov Ovseenko, que guió el asalto junto con Chudnovsky, dijo años después que, contrario a lo que escribió la historia oficial rusa, no hubo un asalto al Palacio de Invierno, ni combates ni víctimas, pues ellos entraron sin resistencia y los pocos cadetes presentes se dejaron desarmar, después de lo cual entró en el salón donde estaban los ministros, les dijo

«Están arrestados» y los condujo a la cárcel en la fortaleza Pedro y Paulo para evitar su linchamiento por una multitud enfurecida que quería tirarlos al río.

Le tocó a Kamenev, quien se había opuesto con todas sus fuerzas a la insurrección, informar al Congreso sobre el éxito de la misma bajo los aplausos estrepitosos de los diputados de los soviets. Lunacharsky leyó poco después para su votación un Manifiesto a los obreros, a los soldados, a los campesinos cuyo texto es el siguiente:

El IIº Congreso de los soviets de diputados de los obreros y los soldados de toda Rusia ha comenzado a funcionar. En el Congreso está representada la enorme mayoría de los soviets. Al mismo asisten también numerosos delegados de los soviets campesinos. El poder del Comité Ejecutivo Central, que llevaba a cabo una política de conciliación, ha vencido. Fuerte por voluntad de la inmensa mayoría de los obreros, soldados y campesinos, fuerte por la victoria en Petrogrado de los obreros y del regimiento, el Congreso toma el poder en sus manos.

El Gobierno provisional ha caído. La mayoría de los miembros del Gobierno provisional está ya arrestada.

El poder soviético propondrá una paz democrática inmediata a todos los pueblos y un armisticio inmediato en todos los frentes. El mismo asegurará la entrega gratuita de las tierras de los grandes propietarios, de las fiscales y de los monasterios a los comités campesinos. Defenderá el derecho del soldado con la completa democratización del ejército, instaurará el control obrero de la producción, garantizará la convocación de la Asamblea Constituyente en el plazo fijado, proveerá a asegurar pan a las ciudades y los bienes de primera necesidad al campo, garantizará a todos los pueblos que habitan Rusia el derecho efectivo a la autodeterminación.

El Congreso establece: todo el poder, en todas las localidades, pasa al soviét de diputados de los obreros, los soldados y los campesinos los cuales deben asegurar un orden revolucionario efectivo.

El Congreso apela a la vigilancia y la firmeza de los soldados que están en las trincheras. El Congreso de los soviets confía en que el ejército revolucionario sabrá defender la revolución de cualquier atentado del imperialismo hasta que el nuevo gobierno consiga concluir la paz democrática que propone inmediatamente a todos los pueblos. El nuevo gobierno tomará todas las medidas para asegurar todo lo que sea necesario para el ejército revolucionario aplicando una resuelta política de requisiciones e impuestos a las clases habientes. Mejorará también las condiciones de las familias de los soldados.

Los kornilovistas —Kerensky, Kaledin y otros— tratan de conducir las tropas contra Petrogrado. Algunos destacamentos, movilizados mediante engaños por Kerensky, se pasaron a las filas del pueblo insurgente. ¡Soldados, opongan una activa resistencia al *kornilovista* Kerensky!

¡Estén en guardia!

¡Ferroviarios, paren todos los convoys con tropas
que Kerensky dirige contra Petrogrado!

¡Soldados, obreros, empleados!

¡La suerte de la revolución y
de la paz democrática está en sus manos!

¡Viva la revolución!

IIº Congreso de los Soviets de diputados obreros y
de los soldados de toda Rusia.

Los delegados de los soviets de campesinos.

La Revolución de Octubre se realizó sin disparar un solo tiro ni romper un solo vidrio. Pero después de ella, el país amenazado por el avance de las tropas alemanas y ya en guerra civil quedó exhausto. En 1918 la producción estaba al nivel de 1912-1913, los transportes destruidos y desorganizados, no abastecían al frente ni a las ciudades donde había hambre. La decisión del IIº Congreso de los soviets que sancionó el triunfo de la insurrección de entregar la tierra a los campesinos e iniciar de inmediato una tratativa de paz sin anexiones consolidó de inmediato a los bolcheviques pero produjo una desbandada en el frente pues los soldados-campesinos desertaron en masa para participar en el reparto de tierras.

Los restos del zarismo y los capitalistas iniciaron la guerra civil lanzando contra el poder de los soviets regimientos de cosacos y ex oficiales, las tropas de 14 potencias (Inglaterra, Francia, Estados Unidos, hasta Japón entre ellas) les dieron su apoyo. Trotsky entonces creó de la nada y dirigió un Ejército rojo obrero-campesino de más de tres millones de hombres y mujeres y, como la francesa, la Revolución venció con el pueblo en armas. Los obreros más conscientes y los miembros de las nacionalidades oprimidas por el zarismo y liberadas por los bolcheviques constituyeron las tropas de choque en esa guerra particularmente sangrienta y destructiva.

Los bolcheviques pagaron sin embargo un precio caro por la victoria porque, entre la guerra con los imperios centrales (Alemania, Austria-Hungría, más Bulgaria y Turquía) y la guerra civil, el país perdió más de cuatro millones de combatientes y millones de civiles sin contar la enorme cantidad de heridos, mutilados y enfermos graves. Además, las guerras habituaron a las atrocidades y formaron a toda una generación en la violencia y la brutalidad de las relaciones

así como en el mando y la obediencia cuando la lucha por el socialismo requiere, por el contrario, civilidad, amor al prójimo, solidaridad, espíritu crítico, independencia.

Lenin murió poco después, el 21 de enero de 1924 a los 53 años de edad. Ya en ese año los soviets estaban muy debilitados y el aparato de Estado hipertrofiado por la guerra civil tendía a sustituirlos. El partido había cambiado radicalmente con la muerte de su secretario general, el intachable Sverdlov y con su reemplazo por Stalin, brutal y nacionalista gran-ruso, y también con la incorporación en masa de militantes carentes de la experiencia democrática de la discusión interna y que no habían hecho el aprendizaje político de la militancia en el extranjero.

La clase obrera y el partido también se habían modificado profundamente, de los 43 mil bolcheviques de Petrogrado en octubre de 1917 quedaban solamente siete mil en agosto de 1918 mientras de los 406 mil obreros de la ciudad sólo quedaban 120 533 y 33 mil obreros combatían como voluntarios en los diversos frentes. Además, miles de los mejores militantes obreros sobrevivientes se habían improvisado como directores de empresas, eran en 1918 altos funcionarios del Estado o integraban la nueva oficialidad del Ejército Rojo.

Peor aún, los obreros, que habían esperado que la revolución en Austria y en Alemania completase la Revolución Rusa e hiciera posible el socialismo, se decepcionaron porque, pese a la existencia en esos países de Consejos y milicias obreras, la socialdemocracia había salvado en ellos al capitalismo. Además, dado el grave atraso ruso, los nuevos administradores y jefes de empresas tomaban como modelo lo que se hacía en los países imperialistas avanzados o lo que

hacía antes el Estado zarista, buena parte de cuyos burócratas siguieron en sus puestos porque no había cómo sustituirlos.

Ese cansancio de las masas, ese atraso cultural y técnico al igual que las relaciones de mando jerárquicas que se contagiaron al partido fuertemente modificado y fusionado con el Estado que el partido revolucionario habría debido conducir a su agonía, produjeron lo que Lenin calificó de «Estado obrero y campesino con deformaciones burocráticas».

Terminada la fase de la revolución y de la toma del poder, que fue incruenta, siguió la guerra civil con la resistencia armada de mencheviques, socialrevolucionarios de derecha y monárquicos apoyados por las tropas invasoras de 14 naciones que terminó en 1919. Con la muerte de Lenin comenzó posteriormente la burocratización de la Unión Soviética, bajo la dirección de Stalin, que tras liquidar al partido de Lenin, condujo a la URSS al derrumbe y a la reconstitución de un capitalismo mafioso y antidemocrático en manos de una pequeña oligarquía formada por ex jerarcas estalinistas. Pero ambas fases desbordan el tema de estas páginas que dedicamos a estudiar las revoluciones y no a las contrarrevoluciones.

¿La Revolución de Octubre fue un golpe de Estado?

No, porque los bolcheviques ya antes de la insurrección eran mayoritarios en los comités de fábrica, en casi todos los sindicatos, en los barrios y Dumas de las principales ciudades y conquistaron una consistente mayoría en el IIº Congreso Panruso de soviets obreros, soldados y campesinos que asumió el poder. Desde la primavera de 1917, en marzo, los

trabajadores y la población pobre crearon un poder popular paralelo al poder del Estado apenas salido del zarismo y gobernado por los capitalistas. Así nacieron los soviets, el verdadero «parlamento» obrero y de los soldados campesinos. Pero nacieron también los comités de fábrica, que agrupaban a todos los trabajadores de una misma empresa y superaban a los sindicatos y, de su federación, salió el soviet de comités de fábrica; también surgieron los soviets de barrio, que se federaron en un soviet municipal que rivalizó con el soviet de Petrogrado, que con los socialistas reformistas conciliaba con la burguesía.

Ese poder dual estatal, originalmente no bolchevique, fue conquistado democráticamente por éstos debido a la evolución de los trabajadores, de las masas pobres y los soldados. En paralelo a la toma de conciencia de ellos el partido bolchevique creció, se construyó y mantuvo en todo momento la más amplia discusión interna, contrario a lo que dicen algunos historiadores como Marc Ferro, que quieren ver en Lenin la semilla de Stalin y en el partido bolchevique —que Stalin masacró como condición previa a la afirmación de su poder— el partido monolítico y burocratizado que asesinó a los opositores o los hizo morir en los goulags.

Rusia primero imitó en febrero a la Revolución Francesa pero los bolcheviques, que habían aprendido de ésta y de la Comuna de París de 1871, hicieron en octubre de 1917 una revolución obrera y la defendieron esperando extenderla a otros países más avanzados para construir el socialismo.

¿Fue la Revolución Rusa una revolución obrera? Sí, desde la de febrero mismo, que había sido preparada por grandes huelgas desde 1914-1916 y que fue sobre todo

obrero por el papel de los obreros en las manifestaciones, fundamental para convencer a los soldados campesinos. El partido bolchevique, por su parte, era la organización militante del sector más decidido, joven y audaz de los obreros altamente calificados que la industria de guerra había concentrado en la ciudad.

Es propio de ignorantes decir que la Revolución Rusa fue «prematura», que es «inactual» o que «fue la vía rusa al capitalismo moderno». No fue prematura porque, como hemos dicho, si los bolcheviques no hubiesen tomado el poder lo habría hecho una terrible dictadura militar al servicio de los imperialismos anglo-franceses. No es inactual porque un momento excepcional, como una guerra mundial o un desastre ecológico, podrían provocar incluso hoy en otros países una rebelión armada de los oprimidos y no fue por fuerza la vía rusa al capitalismo porque la desburocratización de la Unión Soviética nacida de octubre 1917 hubiera hecho posible evitar el triunfo del capitalismo que el estalinismo, en cambio, preparó económica, política, ideológica y moralmente.

Como la Comuna de París, la muerte del Estado instaurado por la Revolución Rusa de octubre de 1917 se debió a su aislamiento pues la revolución en Europa fracasó pero también a la degeneración e incapacidad de la dirección de lo que quedaba del partido comunista una vez muerto Lenin y marginado Trotsky. Pero, si la Comuna duró dos meses y medio, la Unión Soviética, aunque degenerada, subsistió y creció durante más de 70 años.

Lenin fue el personaje más importante del siglo pasado y Trotsky le sigue en importancia y, en comparación con ellos, los demás estadistas notables (Churchill, Roosevelt, De

Gaulle, Mao, Nehru, Perón) no fueron nada. Por su parte, la revolución rusa cambió el mundo.

Por temor de las burguesías, sobre todo europeas pero no sólo del viejo continente, a la revolución socialista y al comunismo, Estados Unidos tuvo que entrar en el New Deal, los países colonialistas tuvieron que abandonar sus colonias y a partir de 1946 se obtuvieron muchísimas reformas sociales y conquistas obreras que el capital pretende hoy anular. Muchas descolonizaciones fueron posibles (como en Cuba) porque la Unión Soviética vendía armas y daba un apoyo político que, aunque interesado, era eficaz y disuasivo.

El recuerdo de las atrocidades del estalinismo oculta hoy la Revolución de Octubre y desprestigió la palabra «socialismo» (que hace pensar a sus contemporáneos en las miserias de la socialdemocracia, en la burocracia estalinista o en el capitalismo ruso o chino). Pero la Revolución Rusa, después del asalto al cielo de los parisinos, es otra piedra miliar en el largo camino por la liquidación de la explotación y la opresión nacional y social.

Bibliografía básica

- FERRO, Marc, *Des soviets au communisme bureaucratique*, París: Gallimard, 2017.
- HERNÁNDEZ, Mario (comp.), *La Revolución Rusa cien años después*, Buenos Aires: Ed. Metrópolis, 2017.
- LEWIN, Moshe, *Russie-URSS-Russie*, París: Ed. Syllepse, 2017.
- MANDEL, David, *Les Soviets de Petrograd-Les travailleurs de Petrograd dans la Révolution Russe (février 1917- juin 1918)*, París: Ed. Syllepse, 2017.

RABINOWITCH, Akexander, *1917. I bolscevici al potere*, Milán: Ed. Feltrinelli, 2017.

SERGE, Victor, *L'An I de la révolution russe*, Marsella: Ed. Agone, 2017.

TROTSKY, León D., *Historia de la Revolución Rusa*, Madrid: Ed. Capitán Swing, 2017.

V La República Socialista Soviética Persa, una Comuna de París rural que fracasó por no entregar la tierra a los campesinos

El imperio zarista se expandía hacia Oriente a costa de otros imperios decadentes, como el otomano, el persa o el chino sometiendo pueblos alógenos y creando así en su seno un problema nacional que estalló en Persia con la Revolución Rusa de 1905 y se profundizó con la de febrero-octubre de 1917.

La provincia de Guilan en el norte del país jamás había sido conquistada por los árabes que islamizaron el país. Durante la Edad Media fue famosa por sus guerreros y mercenarios. Posteriormente fue la primera exportadora de seda hasta que en el siglo XIX la muerte de los gusanos de seda la empobreció y la obligó a vivir de la agricultura y de los cuantiosos recursos forestales.

En esa zona empobrecida y de tradición combativa limítrofe con el imperio zarista, la Revolución Rusa de 1905 provocó sublevaciones revolucionarias contra el Shah y los terratenientes a quienes vencieron tras años de lucha pero

terminaron por ser aplastadas por los ingleses que buscaban apoderarse del petróleo del sur del país y controlar un punto débil en su cadena de dominación que terminaba en la India.

La Revolución Persa que el 5 de junio de 1920 vio nacer la República Socialista Soviética en Guilan reanudó esa tradición y surgió como consecuencia directa de la victoria de los bolcheviques en Rusia; duró hasta el 2 de noviembre de 1921 porque fue una revolución campesina y antiimperialista, que sin embargo no se afirmó entregando de inmediato tierras a los campesinos y destruyendo el poder local de los terratenientes. También porque quedó aislada del resto de Persia cuando la naciente Unión Soviética —desangrada por la guerra civil y arrinconada por el bloqueo y la agresión internacional— no estaba en condiciones de ayudarla a mantenerse.

Fue una especie de Comuna de París campesina, heroica y audaz pero llena de errores y vacilaciones que permitieron a la contrarrevolución monárquica y las tropas inglesas aplastarla al cabo de seis meses.

Sus antecedentes inmediatos son los siguientes: El revolucionario Mirza Kuchuk Khan se refugió en los bosques (yangal, en persa) de la provincia norteña y boscosa de Guilan, junto al mar Caspio, y desde 1914 condujo allí su Movimiento de la Selva (yangalí). Hubo una gran participación de mujeres combatientes, una guerra de guerrillas contra las fuerzas de los terratenientes y del Shah. Poco después, en 1916, se creó en Teherán un partido socialdemócrata que fue la base del Partido Comunista que se fundó en esa ciudad en 1920 con la asistencia de Larissa Reisner, gran escritora y diplomática revolucionaria soviética que lograría después

una importante relación diplomática entre Afganistán y el poder soviético.

Por otra parte, desde el inicio de la Primera Guerra Mundial, las tropas zaristas habían ocupado el norte de Persia y los ingleses el sur. Cuando el ejército zarista se descompuso con la Revolución Rusa de octubre de 1917 y el poder soviético tuvo que enfrentarse en la guerra civil con los ejércitos monárquicos apoyados por la intervención de las potencias extranjeras, el norte de Persia se convirtió en una base británica que apoyaba y armaba desde el puerto de Anzeli a las fuerzas contrarrevolucionarias del general Denikin.

El musulmán nacionalista Kuchuk, entonces en Guilan, asistió en Bakú al Congreso de 1920 de los pueblos de Oriente organizado por el poder soviético y la Tercera Internacional cuando en Berlín las tropas del gobierno socialdemócrata asesinaban a Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Franz Mehring y los obreros italianos y checos armados ocupaban las fábricas en los últimos sobresaltos de la revolución en Europa occidental.

Lenin —todavía activo— y los bolcheviques que estaban ganando la guerra civil con el apoyo de las naciones asiáticas oprimidas por el zarismo, orientaron entonces sus esfuerzos a la revolución en Oriente enfrentando el panturquismo en las tribus y etnias musulmanas mediante una respuesta a las necesidades más urgentes de esas masas, que estaban muy poco diferenciadas desde el punto de vista de clase pero se oponían decididamente a la rusificación zarista, que amenazaba con acabar con su lengua y su cultura, a la imposición por el zarismo de la Iglesia ortodoxa y al apoyo que daban los contrarrevolucionarios a los terratenientes y usureros que esclavizaban a los pueblos islamizados.

Por eso los bolcheviques realizaron el Congreso de los Pueblos de Oriente en Bakú, puerto petrolero, ciudad bolchevique de Azerbaiján, en un cáucaso donde los mencheviques eran fuertes, ciudad obrera de un Oriente rural y bisagra entre Europa y Asia, entre una revolución occidental declinante y otras nacientes en el vasto mundo colonial o semicolonial.

Zinoviev, Radek y Bela Kun, el húngaro dirigente de la fracasada revolución en Budapest, junto a John Reed y Alfred Rosmer, el sindicalista revolucionario francés, viajaron en plena guerra y con grave peligro mortal a través de los frentes cambiantes y del Caspio patrullado por las flotas de los invasores para dirigir en Bakú un congreso que reunió 2 850 delegados, entre los cuales había 235 delegados turcos, 100 armenios, 129 persas, 14 indios, ocho chinos, ocho kurdos, marroquíes, palestinos y 44 mujeres de diferentes nacionalidades que acababan de salir de la cárcel.

Este Congreso en plena guerra se realizó en condiciones azarosas y un barco que transportaba delegados persas fue ametrallado por un avión inglés que asesinó a dos delegados. Los dirigentes turcos Mustafa Subhi e Ismail Hakki fueron fusilados y arrojados al mar de Mármara al intentar retornar a Turquía e igualmente fueron asesinados los delegados griegos Orion Alexakis y Demosthenes Ligidopoulos.

Los reunidos en Bakú no eran todos comunistas ni comunistas nacionalistas musulmanes como el tártaro de Crimea Sultán Galiev. Muchos eran notables, educadores, médicos, demócratas antiimperialistas que en sus respectivos se apoyaban en la Rusia soviética y la sostenían porque eran partidarios de abolir las monarquías y deseaban una reforma agraria radical aunque, al mismo tiempo, querían preservar con celo su cultura que estaba profundamente ligada con el Islam pues

esos pueblos aprendían a leer en árabe con el Corán y lo hacían con maestros religiosos.

A diferencia de Rusia, donde la burguesía nacional era débil y los obreros se enfrentaban por igual contra ella y el capital extranjero dominante, en los países de Oriente predominaba de manera aplastante el capital imperialista y la casi inexistente burguesía nacional era sobre todo comercial. Los mullahs tenían gran influencia porque las mezquitas eran el lugar de reunión, de intercambio cultural, de discusión, de concertación de negocios y de matrimonios. Las mujeres rusas estaban oprimidas pero las de Oriente lo estaban al doble por las imposiciones religiosas y los tabúes discriminatorios.

No todos los bolcheviques rusos, educados en la lucha de clases en Occidente, tenían por lo tanto la flexibilidad y la paciencia suficientes para apoyarse en lo esencial y dar tiempo a un aumento paulatino de la coherencia ideológica. No podían esperar las experiencias que les dejaría de manera inevitable su lucha tenaz por darles a las etnias musulmanas (con lenguas no escritas) una escritura con otro alfabeto y libros laicos; por la eliminación del analfabetismo masivo, la lucha para expulsar a los imperialistas y para distribuir la tierra de los terratenientes.

Algunos de ellos, en la misma Unión Soviética y en el Partido Comunista, eran en el fondo nacionalistas gran-rusos, como demostraron serlo muy poco después Stalin y Orzhonikidze. Contra ellos Lenin disputó su último combate debido a la brutalidad, grosería y violencia de ambos contra los bolcheviques georgianos. No fueron capaces, por consiguiente, de comprender el nacionalismo de las comunidades oprimidas por los imperialistas rusos u occidentales y de entender sociedades basadas en los clanes y las tribus mul-

tiénicas lo cual redujo la influencia de la Unión Soviética sobre revoluciones que, como la persa, daban sus primeros y decisivos combates y formaban a sus dirigentes comunistas.

Como hemos dicho, desde el puerto de Anzali, en la provincia persa de Guilán, 2 500 soldados ingleses respaldaban al general ruso contrarrevolucionario Denikin y la flota inglesa patrullaba el mar Caspio. Eso hizo que Trotsky en 1920 enviase a esas aguas a 15 mil soldados comandados por Raskolnikov y por Ordzhonikidze junto con una flotilla soviética para acabar con las tropas de Denikin. Pero esa ayuda significativa no podía durar mucho y las cosas se precipitaron.

En efecto, Mirza Kuchuk Khan, una vez fundada la República Socialista en Guilán, por temor a romper la unidad con los otros sectores sociales de esa provincia, retrasó la liquidación de los latifundios y la entrega de la tierra a los campesinos. No tocó a los mullahs contrarrevolucionarios lo que lo llevó a chocar con el ala más radical del movimiento y con los soviéticos.

Tuvo que renunciar el 9 de junio y su lugarteniente Ejun Ehsalollah Khan expropió las tierras pero cometió el error de enviar cinco mil hombres mal equipados fuera de la provincia, donde tenía apoyo de masas, y fue derrotado por los ejércitos del Shah apoyados por los ingleses. Al mismo tiempo, quiso acortar los plazos y sin suficiente organización campesina que lo respaldase, ocupó las tierras de los terratenientes y las distribuyó, lo que provocó la resistencia armada de los afectados y de sus pequeñas tropas locales y la destrucción de las cosechas con la consiguiente hambruna.

Un comunista —el ingeniero Heidar Ami Oghi— políglota que había compartido el exilio en Suiza con Lenin y también había sido delegado al Congreso de Bakú, formó entonces un gabinete unitario con Mirza Kuchuk Khan y Ehsanallah Khan y organizó la entrega de las tierras, dio derechos políticos a las mujeres, comenzó una campaña de educación, pero la Unión Soviética fue obligada por los Tratados de paz a retirar sus tropas de Persia y Heidar Khan fue asesinado por los yangalíes. La revolución fue entonces aplastada por las tropas del Shah junto con los ingleses, los revolucionarios huyeron a la Unión Soviética o perecieron y Kuchuk murió congelado en la montaña tratando de huir y su cabeza fue exhibida en Teherán.

Esta experiencia duró más que la Comuna de París pero fracasó a causa de las divisiones entre los nacionalistas antiimperialistas musulmanes y los comunistas. Asimismo por el aislamiento de las otras provincias persas que permitió al Shah y a los imperialistas ingleses concentrar sus tropas contra Guilan. Fracasó igualmente debido a la desproporción en medios y armas entre la revolución y la contrarrevolución y, sobre todo, porque el partido revolucionario que la dirigía había sido apenas formado carecía de experiencia, de cuadros y estaba lejos de estar unido. Pero la revolución vencida, de todos modos sembró la inestabilidad en el imperio persa. El general Mirpany Reza Khan, padre de Reza Pahlevi, el Shah depuesto por el ayatollah Jomeini, la derrotó e instauró a partir de ese hecho una efímera dinastía agente del imperialismo pero debió enfrentar siempre un creciente movimiento comunista que en 1924 logró imponer a uno de sus miembros como ministro de Cultura. Su hijo, el último Shah, fue

muy debilitado por las huelgas obreras y las luchas revolucionarias de los marxistas y eso facilitó el fin de la dinastía a manos de los ayatollahs.

Bibliografía básica

ARMANIAN, Najanin, <blog.publico.es/puntoyseguido/4936/la-re-publica-socialista-sovietica-de-iran/>

HALLIDAY, Fred, *Iran: dictatorship and development*, Pelican: Pinguin Books, 1979.

LENCZOWSKI, George, *Rusia and the West in Iran*, Nueva York: Cornell University Press, 1949.

VI Bolivia: una revolución democrática y campesina, un doble poder que no podía durar

La Revolución Boliviana de 1952 fue la primera revolución social latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Fue el resultado de la derrota boliviana en la Guerra del Chaco a principios de los años 30 y del impulso que la derrota del nazifascismo y la gran debilidad de los imperialistas tradicionales británicos y franceses dieron a los movimientos de liberación nacional en todo el mundo.

Fue una revolución nacional-democrática, de base obrera y campesina, de descolonización (la colonia interna de la oligarquía eran los indígenas). Fue también policlasista, pero sobre todo de los explotados. Tuvo una dinámica anticapitalista y, en el movimiento obrero —su columna vertebral— un programa socialista-nacionalista antiimperialista. Este programa llamado de Pulacayo firmado en 1946 entre la Federación de Estudiantes y la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), que entonces

agrupaba a la mayoría de los obreros existentes en ese país tan rico en recursos minerales.

La Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay se combatió desde el 9 de septiembre de 1932 hasta el 12 de junio de 1935 en el inhóspito Chaco (desierto, en lengua guaraní) paraguayo. Una enorme extensión desértica (grande como casi Francia) llena de matorrales espinosos y sin agua pero con gran cantidad de serpientes e insectos venenosos. Allí se enfrentaron 250 mil bolivianos y 120 mil paraguayos, con pérdidas enormes del 25 por ciento de efectivos bolivianos y otro tanto del lado paraguayo, así como gran cantidad de heridos, mutilados o enfermos graves.

En Bolivia la oligarquía gobernante sometida a la estadounidense Standard Oil, que quería el petróleo del Chaco ambicionado también por la compañía petrolera anglo-holandesa Shell que operaba en Paraguay, mandó a la guerra un ejército compuesto por indígenas del altiplano, habituados a vivir entre 2 500 y 3 000 metros de altura, que no hablaban castellano (idioma en que les impartían las órdenes sus oficiales mestizos), ni se comprendían entre ellos (porque unos eran quechuas y otros aymaraes) y ni siquiera sabían contra quién ni por qué peleaban.¹ Los oficiales mestizos tenían además un bajísimo nivel cultural, carecían de preparación militar porque durante los gobiernos oligárquicos el Colegio Militar era el refugio de los inútiles, de los licenciados fracasados. Temían mucho más que al enemigo guaraní a sus propias tropas indígenas a quienes ellos despreciaban granjeándose así un odio feroz de sus soldados. Por

¹ Un soldado aymará de Potosí preguntó, por ejemplo, a su sargento también indígena: «¿Quién es el enemigo, sargento? ¿Los cochabambinos?».

esa razón esos oficiales marchaban detrás de sus soldados, para dispararles si retrocedían y huían apenas vislumbraban la derrota, temiendo la venganza de la tropa.

Además, era extremadamente difícil el abastecimiento de alimentos y agua para un ejército en un desierto lejísimo del centro de Bolivia. Eso compensaba el mejor armamento de las tropas bolivianas cuyo alto mando, por otra parte, consideraba a los indígenas simple carne de cañón y no conocía otra táctica que el ataque frontal en masa para aprovechar la ventaja numérica. La Standard Oil, por otra parte, se hacía pagar muy cara la gasolina que traía de Perú y que era indispensable para los camiones-pipa bolivianos y vendía a escondidas el petróleo a los paraguayos.

El lado paraguayo, en cambio, contaba con oficiales preparados en Francia, Argentina y Chile. Luchaba en una zona despoblada pero que conocía, tenía líneas de reabastecimiento más cortas, recibía armas y alimentos más rápido desde Argentina y contaba en ese país con el apoyo y la simpatía populares, así como con una reserva de voluntarios. Además, tanto oficiales como suboficiales y soldados hablaban también la misma lengua, el guaraní, y los oficiales de baja graduación no se diferenciaban de sus tropas y atacaban al frente de ellas. Al tener menos hombres y menos y peor armamento, intentaban evitar pérdidas, por eso practicaban una guerra de movimiento.

Gracias a la mediación de los países vecinos (Argentina, Brasil, Chile y Perú), en 1935 se pudo parar esta matanza entre hermanos de los dos países más pobres del continente y un año después, el coronel José David Toro, héroe del Chaco dio un golpe de Estado y gobernó Bolivia hasta que fue sucedido en el gobierno por su amigo y compañero de

armas Germán Bush, nacionalista y partidario como él de un gobierno «militar-socialista».

Estos gobiernos de jóvenes «militares-socialistas» mestizos rompieron los acuerdos con la Standard Oil, estatizaron el petróleo creando Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, instauraron la jornada de ocho horas, crearon el Ministerio de Trabajo y Previsión Social, establecieron la obligación de sindicalizarse y, sobre todo, eliminaron los sistemas feudales de pongueaje y mitaje que obligaba a los indios a servir de manera gratuita varios días por semana, incluso con sus ropas, sus herramientas y sus animales, en calidad de pongos en el campo o en la casa del señor o, en el caso de las mitas, a trabajar a veces hasta 16 horas para el patrón. Germán Busch se autodefinió diciendo «no soy enemigo de los ricos, pero soy amigo de los más pobres».

Pero la presión de la oligarquía condujo a Busch al suicidio permitiendo un corto gobierno de la Rosca oligárquica dirigida por tres familias de grandes propietarios de minas, Patiño, Hoshchild y Aramayo. Poco después, otro golpe militar nacionalista condujo al gobierno del coronel Gualberto Villarroel durante 1943 y 1944 y a la elección del mismo como presidente constitucional en 1945 hasta que en 1946 fue derrocado, asesinado y colgado frente al Palacio de gobierno en La Paz por una turba enardecida en la que participaban militantes del Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR, nombre entonces del partido comunista).

Hay que destacar, haciendo un paréntesis, que durante la Segunda Guerra Mundial los militares nacionalistas bolivianos sufrieron el ataque combinado de Estados Unidos, de la oligarquía —que era aliadófila porque comerciaba con los Aliados— y del comunismo estalinista, que estaba alia-

do con ella y calificaba de nazifascista a Villarroel. Éste era nacionalista pero no nazifascista aunque, como Perón en Argentina, tenía concepciones corporativas y deseaba el triunfo del Eje, pues los militares nacionalistas creían que la victoria de Hitler y Mussolini habría aliviado la carga del imperialismo británico y estadounidense sobre sus respectivas semicolonias o podría incluso llevar a una destrucción tal de los dos sectores, Aliados y Eje, que permitiese el desarrollo de los países dependientes.

Durante el gobierno de la oligarquía que precedió al de Villarroel los mineros estaban sometidos a una terrible explotación, que les obligaba a organizarse de manera clandestina. Así surgió en las minas una sociedad secreta («Flechas Rojas») al mismo tiempo que los estudiantes universitarios se radicalizaban. En 1942, una gran huelga minera en Catavi fue reprimida mediante una matanza. Un año después, ya en el gobierno el nacionalista Villarroel, los trabajadores lograron en cambio mayores espacios legales y el gobierno militar, jaqueado desde el primer momento por las clases medias y por la oligarquía, para lograr apoyo social convocó al primer Congreso Nacional Indígena. El objetivo fue dar impulso a la movilización del sector campesino el cual sólo se expresaba hasta entonces mediante sangrientas sublevaciones locales aisladas.

Aprovechando esa relativa legalidad, los mineros se unificaron en 1944 creando la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) y, para enfrentar una dura represión patronal, firmaron en Oruro el Pacto Obrero-Estudiantil con la Federación Estudiantil Universitaria dirigidos por el Partido Obrero Revolucionario (trotskista, que había sido creado en 1935).

En 1946, en Potosí, en la boca de una mina situada a 4 620 metros de altura, reafirmaron ese pacto rubricando el Programa de Pulacayo,² que unía reivindicaciones obreras con las demandas sociales nacionales y una posición internacionalista y estaba inspirado en el programa de transición elaborado por León Trotsky.

La política de los gobiernos militares de Toro, Busch y Villarroel, y el odio de la oligarquía a los nacionalistas, les permitieron lograr de manera gradual la simpatía de sectores obreros y campesinos. Esa simpatía creció cuando la Rosca se afirmó nuevamente con un gobierno como el de Mamerto Urrilagoitia Harriague que arrojaba desde los aviones en vuelo mineros huelguistas al lago Titicaca sin que eso molestase a sus aliados «democráticos» ni al PIR, supuestamente comunista.

La brutal explotación y el atraso del país eran propios de siglos anteriores y, por lo tanto, insoportables, aún más después del ejemplo que a los bolivianos daba el triunfo de los trabajadores argentinos en 1946 contra la oligarquía y del gobierno de Gabriel González Videla, radical centrista en Chile, que fue apoyado por los comunistas y los radicales y, a regañadientes, por los socialistas y el movimiento sindical.

Era absolutamente anacrónico que mientras en Argentina, del otro lado de la frontera, se imponía el Estatuto del Peón

² Firmado por Juan Lechín Oquendo por los mineros y por Guillermo Lora, por los estudiantes, dicho programa exigía un salario mínimo vital y móvil, la escala móvil de salarios, la semana de 40 horas, la constitución de una bolsa pro huelga y planteaba la ocupación de las minas en caso de conflicto, la necesidad de un contrato colectivo de trabajo, la independencia sindical de los patrones y del Estado, el control obrero de la producción y el armamento de los trabajadores.

de campo que aseguraba la sindicalización de los trabajadores agrícolas que trabajaban muchas veces en condiciones de semiservidumbre, en Bolivia subsistieran aún los pongos que, como hemos dicho anteriormente, estaban obligados a trabajar de manera gratuita para los patrones. El atraso insoportable se expresaba además de forma elocuente en el hecho de que en 1952 el 4.5 por ciento de los propietarios rurales poseían 70 por ciento de las tierras mientras el analfabetismo ascendía a un 67.9 por ciento de los habitantes y los alfabetizados, salvo una ínfima minoría, tenían un bajísimo nivel de educación.

Por lo tanto, tras la caída del gobierno de Villarroel y el asesinato del presidente, los nacionalistas intentaron continuar su tradición conspirativa y golpista y crearon con ese fin una logia secreta Razón de Patria (RADEPA) y, al mismo tiempo, para organizar el apoyo popular dieron vida en 1941 al Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), que contó entre sus cofundadores a dos importantes escritores: Carlos Montenegro y Augusto Céspedes. Estaba dirigido por Víctor Paz Estenssoro, quien estaba refugiado en Argentina cuyo gobierno peronista le brindaba gran apoyo y compartía sus ideas.

Esto les rindió frutos y en las elecciones de 1951 triunfó el MNR. La oligarquía comenzó a complotar para impedir que se hiciera cargo del gobierno al mismo tiempo que Estados Unidos combatía a los nacionalistas diciendo que eran fascistas y peronistas pero una Junta Militar presidida por el general Hugo Ballivián anuló las elecciones y reprimió al MNR sin lograr, sin embargo, ninguna estabilidad política.

Eso provocó una insubordinación masiva de policías y carabineros el 9 de abril de 1952 en La Paz, permitiendo que se

armaran obreros industriales y trabajadores de otros sectores, como los maestros y los bancarios, junto con los estudiantes. Asaltaron los cuarteles, vencieron y desarmaron al Ejército en una sangrienta lucha que dejó las calles de La Paz llenas de cadáveres.

Esta insurrección armada de los obreros fabriles, empleados y estudiantes costó al menos 500 muertos; poco después de su triunfo, se consolidó por la llegada de una columna de mineros armados sobre todo con cartuchos de dinamita. Hernán Siles Suazo, el segundo jefe del MNR, y el dirigente minero Juan Lechín Oquendo ejercieron el gobierno hasta la llegada del exiliado Víctor Paz Estenssoro.

El 17 de abril Lechín fundó la Central Obrera Boliviana (COB) junto con dirigentes sindicales del Partido Obrero Revolucionario que habían tenido una destacada participación en la lucha armada. Incluyeron a militantes sindicales del Partido de Izquierda Revolucionaria (comunista) y obreros o campesinos sin partido.

Apoyada en las milicias sindicales, esta Central Obrera era el verdadero gobierno pues el Estado estaba prácticamente destruido, el ejército había sido desbaratado y desarmado, Juan Lechín era el vicepresidente de la República y el referente de los trabajadores, que no acataban a los jueces. La COB funcionaba como un virtual poder obrero frente al poder fantasmal de los capitalistas que, asustados, intentaron asegurar un gobierno de Paz Estenssoro, que temía también que la COB, que cogobernaba, asumiese todo el poder como pedía el POR.

Los sindicatos, en realidad, eran mucho más que organizaciones corporativas y reivindicativas. Agrupaban a todos los trabajadores de la mina, la fábrica o el gremio pero tam-

bién a sectores no concentrados, como los pequeños comerciantes, las amas de casa, hasta los contrabandistas que se abastecían en Argentina mediante un contrabando-hormiga de pocos litros de aceite o de bienes de consumo doméstico. Los sindicatos mineros tenían sus radios, que emitían en castellano, quechua y aymará y hacían noticiarios políticos, actividades culturales, manifestaciones locales y daban voz a todas las tendencias existentes en su seno. Esas organizaciones político-sindicales alfabetizaban a particulares, casaban, divorciaban, actuaban como jueces de paz, tenían sus milicias armadas y ejercían funciones de policía local.

La COB era también un parlamento obrero que discutía no sólo los problemas sindicales sino también todas las cuestiones políticas; en su seno actuaban libremente los distintos partidos obreros y discutían sus diferencias internas aun los mismos sindicatos, como el ferroviario (cercano a los comunistas) o el minero (cercano a los trotskistas).

Fueron los sindicatos organizados en la COB quienes, con sus milicias, comenzaron la destrucción de los latifundios y la entrega de tierras a los campesinos, organizando milicias rurales. Esa Reforma Agraria fue decretada a regañadientes por Paz Estenssoro en agosto de 1953 pero comenzó a aplicarse oficialmente en 1954, dos años después de la revolución.

Fueron también los sindicatos quienes, aprendiendo de los gobiernos militares nacionalistas anteriores de Toro y Busch, consolidaron la sindicalización mediante el reconocimiento del derecho al voto universal y una campaña de sanidad y educación que, sin embargo, no tuvo la profundidad ni la extensión y calidad de la que emprenderán pocos años más tarde los revolucionarios cubanos triunfantes en 1959.

El problema teórico-práctico planteado por el cogobierno COB-MNR provocó una escisión del POR, cofundador de la COB e importante protagonista en ella, pues algunos dirigentes encabezados por Edwin Moeller y su esposa Lidia Gueiler —quien después sería presidente de la República desde el 16 de noviembre de 1979 hasta el 17 de julio de 1980—, estimaron que era conveniente ingresar al MNR y reforzar en ese partido el ala izquierda obrera y campesina para transformarlo desde el interior. Otro sector —mayoritario— del POR, dirigido por Guillermo Lora, Hugo González Moscoso y Guillermo Bravo, sostuvo en cambio que había que mantener al partido como una oposición clasista que apoyase puntualmente cada medida progresista de los nacionalistas sin fusionarse con ellos, ni dejar de criticar sus errores manteniendo tanto los objetivos socialistas como la actividad partidaria independiente.

La COB, germen de poder obrero y forma peculiar boliviana de un gobierno de Consejos obreros y campesinos, al unir su suerte al MNR se subordinaba en realidad al partido nacionalista de una fracción muy débil de la casi inexistente burguesía boliviana (el gran capital era extranjero en su totalidad) la cual ya pesaba ideológicamente en el seno de la Central porque Lechín pertenecía a la izquierda del MNR, al igual que el líder campesino y ministro Ñuflo Chávez. Pese a esa debilidad fundamental el poder dual duró mucho gracias a la capacidad de movilización y de resistencia de los trabajadores bolivianos pero no podía persistir eternamente.

Entre 1952 y 1958, durante el gobierno de Hernán Siles Suazo, estallaron 380 huelgas importantes. Pero las municiones que tenían las milicias obreras comenzaron a agotarse sin poder reponerlas y los fusiles Mauser se deterio-

raron por falta de un adecuado mantenimiento, mientras Paz Estenssoro y su sucesor, Siles Suazo, trabajaban para reorganizar el ejército con ayuda de Estados Unidos y compraban armas más modernas. Ya en 1956 el gobierno pudo reconstruir sus fuerzas represivas.

El doble poder COB-gobierno del MNR donde tenía la voz cantante la representación de los trabajadores a la que el gobierno debía consultar cada una de sus medidas, se fue transformando gradualmente en un gobierno burgués dirigido por los políticos de clase media del MNR, que tenía por objetivo el desarrollo capitalista del país en beneficio de una apenas existente burguesía nacional apoyada por el Estado, corrompida y corruptora, que comenzaba a considerar a la COB como un freno y un obstáculo. Las milicias obreras, potencialmente muy peligrosas, fueron desarmadas poco a poco y fueron acalladas las radios mineras, que formaban la conciencia de la población de los pueblos mineros donde no había prácticamente ningún medio informativo capitalista.

La resistencia fue muy fuerte pero desorganizada porque la mayoría de los trabajadores, que con sus luchas habían destruido el viejo Estado oligárquico y su ejército como en la Revolución Mexicana, creían que el MNR—y no sus propias luchas— les había dado su nuevo poder político y sus conquistas sociales, que las represiones y nuevos abusos eran obra de malos administradores o de personas aisladas cuya renuncia exigían con gran vigor y muchas veces obtenían.

En este aspecto la Revolución Boliviana tuvo mucho parecido con la mexicana o a la rusa de 1905. El concentrado y muy combativo proletariado minero e industrial boliviano y sus sindicatos-órganos políticos fueron similares a los obreros peterburgueses de febrero-julio de 1917. En el nivel de

conciencia tenían similitud con los obreros peronistas quienes creían que Perón, que declaraba a los empresarios querer salvar al capitalismo de una revolución socialista «combatía al Capital».

Como en Argentina, la izquierda no supo o no pudo superar el nivel de conciencia de un nacionalismo antiimperialista con rasgos socializantes. Los comunistas organizados en el PIR, como hemos dicho, se aliaron primero a la oligarquía contra los militares nacionalistas, desprestigiándose, y después de abril de 1952 fueron a la cola del MNR. Por su parte, el POR trotskista, que había tenido un papel fundamental entre los universitarios y en la insurrección que desbarató al Ejército y había cofundado la COB con los mineros dirigidos por Lechín, se dividió, desgarró y debilitó justo en el momento crucial de la organización del poder conquistado y un sector dirigido por Guillermo Lora se opuso frontalmente a cada medida, incluso correcta, del MNR poniendo un signo de igualdad entre los obreros y campesinos de ese partido y la dirección pequeño-burguesa pero con política burguesa de Paz Estessoro y Siles Suazo. Además, se negó a colaborar en la COB, incluso sobre cuestiones básicas, con los ex poristas que calificaba de «Judas» y «traidores».

Otro sector, dirigido por el ex líder estudiantil y activista sindical Hugo González Moscoso, tuvo una política más correcta y flexible, apoyando puntualmente las medidas populares al mismo tiempo que combatía la ideología y las medidas procapitalistas del MNR. Sobre él se concentró pronto la represión y sus dirigentes pasaban largos periodos en campos de concentración en la selva o exiliados en el extranjero. De modo que en Bolivia, a diferencia de lo que sucedió en Rusia, donde un puñado de bolcheviques conquistó entre febrero y

agosto de 1917 la mayoría de los obreros y soldados-campesinos, pese a la abnegación de los obreros y estudiantes poristas, no fue necesario una dirección política capaz de inclinar el doble poder hacia el lado de los trabajadores y de construir el gobierno de la COB y de los sindicatos que el POR reclamaba.

Los gobiernos del MNR y las dictaduras de los años siguientes cerraron muchas minas y dispersaron a los obreros reduciendo a una sombra a la misma COB. Las luchas fueron continuas y los gobiernos sucesivos, por consiguiente, fueron siempre inestables pero, para que las masas recuperaran su protagonismo tuvo que esperar hasta los primeros meses del año 2000 cuando el pueblo de Cochabamba, con la llamada «Guerra del Agua», reanudó con gran ímpetu la larga lucha de los trabajadores bolivianos enarenada en los años sesenta.

La Revolución Boliviana, campesina y democrática dirigida por los obreros tuvo un importante eco: en Argentina, la CGT pidió formar milicias obreras armadas en 1952 cuando recrudecieron los intentos de golpe contra Perón e intentó influir con la candidatura de Eva Perón, apoyada por la CGT para la vicepresidencia; en Cuba, por su parte, las milicias se mantuvieron hasta que la influencia soviética llevó a formar un ejército regular con grados y jerarquía.

Después se estancó, retrocedió y cayó derrotada por el golpe de 1964 pero no fue aplastada y abrió la ruta para el neodesarrollismo de un Estado dirigido por un movimiento popular (el Movimiento al Socialismo) apoyado en las direcciones sindicales y campesinas y en lo que hoy es la COB. El capitalismo de Estado presidido por Evo Morales vacila actualmente entre la vía del desarrollo de una burguesía nacional y la

institucionalización de las organizaciones y los movimientos de masas, que conduciría a su caída como sucedió en Argentina o en Brasil o, por el contrario, a un enfrentamiento con el imperialismo y los aliados locales de éste recurriendo a las masas, lo que obligaría a profundizar los cambios sociales en el país.

Bibliografía básica:

PÉREZ, Noel, *La revolución boliviana de 1952*, Buenos Aires: Ocean sur, 2014.

ZAVALETA Mercado, René, *El poder dual en América Latina*, México: Siglo XXI editores, 1977.

VII La Revolución Argelina, una revolución campesina de liberación nacional truncada

Francia ocupó Argelia en 1830 con el pretexto de una ofensa infligida por el bey turco de Argel al cónsul francés y, aunque ya poseía puertos en Senegal desde el siglo XVII, la convirtió en la primera de sus colonias africanas. Sin embargo, antes de poder vencer la resistencia de las tribus dirigidas por el emir Abd el Qader, un poderoso jefe de clan e intelectual refinado, que habían combatido anteriormente contra la ocupación otomana, los soldados franceses tuvieron que combatir sin pausas 17 años más durante los cuales su ejército sufrió numerosas derrotas.

Después, hacia fines del siglo XIX, cuando la filoxera atacó las vides en Francia e Italia y, simultáneamente, una afeción a las moreras impidió criar gusanos de seda y acabó con la fabricación de telas de esa fibra y ante la crisis en el mundo rural del sur de Europa, Francia ocupó las mejores tierras argelinas y convirtió su colonia en un gran productor de vino aunque el país es musulmán y su religión prohíbe el alcohol.

Argelia se transformó así en una colonia de población y el país llegó a contar de ese modo en los años 1950 con 9.5 millones de musulmanes, 130 mil judíos y un millón de europeos (franceses en su mayoría, pero también españoles e italianos). En esos años la desocupación ascendía sin embargo a tres millones de personas, por supuesto argelinas, sobre diez millones mientras dos millones y medio de niños nativos carecían de educación.

Por su parte, la administración pública empleaba a dos mil funcionarios, todos ellos franceses menos ocho árabes y el analfabetismo ascendía en la colonia a 90 por ciento. Además, entre los colonos europeos, uno entre 227 habitantes llegaba a la Universidad mientras sólo había un estudiante universitario por cada 15 342 argelinos, un médico cada cinco mil habitantes, un dentista cada 19 434, un farmacéutico para cada 14 553 y de los 1 850 médicos existentes, 1 500 vivían en las grandes ciudades donde 80 por ciento de la población era europea.

Los diez millones de habitantes de Argelia disponían sólo de 26 mil camas de hospital y un 50 por ciento de los niños moría antes de los cinco años por falta de asistencia médica. No es sorprendente, por lo tanto, que en 1960 la expectativa de vida de un árabe fuese la mitad de la de un francés: para los varones, 34 años contra 60 y, en el caso de las mujeres, 33 años contra 67.

Peor aún, en esa sociedad fundamentalmente rural los poquísimos alfabetizados y los intelectuales árabes estaban totalmente separados del pueblo, que era campesino, y muchos de ellos estaban afrancesados. La escasísima burguesía nacional era principalmente comercial y artesanal y estaba en contradicción con los intereses de las capas populares y

en el pequeño sector obrero existente en Argelia los árabes eran muy pocos. Por otra parte, las mejores tierras (un 25 por ciento de ellas) estaban en manos del 11 por ciento de europeos que cultivaban vides en las mejores tierras arables y hacían vino que exportaban a Francia mientras los árabes tenían tierras malas o eran jornaleros agrícolas. Por último, en las votaciones —siempre fraudulentas— para elegir representantes comunales, cada francés tenía un voto mientras nueve argelinos contaban por solamente un voto.

Sobre la base de esa terrible desigualdad se produjo la insurrección que fue favorecida porque durante la Segunda Guerra Mundial los franceses incorporaron a su ejército 68 mil tiradores argelinos que combatieron valientemente en todos los frentes y después fueron incluso utilizados para intentar reprimir a los revolucionarios vietnamitas de los cuales aprendieron y con los cuales se politizaron. Uno de ellos fue el sargento Ahmed Ben Bella, condecorado como héroe de guerra francés por el mismo general Charles De Gaulle, quien será uno de los que desencadenará la insurrección, la dirigirá y se convertirá años después en el primer presidente constitucional de Argelia. La descolonización global —forzada por los movimientos de liberación nacional que estaban cambiando el mundo— hizo el resto.

La resistencia contra la ocupación japonesa de las colonias francesas en Indochina había contado con la participación de algunas tropas francesas no capturadas por los ocupantes y éstas restauraron en 1946 la colonia pero la resistencia del Vietmihn fue creciendo hasta derrotarlas por completo pese a que De Gaulle, con el voto a favor de los partidos comunista y socialista franceses, sostuvo al emperador Bo Dan y mandó a Indochina tropas que habían combatido

contra la ocupación nazi del territorio metropolitano. Esa derrota alentó fuertemente a los independentistas en todas las demás colonias.

La guerra nacional-revolucionaria obligó en 1954 a los soldados franceses derrotados a abandonar Indochina dejando en su lugar a los estadounidenses —quienes también fueron expulsados en 1975— y la victoria de la Revolución China en 1949, la derrota de Estados Unidos en la Guerra de Corea en 1952, la expulsión de los colonialistas holandeses de Indonesia y de los británicos de la India, fueron ejemplos mundiales de que los pueblos antes colonizados podían expulsar a sus colonizadores.

Los argelinos aprendieron en esa escuela de la vida y también a ver su lucha como parte de un proceso mundial. La Revolución Argelina comenzó así en 1954 —el mismo año en que Francia perdió Indochina— y duró hasta 1962 cuando el general Charles de Gaulle, después de intentar toda clase de medidas y maniobras para evitar la independencia de Argelia, tuvo que firmar «la paz de los valientes» con los mismos revolucionarios que había anteriormente secuestrado y encarcelado.

Antecedentes políticos de la revolución¹

En 1924 el Emir Jaleb Qader, un intelectual nieto de Abd el Qader, el que había unificado a las tribus contra el invasor francés, funda en París la Estrella Norafricana (ENA), laica, que rápidamente adquiere gran popularidad por su

¹ En esta parte nos hemos apoyado particularmente sobre el libro de Ernesto Golder, *La Revolución Argelina*, muy rico en datos.

clasismo y su sindicalismo entre los intelectuales y notables de las ciudades de Argel y, sobre todo, entre los argelinos emigrados residentes en Francia. La dirigirá poco después Ahmed Messali Hadj con el apoyo del Partido Comunista francés que entonces aplicaba la política ultraizquierdista de la Tercera Internacional llamada del «Tercer Periodo», porque Stalin consideraba que tras el proceso revolucionario de 1917-1922 y el contrarrevolucionario siguiente se estaba entrando al final del capitalismo. Messali Hadj fusionará el nacionalismo argelino con la religión musulmana y con una visión estalinista del marxismo, modificando la política de la ENA; los franceses lo detuvieron y deportaron disolviendo además la ENA.

Recién volverá a Francia durante el gobierno de Frente Popular (1936-1938 formado por los socialistas y los radicales con apoyo comunista) el cual, sin embargo, mantiene el colonialismo de los gobiernos anteriores, anula las elecciones en Argelia en las que había triunfado Messali con su nuevo Partido Popular Argelino (PPA), disuelve a ese partido e incluso llega a declarar al idioma árabe «lengua antinacional».

El PPA —arrojado a la clandestinidad— dedicará la mayor parte de sus esfuerzos a evitar ser desbordado por la izquierda y luchará contra el crecimiento de la nueva capa de revolucionarios que en 1954 emprenderán la lucha armada lo que llevará a ese partido a terminar como agente de la represión francesa.

Disuelto el PPA, los Ulemas (letrados islámicos) llevarán a cabo una lucha ideológica por la expansión del árabe y del Islam al mismo tiempo que los concejales y diputados árabes exigían la igualdad entre argelinos y franceses dentro de la República Francesa e igual cosa hacían el Partido Comunista

Argelino (compuesto mayoritariamente por colonos europeos) y el Partido Comunista Francés, que consideraba que Argelia formaba parte de Francia y sostenía que la colonia sólo podría conquistar su independencia con un poder socialista en la metrópoli.

En 1945 el gobierno de Francia libre dirigido por De Gaulle (y cuyo vicepresidente era Maurice Thorez, líder del Partido Comunista Francés y contaba como uno de sus ministros con Charles Tillon, líder comunista de la Resistencia antinazi), ordenó disparar con armas de guerra contra una gran manifestación nacionalista en la ciudad de Sétif que protestaba por el asesinato de un manifestante. A continuación —y durante veinte días— las tropas francesas y las milicias armadas de los colonos organizaron una caza de árabes que dejó un saldo de 45 mil argelinos asesinados.

El PPA proscrito funda entonces el Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas (MTLD) con Messali Hadj como dirigente, mientras Ferhat Abbas crea en 1946 un partido de la clase media árabe que brega por la creación de un Estado libre asociado con Francia.

París responde en 1947 otorgando a ocho millones de argelinos el derecho de elegir 60 diputados al mismo tiempo que atribuye otros 60 diputados a medio millón de colonos organizando elecciones fraudulentas en las que la policía y el ejército disparan contra quienes no quieren votar, se roban las urnas y detienen a los candidatos nacionalistas sin poder impedir, sin embargo, que triunfen los nacionalistas en el 90 por ciento de estas caricaturas de elecciones realizadas entre 1947 y 1954, las que desprestigiarán totalmente la lucha por la vía electoral.

La inviabilidad e inutilidad de la disputa electoral en esas condiciones y la tendencia institucionalista de Messali y otros notables, llevaron a un grupo de nacionalistas revolucionarios a crear en 1947 las Organizaciones Especiales (OE) como brazo militar clandestino del MTLD dirigido aún por Messali.

De las OE saldrá más tarde el Frente Nacional de Liberación Argelino (FNLA) cuando en 1949, un grupo dirigido por Ahmed Ben Bella y Mohamed Jidder asalta el Correo Central de Orán llevándose varios millones de francos. Popularizadas por esa y por otras acciones las OE crecerán rápidamente y en 1950 tendrán cinco mil cuadros activos a pesar de las detenciones y las condenas a muerte y ganarán cada vez más campesinos e intelectuales a su causa.

Mientras tanto, el partido de Messali Hadj se empantanó en una política cada vez más legalista y el mismo Messali, que se hizo nombrar presidente vitalicio de la organización, se enfrentó en una larga y sucia lucha interna con los «centralistas» de la misma, que se oponían a su culto personal aunque compartían su política. Ambos grupos se unieron, sin embargo, para expulsar del MTLD de las Organizaciones Especiales que les creaban problemas serios con las autoridades francesas.

Ante esa situación, Mohamed Boudiaf creó en marzo de 1954 el Comité Revolucionario de Unidad y Acción (CRUA), que claramente será anticolonialista y revolucionario y del cual surgirá pocos meses después el Frente de Liberación Nacional.

Creación del FNLA

El 1º de noviembre de 1954 el FLNA nació lanzando una proclama inicial en la que declaraba luchar por la independencia nacional mediante «la restauración del Estado arge-

lino, soberano, democrático y social en el marco de los principios islámicos» y exigía «el respeto de todas las libertades fundamentales, sin distinción de raza ni de religión». En su documento el Frente de Liberación Nacional planteaba también «la internacionalización del problema argelino» y «la realización de la unidad norafricana en su ámbito natural árabe-musulmán».

Este estaba por ese entonces muy agitado desde la llegada al poder en Egipto en 1952 del coronel Gamal Abdel Nasser. Francia, por su parte, se verá obligada a conceder a Túnez un gobierno independiente en 1955 y poco más tarde, en 1956 y después del fracaso de su operación junto con Israel y el Reino Unido contra el gobierno nasserista egipcio y por el Canal de Suez, también deberá conceder el autogobierno a Marruecos que hasta entonces era su Protectorado y a cuyo sultán Mohamed V había arrestado y exiliado a Madagascar lo que había provocado múltiples atentados y airadas manifestaciones que en 1957 lograrán por fin la independencia.

A cambio de la liberación de los presos y del fin de todas las leyes y medidas represivas el FNLA declaraba en su documento que respetaría los derechos «legalmente adquiridos» de las personas, de las familias colonizadoras y «los intereses económicos y culturales» franceses y ofrecía a los colonos la adquisición de la ciudadanía argelina con todos los derechos y deberes o el mantenimiento de su nacionalidad original, en cuyo caso serían considerados extranjeros residentes y deberían respetar las leyes locales.

Junto con esa proclama, los nacionalistas sorprendieron a los servicios de inteligencia y las autoridades francesas realizando ese mismo 1° de noviembre, 40 atentados contra cuarteles, comisarías policiales, estaciones de servicio, camiones y depósitos

de armas de los ocupantes con el resultado de siete muertos y enormes daños materiales. El ataque fue organizado por los jóvenes dirigentes Ahmed Ben Bella (entonces de 35 años), el radical marxista Belkacem Krim (de 32), Mohamed Boudiaf (de 35), el bereber Husein Aït Ahmed (de 28), Mohamed Jidder (de 42) y Mourad Didouche (de 27), que constituían la dirección política y militar de la revolución.

Las tropas francesas respondieron aumentando sus efectivos a 160 mil hombres, arrasando aldeas y bombardeando las montañas pero no pudieron evitar que los 400 combatientes nativos iniciales armados sobre todo con escopetas en 1954 ascendiesen a 10 mil en 1955 y a 120 mil en 1959 y poseyesen abundantes armas modernas,

Durante ese lapso, todas las organizaciones anteriores de los argelinos (partidos, sindicatos y organización de las mujeres) se incorporaron al FNLA en la clandestinidad y los campesinos lo apoyaron en masa, cubriéndolo y ayudándolo en todas sus actividades porque esperaban recibir tierras que serán expropiadas a los colonos europeos al mismo tiempo que los pequeños comerciantes y los estudiantes árabes también se movilizaron y participaron en todas las huelgas cerrando sus negocios y saliendo a la calle.

En Francia, mientras tanto, el filósofo Francis Jeanson en 1955 escribió el prólogo al libro de denuncias de la colonización, del ciudadano francés Frantz Fanon nacido en la Martinica y médico psiquiatra del ejército francés en Argelia; él crea una red de colaboradores con la resistencia argelina que esconden militantes clandestinos en sus casas, les transportan en sus automóviles, llevan a Suiza el dinero de las cotizaciones de los argelinos en Francia. Un grupo de sacerdotes obreros católicos y de seminaristas, sectores pacifistas,

un ala de los anarquistas, militantes comunistas aislados que se oponen a la política de su partido que favorece la represión colonial y los trotskistas de la Cuarta Internacional dirigidos por el griego Michel Raptis (Pablo) serán el eje de esa actividad y buena parte de ellos terminará en la cárcel.²

La protesta adquiere carácter masivo cuando miles de soldados convocados para ir a Argelia a combatir, asesinar y torturar se niegan a partir; paran trenes, ocupan puentes, desfilan y hacen huelgas. Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Claude Lanzman y *Temps Modernes*, la revista que dirigen, y decenas de otros intelectuales firmaron entonces un documento contra la tortura y la colonización apoyando tanto a los soldados rebeldes como a quienes ayudaban a los revolucionarios. Sobre los 400 mil argelinos residentes en Francia 250 mil cotizarán medio millón de dólares mensuales para la willaya de Francia del FLNA, uno de cuyos dirigentes era el historiador socialista autogestionario

² Los trotskistas colaboraban ya desde fines de los años veinte con los nacionalistas argelinos —en esos años dirigidos por la Estrella Norafricana de Messali Hadj— hasta el surgimiento del FLNA. La Cuarta Internacional dirigida por Pablo pasó a apoyar a esta última organización y envió militantes obreros metalúrgicos europeos y argentinos a Argelia para fabricar y reparar armas. Pablo y el dirigente holandés Sal Santen fueron encarcelados en Alemania por la fabricación de documentos y de dinero falso para los argelinos. El sector dirigido por Lambert que se había escindido de la Cuarta Internacional a la cual pertenecían en América Latina el argentino Hugo Bressano (Nahuel Moreno) y el boliviano Guillermo Lora seguirán en cambio apoyando a Messali Hadj. Un sector de los anarquistas se opondrá también a la colonización francesa pero igualmente a la insurrección argelina considerándola «dirigida por la burguesía».

Mohamed Harbi, que será asesor de Belkacem Krim y de Ahmed Ben Bella.

La represión será terrible: el gobierno francés guillotina a 50 militantes del FLNA en Francia; en 1960 De Gaulle instaaura el toque de queda entre las 20 horas y las cinco de la mañana para los argelinos, en las calles y en las comisarías la policía apalea a los árabes y cuando 60 mil argelinos de toda condición y edad organizan en París el 17 de octubre de 1961 una manifestación masiva con ancianos, niños y mujeres con banderas independentistas y cantando himnos de lucha, la policía detiene y tortura a 14 mil de ellos y asesina a 250 que aparecerán flotando en el Sena o colgados de los árboles de la capital de la civilizada Francia.

Mientras tanto y en territorio argelino, en el valle de Souman, se realizará el 20 de agosto de 1956 un congreso clandestino bajo la dirección de Abane Ramdane —sin la presencia de Ben Bella ni de Jidder, que estaban en El Cairo—, reunión que será muy importante pues establecerá que el objetivo de los combates es una República democrática y social, y declarará una guerra a muerte contra quienes colaboraban con la policía y con el gobierno colonial, o sea, contra el Movimiento Nacional Argelino (MNA) que acababa de ser creado en París por Messali Hadj en colaboración con los servicios de inteligencia franceses. A partir de ese momento se librará una lucha de influencia que será incluso sangrienta entre el FLNA y el MNA sobre todo en Francia entre los emigrados que anteriormente cotizaban a la organización de Messali Hadj.

El congreso de Souman creó también las bases de una organización estatal paralela a partir de asambleas populares que eligen a quienes tendrán a su cargo la justicia, la policía, la solución de los problemas municipales, el mantenimiento

de las viudas e hijos de combatientes y los problemas logísticos de los guerrilleros. En ruptura con las organizaciones sindicales francesas, el FLNA formó también la UGTA (Unión General de Trabajadores Argelinos) dirigida por Aissat Idir y esa organización pocos meses después tendrá cien mil miembros pese la salvaje represión que volará su sede y asesinará a su secretario general Idir, torturándolo atrocemente con el fuego de soldadoras.

El congreso constituyó por último un parlamento de la revolución, el Consejo Nacional de la Revolución Argelina, formado por 34 miembros, y un buró político, el Consejo de Coordinación y Ejecución, que tenía cinco miembros y estaba dirigido por Abane Ramdane e integrado igualmente por Aissat Idir (encarcelado y poco después asesinado), Ben M'Hidi, Krim Belkacen (que cargaba con cinco condenas a muerte y otras tantas a trabajos forzados) y Yusef Zighout (quien morirá en combate poco tiempo después).

El 22 de octubre de 1956 el ejército francés desvió y sequestró en vuelo un avión de línea del Sultán de Marruecos en el que viajaban desde Túnez a Rabat, en Marruecos, Ben Bella, Aït Ahmed, Mohamed Jidder, Boudiaf y Mostafá Lacheraf, que permanecerán encarcelados en Francia hasta 1962 a pesar de sus huelgas de hambre y de la presión mundial contra este acto de piratería aérea. De manera simultánea, la ofensiva francesa asestará durísimos golpes a la estructura clandestina del FLNA en Argelia.

En agosto de 1957 se reúne en El Cairo el Consejo Nacional de la Resistencia Argelina que, ante la debilidad militar en Argelia, decide por mayoría potenciar la actividad en la ONU y la actividad diplomática, aumenta a nueve el número de los integrantes del Ejecutivo y a 54 el de los miembros

de la asamblea parlamentaria. El ejército francés, mientras tanto, organiza líneas minadas, fortificadas y con alambres de púa a lo largo de las fronteras marroquí y tunecina que separan a los combatientes en el exterior de los del interior para intentar exterminar a estos últimos.

Eso provoca diferencias políticas entre los representantes reconocidos internacionalmente que tenían un pasado, una formación y objetivos que no siempre coincidían y también roces con los jefes militares locales sometidos a un gran peligro y una gran tensión. Abane Ramdane muere así en circunstancias poco claras tras haber lanzado una costosísima ofensiva que incluye la famosa «batalla de Argel» inmortalizada por el cineasta italiano Gillo Pontecorvo en la que la feroz represión francesa destroza el dispositivo de los revolucionarios en la capital y otras ciudades importantes, agravando los problemas internos de la organización revolucionaria argelina. En ese marco se produce en 1958 el llamado «complot de los coroneles» cuando un grupo de oficiales combatientes en Argelia intentarán levantarse contra la dirección del partido en el exterior y serán juzgados por un Tribunal de Guerra y fusilados.

El 1º de junio de 1958, cuando el general Charles de Gaulle da un golpe de Estado, consigue plenos poderes del presidente conservador René Coty e inaugura, ya como presidente, la Vª República Francesa, el FLNA formó como respuesta el Gobierno Provisional de la República Argelina (GPRA) cuyo presidente desde 1958 a 1961 fue el moderado Ferhat Abbas, con Ahmed Ben Bella (preso en Francia), como vicepresidente, Belkacen Krim como ministro de las Fuerzas Armadas y como ministros de Estado Hocine Aït Ahmed, Rabat Bitar, Mohamed Jidder y Mohamed Boudiaf

(todos ellos encarcelados) y Mohamed Chérif como ministro de Armamento y Reabastecimiento, Ben Tobbal como ministro del Interior, Abd el Boussof, ministro de Comunicaciones, Yussuf Ben Kheda, de Asuntos sociales, Ahmed Francis, de Economía y Finanzas, Lamine Debagline, de Relaciones Exteriores, Abd el Mehel, de Asuntos Norafricanos, Ahmed el Madani, de Cultura, Mojamed Yazid, de Información y Lamine Jane, Omar Oussedik y Mustafá Stomboli como secretarios de Estado.

Ese GPRA realizará una intensa actividad diplomática y política sobre todo desde 1961, cuando Ferhat Abbas fue sustituido en el cargo de presidente por el más radical Yussuf Ben Kheda quien realizará giras muy exitosas visitando entre otras capitales Buenos Aires y Santiago de Chile.

Desde el 13 de diciembre de 1959 hasta el 15 de enero de 1960 el FLNA realizó —sorteando la intensa vigilancia de los servicios de información franceses y eliminando los micrófonos que éstos ponen por todos lados— una reunión secreta de sus dirigentes políticos y militares y de sus diplomáticos en Trípoli, capital de Libia, que entonces tenía un gobierno monárquico independiente encabezado por Idriss al Senoussi.

Ben Kheda, apoyado por los jefes militares que luchan en Argelia misma, propuso en ella concentrar todos los medios y los esfuerzos en la organización en el interior y la lucha militar pues consideraba que las actividades diplomáticas eran poco eficaces, Ferhat Abbas, en cambio, sostuvo que había que conceder un plazo razonable a los esfuerzos político-diplomáticos antes de abandonarlos y consiguió convencer a la mayoría de los asistentes. Sin embargo, en los meses siguientes los resultados fueron escasos y en agosto de 1961 una nueva reunión —siempre en Trípoli, Libia—

emplazó a Francia declarando que «si en tres meses no se llega a un acuerdo digno para Argelia, que será socialista y políticamente independiente, el gobierno de la revolución extenderá la guerra a todo el Norte de África» y encarga a un comité formado por Ben Kheda, Belkacem Krim y Saad Daled la dirección de las operaciones militares y, si hay negociaciones, nombra al radical Belkacem Krim con mandato restringido para que sea imposible ceder en nada.

La situación militar entonces era muy mala para el FLNA porque el ejército francés dirigido por el general Challe, que había combatido en Indochina contra el Vietmihn, había conseguido matar 35 mil militantes (casi la mitad de su ejército) y destruirle o tomarle el cincuenta por ciento de su armamento, que era tan difícil conseguir.

Los últimos meses de la revolución serán terribles. El ejército francés había desplegado a 907 mil soldados con sus auxiliares árabes, los «harkis», una cantidad treinta veces superior a la de los combatientes del FLNA, amontonó en infames campos de concentración a casi un cuarto de la población nativa y torturó sistemáticamente hombres, ancianos, mujeres y niños, incluso hasta la muerte del torturado, quemando aldeas enteras con sus habitantes.

Para impedir el apoyo a los combatientes, Francia recurrió al hambre. Las raciones de harina para el cous cous, principal alimento de los argelinos, llegaban a sólo dos kilos mensuales para tres personas. Las autoridades prohibieron además la venta a los árabes de cualquier antibiótico, suero antitetánico, alcohol y algodón esterilizado para que los heridos muriesen por infecciones o gangrena y bombardeó con napalm las zonas densamente habitadas causando diez muertes de civiles por cada combatiente argelino eliminado.

La gran mayoría de los médicos franceses denunciaban a los heridos y colaboraban en las torturas y los estudiantes de medicina y enfermeros argelinos debían robar lo que podían en los hospitales e improvisarse como médicos mientras una minoría de médicos franceses, como Frantz Fanon, o de mujeres católicas o de izquierda, daban en cambio asilo a los heridos, los curaban, los alimentaban y escondían a pesar de que el ejército francés fusiló a más de seis mil encubridores.

Los paracaidistas se especializaban en la tortura y en atrocidades que constituían crímenes de guerra. El gobierno colonial censuró la prensa local, vetó a los argelinos la posesión de aparatos de radio, confiscó los radioreceptores para que nadie escuchase las emisiones radiales revolucionarias de Rabat, Túnez y El Cairo. El objetivo era aterrorizar a la población civil y el prestigioso diario francés *Le Monde* publicaba datos de los abogados quienes probaron que de los 108 mil torturados entre 1957 y 1961 sólo militaban en el FLNA, 11 mil.

La extrema violencia de los ocupantes provocó también la violencia de los combatientes-campesinos a los que el enemigo no consideraba seres humanos y que, por eso, a su vez se deshumanizaban. En las zonas rurales los colonos corrían por eso el riesgo de ser degollados y los heridos franceses, mutilados. El terror de masas se opuso al terror de Estado. Cuando Yacef Saadi, que dirigía la lucha terrorista en la Casbah de Argel, fue preso, torturado y condenado a muerte, declaró que «Hice colocar a mano mis bombas porque no tenía aviones que las transportaran. Pero ellas causaron menos víctimas que los bombardeos de la artillería y de la aviación a nuestras aldeas. Hago la guerra y no es posible reprochármelo».

Sin embargo, De Gaulle sabía que sólo era posible una solución política y después de su golpe de Estado en 1958 había ofrecido «la paz de los valientes» y un año después, en un referéndum, había sugerido la posibilidad de que Argelia ejerciese su autodeterminación. De Gaulle pensaba entonces en la posibilidad de la independencia —que rechazaba—, de la continuación del estatus colonial —que consideraba irrealista— y de la constitución de algo así como un Commonwealth francés, una comunidad francesa de naciones, e incluso no descartaba la creación de dos Estados separados, como en Vietnam, en Alemania (RDA y RFA) o en Corea.

Pero en 1960 los colonos fascistas de Argel, dirigidos por Pierre Lagaille, Jean Jacques Susini y Joseph Ortiz, que después crearán la terrorista y golpista OSA, levantan barricadas contra lo que consideran debilidad del gobierno francés que, en 1961, mientras ejerce una fuerte represión antiargelina en el territorio metropolitano, realiza negociaciones secretas entre el primer ministro Michel Debré y el GPRA.

En ese mismo año la marina francesa bombardeará el puerto tunecino de Bizerta con un saldo de dos mil muertos, para abril se sublevar los generales Maurice Challe, Edmond Jouhaux, Raoul Salan y André Zeller y nace la OAS que asesina a más de dos mil argelinos en Argelia y amenaza con tomar el poder en Francia con una ofensiva terrorista en el territorio metropolitano que debería ser el prelude de un lanzamiento de paracaidistas sobre París.

En ese ambiente se realizaron las tratativas entre el gobierno de París y los dirigentes argelinos que culminaron el 18 de marzo de 1962 con los acuerdos de Evian. Argelia obtuvo por fin su independencia en julio de 1962 tras una

lucha que costó carísima al país en muertos en combate o por la represión (más de 300 mil) o en muertos por heridas, enfermedades, desnutrición (otros casi 700 mil) y que llevará al exilio de la población judía o de origen europeo.

Con ese costo terrible de más de un décimo de su población Argelia deberá iniciar su reconstrucción que se apoyará sobre todo en su riqueza en petróleo y gas e intentará reconvertir su agricultura mediante la autogestión socialista ideada e impulsada por sus asesores revolucionarios, como Harbi o Pablo, pero promovida por Ben Bella con métodos estatales y sin preparación política previa de los trabajadores argelinos.

El problema fundamental de la Revolución Argelina consistió en que sus jóvenes iniciadores y dirigentes eran audaces y valientes hombres de acción, pero el FLNA nunca fue un partido ni tuvo un programa socialista claro (fuera de la exigencia de que Argelia fuese democrática y socialista). Algunos de sus principales dirigentes compartían el «marxismo» de Messali Hadj, mezcla de islamismo y de ideas tomadas del partido comunista francés, que era estalinista, centralista antidemocrático, monolítico y estatista.

Las organizaciones de masa, por su parte, formaban parte del partido y cuando éste llegó al gobierno se burocratizaron rápidamente. Los grupos revolucionarios de intelectuales no tenían una organización propia lo cual daba un peso enorme a los militares que, por fuerza, estaban formados en el acatamiento a la disciplina y en el verticalismo de las decisiones. La inmediata ayuda de la Unión Soviética y del gobierno egipcio de Nasser reforzó además la influencia de los militares y Houari Boumediene, jefe del ejército, terminó destituyendo a Ben Bella, fundador del Partido y

padre de la independencia y encarcelándolo durante años antes de exiliarlo.

El resto es la historia de la constitución violenta y llena de problemas de una burguesía nacional apoyada en un aparato estatal burocrático militar que se apoya en los precios del gas y del petróleo.

Bibliografía básica

- CALCHI-NOVATI, Giampaolo, *La Rivoluzione Algerina*, Milán: Dall'Oglio, 1969.
- FANON, Frantz, *L'an V de la révolution algérienne*, París: La Découverte, 2011.
- FRATERS, Erica (coord.), *Réfractaires à la Guerre d'Algérie- 1959-1963*, París: Syllepse, 2005.
- GOLDAR, Ernesto, *La revolución argelina*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1972.
- HAMON, Hervé et Rotman, Patrick, *Les porteurs de valises*, París: Albin Michel, 1979.
- HARBI, Mohamed, *Aux origines du FLN, le populisme révolutionnaire en Algérie*, Ed. Christian Bourgeois, 1980.
- _____, *Nuage et réalité des origines à la prise du pouvoir (1945-1962)*, París: Jeune Afrique, 1980.
- _____, *Archives de la révolution algérienne*, París: Jeune Afrique, 1981.
- _____ y Gilbert Maymer, *Le FLN : documents et histoire 1954-1962*, París: Fayard, 2004.
- PATTIEU, Sylvain, *Les camarades des frères. Trotskystes et libertaires dans la guerre d'Algérie*, París: Syllepse, 2002.

VIII La Revolución Cubana, el desafío permanente

Cuba, la joya del colonialismo español, fue la última colonia de España en América que se liberó del yugo colonial mediante una larga y cruenta revolución iniciada en 1895 que en su curso se transformó, en guerra hispano-estadounidense y en una ocupación sucesiva de la isla por Estados Unidos hasta la independencia y la creación de la República en 1902. Fue así desde el comienzo, un eslabón entre la fase de constitución de los Estados independientes en el siglo XIX y la lucha por la liberación del imperialismo propia del siglo XX. El padre de la Independencia y héroe-mártir de la Revolución de Independencia, José Martí, fue a su vez un pensador y organizador político liberal radicalizado e influenciado por Marx.

La nueva República, por la injerencia constante de Estados Unidos que ya era una potencia imperialista en la zona del Caribe y de América Central, y por su proximidad con ese poder, vivió desde su Independencia siempre

bajo el dominio o la amenaza estadounidense y construyó su débil economía en simbiosis con la de ese nuevo imperio, al cual vendía azúcar a precios preferenciales. Por eso la crisis de 1929 en Estados Unidos y en los principales países capitalistas repercutió fuertemente en la isla y debilitó en ella la dictadura de Gerardo Machado, el «asno con garras» simpatizante de Mussolini. Los estudiantes cubanos, intensamente movilizados como todos los de América Latina desde la Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba, Argentina, lograron derribarlo con una huelga general que instauró un periodo de gran inestabilidad política en el cual se radicalizaron diversos sectores de las clases medias.

En 1931 un grupo de sindicalistas de la Federación Obrera de La Habana y de dirigentes de la Alianza de Izquierda Estudiantil (AIE) fue expulsado del Partido Comunista por apoyar a la Oposición Internacional de Izquierda en la Tercera Internacional dirigida por León Trotsky. En 1932 ese grupo se reforzó con la vuelta a Cuba del sindicalista revolucionario —y ex compañero de lucha de Juan Antonio Mella— Sandalio Junco, un dirigente obrero comunista negro, panadero, que en Moscú había sido incorporado a esa Oposición por Andreu Nin, secretario general de la Internacional Sindical Roja y también retornó el activo dirigente estudiantil Juan Ramón Brea que militó junto a Raúl Roa y Rubén Martínez Villena; después fue encarcelado con Roa y pocos años después combatió en las milicias del POUM durante la Revolución Española.

Ese mismo año, los partidarios de Trotsky organizaron la Oposición Comunista de Izquierda en el Partido Comunista y, al ser expulsados del partido, formaron en

agosto de 1933 el Grupo Bolchevique Leninista (GBL) que en muy poco tiempo se fortaleció en el sindicalismo habanero, será mayoritario en Guantánamo y estará fuertemente arraigado en Santiago de Cuba y la AIE. Durante la huelga general política que en agosto de ese año derribó a Machado los militantes del GBL impulsarán la huelga hasta la caída del dictador, a diferencia del Partido Comunista que llamó a levantar dicha huelga porque estaba tratando con Machado la obtención de su legalidad.

Derribado Machado, tras un breve gobierno de transición de Carlos María de Céspedes y Quesada, gobierna desde octubre de 1933 hasta enero de 1934 el presidente Ramón Grau San Martín en cuyo gabinete ministerial se desarrolla de inmediato un ala antiimperialista dirigida por Antonio Guiteras. Ese gobierno derogará en 1934 la Enmienda Platt, que autorizaba la intervención estadounidense en Cuba cuando Washington creyese que peligraban sus intereses, reduce los horarios de trabajo, legaliza el derecho de huelga suprimido por Machado, concede el voto a las mujeres, distribuye tierras a los campesinos, reduce los intereses de los préstamos, combate la usura que ahoga a los pequeños campesinos y artesanos, rebaja en un 40 por ciento las tarifas eléctricas y congela el pago de la deuda externa.

A pesar de eso, el Partido Comunista lo califica como gobierno proimperialista de los terratenientes y la gran burguesía y lo ataca en tanto que Antonio Guiteras, para combatir la corrupción, forma en 1934 la Joven Cuba, agrupación política insurreccional a la que se incorporarán Sandalio Junco y varios partidarios de León Trotsky, y que será muy influenciada por las posiciones políticas

trotskistas. Se opondrá firmemente a los partidos comunistas estalinizados y a la burocracia soviética e influirá sobre dirigentes estudiantiles como Fidel Castro, que como miembro de ella estará durante años en lucha contra el PSP estalinista.

El 15 de enero de 1934 por objetivos sindicales, como la mejoría del rancho, del salario y de los uniformes, también contra los abusos clasistas de los oficiales, se subleva un grupo de sargentos que había apoyado la lucha contra Machado y que expresaba en la tropa el malestar existente en el país y la radicalización de las clases medias, en este caso en el ejército. Uno de ellos, el sargento dactilógrafo Fulgencio Batista, predomina sobre los demás y se asciende a coronel. En ese mismo año, un grupo proveniente del Directorio Estudiantil Universitario y antibatistiano forma el Partido Auténtico, que tendrá a Grau San Martín como su principal dirigente. Joven Cuba y el GBL dirigen contra Batista una huelga general en marzo de 1935 que es reprimida de manera violenta y fracasa lo que permite al sargento-coronel asesinar a Guiteras,¹ convertirse en el hombre fuerte del régimen y gobernar controlando a presidentes interinos hasta hacerse elegir presidente constitucional entre octubre de 1940 y octubre de 1944.

En efecto, ya en 1935 el VII Congreso de la Internacional Comunista había modificado su estrategia y orientado a sus partidos hacia la formación de Frentes Populares con los burgueses «progresistas» y la Unión Soviética había hecho un

¹ Guiteras, con el apoyo de Lázaro Cárdenas que le facilitaba armas y buques, intentaba hacer desde México lo que años después hizo Fidel Castro y fue muerto en combate poco antes de partir hacia el país que quería transformar en su base.

pacto en 1934 con el Reino Unido y Francia y, en 1939, en previsión de la guerra, había firmado el pacto Ribentrop-Molotov y se había dividido Polonia con los nazis.

Esa política llevó a los partidos comunistas de América Latina a aliarse en todas partes con dictaduras, oligarquías o partidos conservadores, como la dictadura nacionalista de Getúlio Vargas, en Brasil, a principios de los 40, o las oligarquías boliviana y argentina y, durante la guerra, condujo al mismo partido comunista de Estados Unidos a disolverse y oponerse a las huelgas «para no lesionar el esfuerzo de guerra» de «su» imperialismo. La política de Frentes Populares se expresará en la alianza del PSP con Batista, que contó con dos ministros comunistas y se apoyó en los sindicalistas de ese partido.

Con la Segunda Guerra Mundial, Cuba adquirió renovada importancia estratégica para el control del Caribe y del océano Atlántico, por su parte, Estados Unidos, entonces dirigido por Franklin Delano Roosevelt —que esgrimía su política de buena vecindad pero sin olvidar los intereses imperialistas— reforzó su dominio sobre la isla. Con la política rooseveltiana de «buena vecindad» Estados Unidos presionó a Cuba y la llevó a legalizar en 1938 todos los partidos, incluida la Unión Revolucionaria Comunista (URC) que en 1944 se llamará Partido Socialista Popular.

Dicha URC, aplicando la política de la Tercera Internacional,² formó parte de la llamada Coalición Socialista y Democrática que presentó la candidatura presidencial de

² Stalin la disolvió el 15 de mayo de 1943 para demostrarles a los Aliados imperialistas en guerra contra Hitler que no tenía ninguna intención anticapitalista ni revolucionaria.

Fulgencio Batista y en el gobierno de éste tuvo dos ministros sin cartera —Juan Mariniello y Carlos Rafael Rodríguez— desde 1940 a 1942. Durante ese gobierno con ministros estalinistas cae asesinado Sandalio Junco a manos de un estalinista protegido por la policía batistiana, mientras hablaba en la conmemoración del séptimo aniversario del asesinato de Guiteras. Chibás trasladará al día siguiente los restos del sindicalista y revolucionario, compañero de Julio Mella que no se sabe dónde ha sido sepultado.

Con Truman, el vicepresidente de Roosevelt que asumió el gobierno en Washington a la muerte de éste, y ante el gran papel de la Unión Soviética en la liquidación del nazifascismo y su nuevo poderío militar en una Europa destruida y en intensa agitación social, Estados Unidos dio comienzo a la Guerra Fría. El gobierno de Batista deja el lugar a los gobiernos de la alianza entre el Partido Republicano Auténtico y se suceden las presidencias de Grau San Martín y de Carlos Prío Socarrás, siempre con Batista como control dirigiendo el ejército.

La corrupción y el gangsterismo se convierten en endémicos lo cual lleva a Eduardo Chibás a fundar en 1947 el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) que adquiere una rápida popularidad. Pero el 16 de agosto de 1951, al no poder presentar pruebas de una denuncia, Eduardo Chibás defiende su honestidad y arroja su cadáver a la cara del régimen suicidándose a los 44 años de edad mientras hablaba por radio a la nación y llamaba a los cubanos a la lucha. Un militante universitario y del Partido Ortodoxo, Fidel Castro, asistirá acongojado a su entierro.

Casi dos años después, el 26 de julio de 1953, y tras la instauración en 1952 de la dictadura de Batista median-

te un cuartelazo optará por la insurrección, ese mismo joven ortodoxo asaltará con otros el cuartel Moncada, acción en la que morirán en combate o asesinados 88 de sus compañeros.

Él y su hermano Raúl salvan su vida pero será encarcelado y condenado a 15 años de cárcel y, en el proceso en su contra, desarrollará su autodefensa que se transforma en una fortísima denuncia política bajo el título de *La Historia me absolverá*. El periódico *Hoy* del Partido Socialista Popular (comunista) escribe entonces contra las «actividades golpistas y aventureras de la oposición burguesa» y el *Daily Worker* del Partido Comunista de Estados Unidos reproduce esa crítica.

La dictadura de Batista tuvo por fin que amnistiar a los presos políticos presionada por los jesuitas, que habían educado a los hermanos Castro pero sobre todo por los estudiantes, que adoptaron también una actitud revolucionaria formando el Directorio Revolucionario, brazo armado clandestino de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU). Fidel Castro y sus compañeros forman entonces el Movimiento 26 de Julio y se exilian en México, donde comienzan de inmediato a prepararse para invadir Cuba iniciando una insurrección.

En México esos revolucionarios establecerán una alianza con el Directorio Revolucionario dirigido por el líder estudiantil José Antonio Echevarría, y sumarán a sus fuerzas al argentino Ernesto Che Guevara —refugiado en ese país después del golpe en 1954 del general Castillo Armas sostenido por Estados Unidos contra el gobierno guatemalteco del coronel Arbenz— y también algunos militantes guatemaltecos o mexicanos.

En tierras mexicanas serán favorecidos por el nacionalismo de algunas autoridades policiales mexicanas, como Fernando Gutiérrez Barrios, el jefe de la inteligencia que era agente de la CIA, y por la idea de la CIA misma de que podrían ser una opción para reemplazar al gobierno de Batista que Estados Unidos pensaba desplazar pues el ex sargento había tenido ministros comunistas y quería comprar aviones de guerra en Inglaterra y no en Estados Unidos. Sin ser molestados, Fidel Castro y sus compañeros podrán comprar un yate, —el *Granma*— y, amontonados en esa frágil embarcación, parten desde la costa de Veracruz hacia Cuba a la victoria o la muerte.

El *Granma* perdió el rumbo y desembarcó a los revolucionarios en noviembre de 1956 en una ciénaga inhóspita lejos de donde les esperaban sus compañeros que, para colmo de desgracias, era un lugar patrullado por los batistianos quienes mataron o aprisionaron a casi todos, menos doce, entre ellos el Che quienes, combatiendo, llegarán a la Sierra Maestra donde lucharán y crecerán hasta que, dos años después, derriben al dictador.

Los revolucionarios del 26 de julio provenían de todas las tendencias democráticas y antidictatoriales pues estaban aliados incluso con el ex presidente Prío Socarrás.³ Sin embargo, el PSP como hemos dicho antes había condenado en Cuba el ataque al cuartel Moncada y respaldado al gobierno y todos los partidos comunistas latinoamericanos condenaron, sin excepción alguna, el «aventurerismo pequeño burgués» de Fidel Castro y de sus compañeros.

³ Por ejemplo, el trotskista Pablo Díaz González (Lasalle) era tesorero del M26J y uno de los 14 miembros de la dirección del mismo.

El programa del M26J exigía democracia y una reforma agraria pero en realidad no se diferenciaba mucho del de otras tendencias democráticas latinoamericanas y esa indefinición dio esperanzas a Washington y lo llevó a enviar a la Sierra Maestra al periodista del *New York Times* Herbert Mathews, un hombre relacionado con la CIA, para sondear cuáles eran las posiciones reales de Fidel Castro de quien sólo se sabía que era militante del Partido Ortodoxo y en el medio estudiantil, opositor a los activistas del Partido Socialista Popular.

Tranquilizado, Mathews publicó el 17 de febrero de 1957 un reportaje que sirvió para demostrar que Fidel Castro estaba vivo y combatiente, y que dio a conocer a los revolucionarios de Sierra Maestra y los popularizó a escala mundial.

Sin embargo, este apoyo de Estados Unidos durante la Guerra Fría reforzó la resistencia al M26J de la Unión Soviética (Jruschov declaró que había sido convencido por los informes de La Habana de que Castro era un agente de la CIA en el intento de substituir a Batista) y, por lo tanto, también la oposición de todos los partidos comunistas, que preconizaban entonces una alianza con las burguesías «progresistas» y la lucha legal. Por consiguiente, salvo en México y en Venezuela (donde el dictador Marcos Pérez Jiménez será derrocado por una revolución democrática en 1958) en el resto de América Latina el carácter de la lucha de los revolucionarios cubanos no estaba claro.

Por ejemplo, en Argentina, Juan Domingo Perón había huido en 1955 tras un golpe militar apoyado por los universitarios, los socialistas, comunistas y Estados Unidos, y había encontrado refugio en la Cuba de Batista antes

de exiliarse definitivamente en la España de Franco. Los obreros peronistas, por consiguiente, creían que la lucha revolucionaria antibatistiana era igual al golpe contra Perón y que Fidel Castro era «gorila» y agente de Estados Unidos mientras que Batista era algo así como un Perón isleño. Para empeorar las cosas, en 1952 Perón había formado el Partido Socialista de la Revolución Nacional para encauzar y controlar la radicalización del movimiento obrero pensando poder crear un contrafuego y había utilizado para ello a un viejo y respetable dirigente nacional del Partido Socialista, Enrique Dickman, y diversos ex trotskistas — Abelardo Ramos, Esteban Rey y Hugo Bressano (Nahuel Moreno)—, por su disciplina peronista y su pobre formación marxista, calificaban a los revolucionarios cubanos de «agentes de la CIA»⁴ y sostenían a Batista.

En Cuba, en cambio, la situación de éste era cada vez más insostenible. En efecto, en marzo de 1957 un grupo de universitarios dirigido por Juan Antonio Echevarría intentó tomar el Palacio Presidencial y eliminar al dictador, quien escapó a la muerte por muy poco. Esa heroica acción terminará con la muerte del líder estudiantil y de muchos de sus compañeros. Pero en abril de 1958 el M26J declaró una huelga general en las ciudades, fracasó pero llevó a la Sierra Maestra decenas de nuevos combatientes, incluso del PSP, mientras que los revo-

⁴ El Partido Obrero Revolucionario (trotskista) argentino, por el contrario, formó en 1957 con las Juventudes Socialistas y varios Centros de estudiantes universitarios un Comité Argentino de Solidaridad con la Revolución Cubana. Sólo en marzo de 1959, una vez que se conocieron en Argentina los primeros actos del gobierno revolucionario cubano triunfante, los obreros argentinos comenzaron en masa a apoyar a la revolución.

lucionarios ganaban diversos combates contra un ejército muy poco motivado y nada combativo. Además, los guerrilleros conquistaron el apoyo de los habitantes de la región sobre todo porque se afianzaron realizando una reforma agraria.

Por eso, en noviembre de 1958 Batista decidió jugarse el todo por el todo y lanzó una ofensiva generalizada con aviación, artillería y tres mil soldados contra los 300 guerrilleros del M26J, que les hicieron frente y después contraatacaron y en diciembre, el gobierno de Estados Unidos abandonó a su suerte al dictador.

Vencido en los combates, sobre todo en la toma de Santa Clara por el Che, batalla que será decisiva, Batista escapó a Santo Domingo con 300 millones de dólares y dejó el gobierno, como una papa caliente, en manos del general Eulogio Cantillo, quien se lo pasó enseguida a un juez de la Suprema Corte esperando poder formar una Junta Militar.

Para acabar con esa tentativa, los revolucionarios convocaron a una huelga general que esta vez fue total e hizo caer una dictadura que mató a 20 mil personas y torturó atrocemente y encarceló otras decenas de miles. Cuba fue liberada y el primero de enero de 1959 los jóvenes barbudos entraron triunfantes en una Habana en fiesta e inauguraron una nueva fase en toda América Latina. El 5 de enero, mientras Fidel Castro llegaba a La Habana, Washington reconocerá al nuevo gobierno mientras que la Unión Soviética, muy reticente, lo hará recién el 8 de mayo de 1960.

La revolución y el nuevo Estado

El nuevo gobierno estaba presidido por el juez Manuel Urrutia Lleó, un juez democrático antibatistiano que odiaba

a los comunistas por su participación en el primer gobierno de Batista y, sobre todo, por haberse negado a tomar las armas contra el dictador, y tuvo a José Miró Cardona como primer ministro, a Regino Boti en Economía, Rufo López Fresquet en Hacienda, Roberto Agramonte en Relaciones Exteriores, Armando Hart en Educación, Enrique Oltuski en Comercio, Luis Orlando Rodríguez en Interior, Osvaldo Dorticós Torrado en Legislación Revolucionaria y a Faustino Pérez en Recuperación de las Propiedades Adquiridas Ilegalmente. Fidel Castro era Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas.

A pesar de su composición —pues los puestos principales estaban en manos de personas anticomunistas y moderadas— Dwight Eisenhower, presidente de Estados Unidos, dio instrucciones el cinco de enero para efectuar acciones encubiertas contra Cuba, cuyo gobierno acababa de reconocer en ese mismo día.

En efecto, Washington había comprendido que Castro conservaba el control del ejército rebelde que era a la vez su partido y que, en cambio, los ministros burgueses y el presidente carecían de base social y dependían de la evolución política de Fidel Castro y de los militantes a él más allegados, como su hermano Raúl o el Che Guevara. Fidel Castro, hábilmente, no ocupaba ningún cargo en el gobierno, cuya moderación le servía para tranquilizar a sectores importantes de la clase media habanera, pero lo controlaba desde su posición fuerte y tenía las manos libres para actuar con independencia.

Las primeras medidas de los revolucionarios cambiaron su imagen en América Latina. Los tribunales revolucionarios que juzgaron a los torturadores y criminales

de Batista condenando a cientos de ellos al fusilamiento, la eliminación de la discriminación racista, la lucha contra la mafia y la promesa de una reforma agraria radical acompañada por una ley de inquilinos y de tierras baldías, tuvieron gran eco entre los trabajadores y sectores pobres de las clases medias en todo el continente.

En Cuba se estableció también, de manera virtual, un doble poder entre las organizaciones obreras, de masa y los capitalistas. Los obreros de los diarios, por ejemplo, respetaban aún la propiedad de los mismos pero publicaban las noticias de las redacciones con coletillas de respuesta o de desmentido al final de cada nota importante. Cuando, en febrero de 1959, a apenas un mes y medio de ingreso de los barbudos en La Habana, renunció Miró Cardona y provocó la dimisión de todo el Ministerio. Fidel Castro fue nombrado por el presidente Urrutia primer ministro con poderes ejecutivos.

En esa nueva calidad y como líder de una revolución plebeya victoriosa, Fidel Castro visitará Estados Unidos entre el 15 y el 27 de abril y se reunirá con Richard Nixon, el vicepresidente, porque Eisenhower se excusó diciendo que tenía pendiente un partido de golf... A Nixon, Castro le dirá que no había sido ni era comunista, lo cual era verdad porque como estudiante y ortodoxo había combatido contra el partido comunista local y se había formado con los ejemplos de Guiteras y de Chibás.

Poco después, el 2 de mayo, a apenas cuatro meses del triunfo revolucionario, Fidel Castro viajó a Buenos Aires en nombre de una Cuba que aún era miembro de la OEA y que no se había declarado socialista, para visitar un país gobernado por los militares desde atrás del sillón

presidencial ocupado por Arturo Frondizi gracias a los votos prestados por el peronismo proscripto. Lo hizo para participar en una reunión de la OEA y les dijo a los otros representantes, que lo interrogaban sobre la presencia de comunistas «infiltrados» en su gobierno que estaba muy bien preocuparse por la posibilidad de dictaduras de izquierda pero que había que preocuparse también por las dictaduras de derecha...

A su regreso a La Habana, el 7 de mayo, no perdió tiempo y expropió todas las tierras de más de 420 hectáreas, comenzando por las de su familia. El 17 de julio renunció el presidente Urrutia presionado por los obreros azucareros y el Primer Ministro Fidel Castro también renunció pero una manifestación le hizo permanecer en su cargo y Osvaldo Dorticós Torrado sustituyó en su cargo al presidente dimisionario. La renuncia de Urrutia, la reforma agraria la influencia del Raúl Castro y del Che en el gobierno condujeron posteriormente a la renuncia del comandante de la guerrilla en Camagüey Hubert Matos, propietario de arrozales y miembro anticomunista del Partido Ortodoxo, que en julio fue encarcelado por Camilo Cienfuegos. Estados Unidos, que desde el 5 de enero de 1959 preparaba medidas contra la revolución con el pretexto de la reforma agraria, de la represión contra Matos y de la renuncia del presidente Urrutia, dejará de comprar azúcar cubano, que el nuevo gobierno seguirá vendiendo a la Unión Soviética.

Las cosas inmediatamente se precipitarán: primero, Estados Unidos vuela en el puerto de La Habana el barco francés *Le Coubre* que llevaba armas a Cuba; después, en febrero de 1960, visitó la isla durante diez días Anastas Mikoyan,

vice primer ministro soviético, quien concedió un préstamo de cien millones de dólares, y esa visita —resistida, sin embargo, por una manifestación de universitarios— cambia la actitud hostil de los partidos comunistas y del Kremlin frente al gobierno cubano y la Unión Soviética termina reconociendo al gobierno revolucionario el 8 de marzo de 1960, a un año tres meses de la victoria de la revolución.

El 17 de marzo de 1960, debido ese establecimiento de relaciones con la URSS y a los temores de los inversionistas estadounidenses por sus propiedades en la isla, el presidente de Estados Unidos, Dwight Eisenhower, ordenó comenzar los preparativos de invasión organizados por la CIA desde la Nicaragua en manos de Somoza y su sucesor en 1961, John F. Kennedy, heredará y aplicará esos planes.

Pocos meses después, en junio, ante la negativa de las petroleras a refinar petróleo soviético, el gobierno cubano expropió las refinerías estadounidenses, Texas Oil y Esso, y la británico-holandesa Shell. Poco después confiscó 39 ingenios azucareros y las compañías de teléfonos, de electricidad y petroleras que saboteaban la producción.

El 18 de septiembre de ese año Fidel Castro viajó a Nueva York para participar en una Conferencia de las Naciones Unidas y, ante la negativa del hotel contratado de alojarlo, aceptó la invitación del hotel *Theresa* —de propietarios negros y situado en Harlem— desafiando los prejuicios racistas y comenzando una diplomacia de pueblo a pueblo que le permitirá obtener apoyo en importantes sectores de la sociedad estadounidense, además de la simpatía de todos los afroamericanos y descendientes de esclavos de toda América. En esa ocasión sostuvo nuevamente que no era comunista.

Cuando a su retorno Castro lanza en 1961 una campaña de alfabetización que erradicará la plaga del analfabetismo y del semianalfabetismo, llevará al sistema educativo cubano al nivel más alto a nivel mundial, ganará el apoyo de buena parte de los universitarios y democráticos de América. Incluso se dividirá el Partido Socialista de Argentina, que había apoyado el golpe proimperialista contra Perón y la dictadura militar con varios de sus dirigentes como embajadores; Alfredo Palacios, el primer diputado socialista de América, pasó a apoyar a Cuba y escindió el Partido mientras los socialistas chilenos y los ecuatorianos, a diferencia de los comunistas, lo sostenían ya desde un primer momento.

Para organizar su apoyo político, los revolucionarios antibatistianos del M26J, del Directorio Revolucionario y del Partido Socialista Popular, crearon las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) que en 1962 cambiaron su nombre denominándose Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) el cual será la base del Partido Comunista Cubano que fue creado en 1965, seis años después de la revolución.

Es necesario destacar la peculiaridad de la revolución democrática antiimperialista de Cuba que inicialmente seguía la senda de Martí, Guiteras y Chibás y reunía algunos comunistas o simpatizantes, como el Che Guevara, pero también políticos conservadores, militares anticomunistas pero antibatistianos, dirigentes estudiantiles social-católicos e incluso algunos aventureros y que después, en su curso mismo y bajo la influencia de los obreros y campesinos anteriormente organizados por anarquistas, comunistas y trotskistas o deseosos de un cambio social radical, terminó avanzando hacia una depuración de los

elementos burgueses y la adquisición de ideas socialistas. La revolución de los barbudos no fue una revolución socialista resultante de la evolución de la clase obrera, unida a intelectuales y campesinos sino una revolución democrático-burguesa de pequeño-burgueses ganados por las ideas marxistas que en el curso de la revolución misma fueron evolucionando.

Ese curso de la revolución determinado porque en su fase imperialista el capitalismo pondrá en el orden del día con sus desastres y matanzas la necesidad de su superación, llevó a la construcción tardía de un partido *sui generis* pues no solamente no era igual a los otros partidos comunistas, que nacieron como partidos obreros y posteriormente se estalinizaron por la acción de la difunta Tercera Internacional, sino que tampoco era estalinista.

En efecto, lejos de seguir las diversas corrientes estalinistas, tanto la ORI como sus sucesores PURSC y PCC (aunque por inmadurez adoptaron muchas de las ideas y concepciones imperantes en la URSS) se depuraron de los estalinistas de la «microfracción» dirigida por Aníbal Escalante, fieles representantes de la ortodoxia soviética y ejecutores de las instrucciones de las embajadas «socialistas», que fueron incluso encarcelados —aunque hubiera bastado con demostrar la falsedad y el conservadurismo de sus ideas— y algunos de los cuales están exiliados hoy en Miami.

Además, a diferencia de los otros partidos comunistas, que son nacionalistas y por eso se llaman Partido Comunista Francés, Partido Comunista Italiano, Partido Comunista Argentino y así sucesivamente, el Partido Comunista de Cuba por su nombre mismo hace hincapié en las ideas y no en el origen

nacional retomando las tradiciones de los comunistas italianos dirigidos por Amadeo Bordiga y Antonio Gramsci o de los bolcheviques.

El patriotismo antiimperialista pero sin chauvinismo nacionalista y la formación cultural y política cercana a Chibás de Fidel Castro determinó que Cuba no fuera estalinista ni siquiera en los peores momentos de dependencia económica e ideológica de la Unión Soviética como el «quinquenio gris», e hizo posible que en el partido comunista existiesen revolucionarios independientes. Otra característica particular es que la estructura partidaria nació mucho después que la estructura del nuevo poder estatal, cuya base era el ejército rebelde y se fundió con aquélla sin pretender tener el papel dirigente, salvo en las declaraciones oficiales. Fidel Castro fue toda su vida un revolucionario que se guiaba bien o mal por las necesidades y las conveniencias del Estado.

Pero volvamos al curso del proceso revolucionario. En abril de 1961 Estados Unidos, ya con Kennedy como presidente, lanzó su golpe desde Nicaragua, Guatemala y Panamá, con aviones de bombardeo y de transporte que llevaban tropas y tanques para crear una cabeza de puente en Playa Girón (Bahía de los Cochinos). Los bombardeos por sorpresa del 15 de abril de 1961 destruyeron en tierra cinco aviones cubanos, casi la mitad de la aviación revolucionaria. El 16 de abril, en el entierro de las víctimas de los bombardeos, Fidel Castro declaró por radio, como respuesta, que Cuba era socialista. Un día después, apoyados por aviones de Estados Unidos disfrazados de cubanos, desembarcaron 1 500 hombres con artillería pesada y tanques que fueron valientemente

enfrentados por los pescadores y campesinos cercanos. Esas tropas invasoras ya estarán cercadas el día 19 por el ejército dirigido por Fidel Castro que aplastó la invasión antes de que hiciera pie en territorio cubano y después canjeará los casi dos mil prisioneros por medicinas, humillando a Estados Unidos.

El bloqueo de Estados Unidos contra Cuba comenzó en 1960.⁵ Debido a él, Cuba tuvo que conseguir otros mercados para sus productos de exportación— azúcar, níquel, tabaco, principalmente— y nuevos proveedores de armamentos y de insumos industriales ya que toda la tecnología en la isla era estadounidense. Eso la obligó a depender de la URSS, que le compró azúcar a precios diferenciales y la abasteció en petróleo barato —parte del cual podía reexportar— lo cual mantuvo en la isla un nivel de consumo digno y un amplio consenso popular.

Pero, desde fines de los años cincuenta y durante los sesenta, el conflicto sino-soviético recrudeció de manera permanente. Algunos en Cuba, como el Che Guevara, sentían simpatía por las críticas chinas a la coexistencia pacífica con el imperialismo que preconizaban los soviéticos pero en China los acuerdos económicos y militares de Cuba con la URSS eran vistos como una sumisión cubana

⁵ Hasta la fecha el bloqueo ha costado a Cuba, que tiene once millones de habitantes, cerca de 200 mil millones de dólares y, además de obligarla a depender de la ayuda y la tecnología de la Unión Soviética hasta fines de los 1980, la forzó a aceptar públicamente las concepciones de los sucesores de Stalin y en el campo nacional, a desarrollar una amplísima burocracia estatal privilegiada y una fuerza militar desproporcionada que le permita enfrentar las amenazas de agresión imperialista.

al control del Kremlin y el guerrillerismo que promovía Cuba en América Latina para Beijing era aventurero.⁶ De modo que el gobierno cubano —que exigía enérgicamente la unidad de acción sino-soviética en Vietnam— no pudo contar con ayuda china lo cual ayudó al fortalecimiento de la dependencia económica de la URSS, que comenzó a pesar en el campo ideológico con la importación de los modelos estalinistas de partido, de planificación y de dirección económica.

Los errores políticos de Fidel Castro se debieron sobre todo a esa causa, incluso en los momentos en que las tensiones con Moscú aumentaron, como con ocasión de la grave crisis de los misiles en 1962 cuando Jruschov retiró de Cuba los misiles a cambio del retiro de los proyectiles estadounidenses en Turquía sin ni siquiera consultar al gobierno de Fidel Castro⁷ ni satisfacer las cinco condiciones puestas por La Habana para suprimirlos, o en 1967 cuando la URSS redujo el suministro de petróleo ante las críticas cubanas.

En 1962 el Che Guevara, por ejemplo, criticó la importación de métodos estalinistas y la destrucción de los materiales para la publicación de, *¿A dónde va la URSS?* de Trotsky, conocida como *La Revolución Traicionada*, diciendo que «las ideas no se reprimen sino que se discuten con ideas».

⁶ El Che, personaje incómodo para muchos en la isla, en su viaje a la URSS fue tildado de trotskista (acusación terrible en el país que fuera de Stalin) y criticó el mantenimiento de los valores capitalistas en las burocracias «socialistas» pero en China fue mal recibido y criticado.

⁷ El pueblo cubano realizó grandes manifestaciones gritando «¡Nikita mariquita, lo que se da no se quita!».

Las ideas y métodos estalinistas llevaron también a aberraciones como la condena a siete años de prisión de varios trotskistas cubanos excombatientes de Sierra Maestra y miembros del Partido Comunista además de sindicalistas... ¡por formar un círculo de lectura de *El Capital* sin el permiso de Partido!

En 1963-1964 se desarrolló en Cuba una importante discusión sobre cómo debería ser la economía cubana en la que participaron entre otros, de un lado, el Che Guevara y Ernest Mandel, dirigente trotskista, y del otro, Charles Bettelheim, economista maoísta y Carlos Rafael Rodríguez, del viejo PSP. Fidel Castro, aunque cercano a las posiciones de Guevara, no intervino. Esa fue la última discusión pública y democrática y, como saldo de ella, Cuba terminó adoptando los conceptos económicos imperantes en la URSS, lo que precipitó la decisión de Guevara de ir a luchar primero en el Congo y después en Bolivia, donde encontrará la muerte en 1967 porque su grupo guerrillero no contó ni con una radio transmisora ni con ninguna ayuda y el partido comunista local, por el contrario, lo sabotó.

En contradicción con aquella discusión pública, libre y seria, en 1963 se perseguirá a los homosexuales, que fueron enviados a campos de trabajo «para su reeducación» al igual que los Testigos de Jehová, los católicos y los adeptos del culto negro abakuá.

En ese siniestro periodo, la policía zanjó las diferencias ideológicas y el partido impuso el monopolitismo estalinista mientras, por supuesto, ocultaba a sus militantes y al pueblo cubano la historia real de la Revolución Rusa porque toda la educación política se hacía con manuales soviéticos.

Un ejemplo de eso, en enero de 1968, fue la prohibición de asistir a un importante Congreso Cultural Latinoamericano —al cual asistieron invitados internacionales que discutieron libremente— a un grupo de destacados intelectuales negros, uno de los cuales —Nicolás Guillén Landirán, sobrino del gran poeta homónimo— era presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, porque esos intelectuales negros criticaban la subsistencia de los prejuicios raciales. En el mismo año, la policía encarceló al poeta homosexual Heberto Padilla y lo acusó de ser agente estadounidense. Muchos intelectuales importantes, amigos de la Revolución Cubana como Jean Paul Sartre, Julio Cortázar o Eduardo Galeano, protestaron enérgicamente en vano con el único resultado de que sus obras fuesen retiradas de todas las bibliotecas de la isla. La importantísima revista revolucionaria *Pensamiento Crítico* dirigida por Fernando Martínez Heredia fue también cerrada en 1971 y su director deberá esperar treinta años para ser reconocido con un Premio Nacional, al igual que los economistas y sociólogos del Centro de Estudios de América, sancionados en los años 1990.

También de origen estalinista soviético, aunque coincidente con la visión nacionalista de la mayoría de los dirigentes cubanos, fue la fatal identificación de los intereses del aparato estatal del capitalismo de Estado cubano con el partido, que en vez de ser independiente y de tener posiciones propias, adoptó siempre las posiciones diplomáticas del Estado.

Igualmente estalinista sigue siendo la anteposición de los intereses económicos del Estado cubano al internacionalismo aunque en 1963 Cuba había enviado soldados

de manera desinteresada y en solidaridad para combatir junto con Argelia contra la monarquía de Marruecos que había invadido a su vecino.

Una prueba de esa identificación del partido con el Estado fue que en 1968, para no molestar al gobierno mexicano de Gustavo Díaz Ordaz —que documentos apenas ahora publicados demuestran era un agente de la CIA, al igual que su ministro de Gobernación (Interior) y sucesor, Luis Echeverría Álvarez— la prensa cubana no informó sobre la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco, en 1968, publicando sólo el comunicado oficial mexicano porque éste era el único país latinoamericano que mantenía relaciones con Cuba (y fotografiaba a todos los que entraban y salían de su embajada).

Tampoco informó sobre el mayo francés de 1968 para no debilitar a De Gaulle, ni mucho menos aún sobre los sucesos que llevaron a la Primavera de Praga en esos años ni sobre la democratización del Partido Checoslovaco. Por el contrario: Fidel Castro hará un discurso apoyando la intervención armada del Pacto de Varsovia contra Checoslovaquia y la invasión soviética de ese país «socialista», a pesar de que la teoría de Brezhnev sobre la soberanía limitada del bloque soviético sentaba un precedente muy peligroso en América Latina, siempre bajo la amenaza de Estados Unidos.

En 1969-70 ante la baja productividad y el aumento después de la revolución del consumo de alimentos, que deben ser importados, Fidel Castro lanzó una campaña con el fin de cosechar 10 millones de toneladas de caña y movilizó a los trabajadores para que realizaran jornadas de trabajo voluntario como macheteros, aunque éste es un trabajo que exige

preparación y especialización. La zafra, por consiguiente, no llegó ni de lejos a su objetivo y la economía general, en cambio, quedó desorganizada y aún más dependiente de la ayuda soviética.

Como la falta de participación de los trabajadores en la organización del trabajo y en la vida nacional provocaba un alto ausentismo, baja productividad e indisciplina entre los trabajadores, el 20 de marzo de 1973 el gobierno —para atemorizarlos— emitió la «ley de vagancia» que obligaba a todos los varones adultos a trabajar jornadas completas so pena de cárcel o de condena a campos «de trabajo».

En 1972 Cuba ingresó al Consejo de Asistencia Económica Mutua (CAEM en Occidente, COMECON), el mercado común de los países «socialistas» europeos, y en 1974, durante un viaje a Somalia, Fidel Castro calificó de «gran marxista»⁸ a Siad Barre, dictador de ese país y expolicia de los colonialistas italianos que durante un breve lapso se había declarado y, al mismo tiempo que proponía —correctamente pero sin éxito— una Federación entre Somalia, la República Socialista de Yemen del Sur y Etiopía, país que con ayuda militar cubana combatía contra Somalia por la región del Ogadén y contra Eritrea donde hubo una revolución independentista. El supuesto «marxista» Siad Barre expulsó a los consejeros rusos y cubanos, pasó al campo de Washington; el régimen militar etíope que los cubanos consideraban marxista reveló ser nacionalista y opresor de Eritrea y de las minorías nacionales etíopes y terminó cayendo.

⁸ Había hecho lo mismo con Leonid Breznev, el más inmovilista y corrupto de los sucesores de Stalin, que estableció una alianza entre la burocracia y la mafia.

En Angola, en cambio, las tropas cubanas serán decisivas para rechazar la anexión del país por el régimen blanco sudafricano, que practicaba el apartheid en su país, y para asegurar el triunfo del Movimiento por la Liberación de Angola (MPLA) dirigido por Agostinho Neto contra el Frente Nacional para la Liberación de Angola (FNLA) dirigido por Holden Roberto, primo de dictador congolés Mobuto y agente de Estados Unidos y de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), dirigido por el maoísta Jonas Savimbi, que a pesar de estar apoyado por China terminará declarándose anticomunista y sirviendo también a Washington.

Las armas dejadas al MPLA por la Revolución de los cañales de los jóvenes oficiales portugueses y la capacidad militar de los soldados cubanos son manifestaciones de un internacionalismo que Cuba pagará sin embargo con muchísimos muertos y heridos, costos sociales y económicos importantes que dejará como saldo en Angola una de las burguesías africanas más ricas y corruptas, encabezada por la familia de Agostinho Neto sin que el gobierno cubano lo critique jamás porque Angola es un rico país petrolero.

Ya en los años 80, años de crisis del capitalismo mundial, Cuba comenzó a tener dificultades económicas, que serán terribles cuando desaparezcan la Unión Soviética y los gobiernos prosoviéticos de los países «socialistas» y triunfe en Rusia un capitalismo mafioso ferozmente nacionalista mientras los países ex satélites de la URSS rápidamente pasaban a ser aliados de Estados Unidos.

La juventud cubana, que ahora está educada pero que desde hace 35 años crece en una profunda crisis económica y moral, siente que hoy no tiene futuro ni utopías y no cree ya en el socialismo vertical y paternalista que le ofrece el gobierno

pero sí lo apoya, en cambio, en la preservación intransigente de la independencia de la isla y en la lucha contra el bloqueo, por ese motivo no ha habido manifestaciones masivas por la escasez o la carestía.

Ahora el panorama ha cambiado y la vieja generación revolucionaria o formada en la Unión Soviética o con las concepciones estalinistas está siendo relevada por jóvenes pragmáticos. El 31 de julio de 2006 Fidel Castro cedió el gobierno a su hermano Raúl por razones de salud y Raúl Castro gobernó más de 11 años con pragmatismo y mayor apertura acumulando los cargos de presidente de la República, secretario del Partido y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas hasta el 19 de abril de 2018, aniversario de la victoria en Playa Girón. La Asamblea Nacional nombró presidente al primer vicepresidente de Raúl Castro desde 2013, Miguel Díaz-Canel Bermúdez. El mundo vive ahora bajo la amenaza de Donald Trump, que agravó el bloqueo a Cuba y quiere destruir a Venezuela, cuyo aporte económico en petróleo es fundamental para la isla. Se abre un futuro lleno de peligros y, con otra generación en el timón gubernamental nacida después de la Revolución de 1959, se abre una nueva fase llena de interrogantes y de nuevos desarrollos tanto positivos como negativos.

Bibliografía básica

- ALARCÓN Ramírez, Dariel, *Memorias de un soldado cubano. Vida y muerte de una revolución*, Barcelona: Tusquets editores, 1997.
- CANTÓN Navarro, José, *Historia de Cuba. El desafío del yugo y de la estrella*, La Habana: SI-MAR, 1996.

FRANQUI, Carlos, *Diario de la Revolución cubana*, Madrid: Editores Torres Rufino, 1976.

GUEVARA, Ernesto Che, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, La Habana: Ediciones Ciencias Sociales, 1985.

IX Yemen del Sur, una revolución socialista y de liberación nacional asfixiada

La peculiaridad de la Revolución en Yemen del Sur —que duró desde 1967 hasta 1990— consiste en que fue a la vez una revolución de liberación nacional y una revolución socialista dirigida por un partido obrero con un programa socialista revolucionario que tenía un núcleo de dirigentes jóvenes audaces y valientes los cuales tuvieron que actuar en un país donde la clase obrera era extremadamente minoritaria.

La revolución sudyemenita instauró en el mundo árabe la primera y única República socialista a fines de los años sesenta en pleno conflicto sino-soviético, al margen y con independencia de esas potencias que se proclamaban marxistas y en oposición también al resto de los movimientos y partidos integrantes del movimiento nacionalista árabe, que entonces tenía fuerte influencia nasserista o de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de Yasser Arafat. Fue una revolución internacionalista que apoyó a Siad Barre cuando éste tomó el poder en 1969 en Somalia y la declaró socialista, así como apoyó a la revolución en Omán, a la de la minoría

oromo en su lucha contra la monarquía amhara-tigrinya en Etiopía y a la revolución de independencia eritrea al mismo tiempo que aceptó la colaboración en la construcción del nuevo Estado de los cubanos y norcoreanos, de la República Democrática Alemana (RDA) y de los soviéticos y chinos (en conflicto entre ellos) y de una organización trotskista.

Tras el fracaso de los intentos nasseristas de unificación árabe, con la República Árabe Unida (Egipto, Siria, Yemen del Norte, primero, y después incluso con Libia) y también del intento autogestionario y del gobierno de Ben Bella en Argelia, la revolución sudyemenita mantuvo el alto la antorcha de un socialismo radical con una gran escasez de medios que la obligó a concesiones forzosas y en una zona abiertamente hostil.

Yemen el Sur es la antigua *Arabia Felix* de griegos y romanos, la tierra de la reina de Saba del Antiguo Testamento que por su ubicación entre Egipto y la India monopolizaba el comercio de especies. Fue ocupada en 572 por los persas de la dinastía Sasánida los cuales crearon mediante tubos de cerámica todo un sistema de riego subterráneo que permitió una importante agricultura y también fue transitoriamente gobernada por la monarquía cristiana de origen judío que desde el siglo IV reinaba en Abisinia (la actual Etiopía) antes de ser islamizada en el 630.

El portugués Vasco da Gama en su viaje hacia la India en el siglo XV visitó Adén y Portugal ocupó luego la isla sudyemenita de Socotra para garantizar la ruta hacia Oriente. Yemen estuvo también bajo el dominio de los turcos otomanos a partir de 1871 hasta el fin de la Primera Guerra Mundial y fue dominado por el fundador de Arabia Saudita. Los ingleses, por su parte, ocuparon Adén desde 1839 hasta 1937, integrando la ciudad y la región a la India que colonizaban.

Crearon posteriormente un protectorado sudyemenita que protegía la ruta hacia la India y en el que se refinaba el petróleo proveniente de Irán, entonces bajo el control de la Shell antes de encaminarlo hacia Europa. Allí las tropas británicas, que temían y despreciaban a la inquieta población nativa, se apoyaban en el Sultán y los Emires locales a los cuales financiaban y protegían, así como en una delgada capa de comerciantes provenientes de la India; abandonaron y olvidaron bajo la arena el sistema de riego persa construyendo casas y un hospital sólo para ellos.

Por la apertura de Yemen al Océano Índico y su ubicación frente a Somalia, Etiopía y Zanzíbar en el Cuerno de África y junto al Mar Rojo y, en tiempos modernos, de la vía hacia el Mediterráneo por el Canal de Suez, los sudyemenitas han sido siempre emigrantes y exploradores; durante todo el siglo XX llegaron como trabajadores a Indonesia o trabajaron en las fábricas del Reino Unido. Por su parte, la intelectualidad yemenita, tanto en el norte tribal como en el sur nómada y comercial, se educó sobre todo en Francia o en El Cairo donde tomaron contacto con las ideas socialistas.

En los años 1940-1950, aprovechando las dificultades de los colonialistas durante la guerra o apenas después, durante la reconstrucción de posguerra, un grupo de estudiantes socialistas sudyemenitas crearon las bases de lo que será el Frente de Liberación Nacional (FLN) mientras en Adén los obreros de la refinería y del puerto se organizaban en sindicatos. Esos fundadores vivieron la experiencia del nasserismo egipcio y de la lucha por la liberación de Argelia como de toda África del Norte (el Maghreb árabe) y conocieron también, en Francia y en Europa el apoyo del trotskismo a la Revolución Argelina y Yugoslava, las causas del frac-

so de las experiencias de autogestión en ambos países, así como los desarrollos de la Revolución Cubana. Por eso los revolucionarios sudyemenitas fueron los únicos que, en el mundo árabe, tradujeron al árabe y publicaron *La Revolución Traicionada*, de León Trotsky.

La revolución sudyemenita será por lo tanto radical y se apoyará en la clase obrera de Adén. El secretario general de los obreros de la refinería de Adén —Abdul Fattah Ismaïl— dirigirá la lucha clandestina y la revolución armada que expulsará a las tropas ocupantes, al Sultán y sus notables tal como la Revolución Yugoslava había expulsado en 1948 a los nazis, al rey y a los burgueses. Tras vencer en 1958 al ala derechista del FLN y formar el Movimiento 14 de Mayo, abiertamente socialista, fundará en 1978 el Partido Socialista de Yemen (PSY).

La guerra de liberación nacional comenzó en 1963 bajo la dirección del sindicalista obrero Abdul Fattah Ismaïl y culminó con la independencia el 30 de noviembre de 1967 con la creación de la República Popular de Yemen del Sur, que poco más tarde se transformó en República Democrática Popular de Yemen del Sur.

El PSY era un partido marxista pluralista en el cual convivían diversas posiciones marxistas (trotskistas, prosoviéticas, maoístas, simpatizantes de Corea del Norte) e incluso nacionalistas pertenecientes al Movimiento Nacionalista Árabe, que incluía las diversas tendencias del Partido Socialista Bath's, Acción Comunista del Líbano, los comunistas y socialistas sauditas y los palestinos del Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP) dirigido por Georges Habash y el Frente Democrático de Liberación de Palestina (FDLP), del más radical Nayef Hawathme.

El nuevo partido descendía del Frente de Liberación Nacional que resultó de la unificación de diversas organizaciones revolucionarias previas (Partido de la Unidad Popular Democrática, marxista, Partido de la Vanguardia Popular de Yemen del Sur, Partido Revolucionario Democrático de Yemen, Partido de la Vanguardia Popular de Yemen del Norte, Organización Revolucionaria de Resistencia de Yemen, Unión Democrática Popular, Partido del Trabajo de Yemen) y encabezó la lucha armada contra los ocupantes, acompañada de huelgas obreras que le permitió superar a su rival también independentista pero financiado y dirigido por el gobierno egipcio de Nasser, el FLSYO. Ese partido se formó en un país que tiene una franja costera urbanizada pero cuyo interior está sobre todo poblado por tribus nómadas que crían camellos y ovejas.

Tanto el FLN como su sucesor, el Partido Socialista de Yemen del Sur, eran laicos y en sus filas militaban ateos por lo que debió enfrentar la oposición del Movimiento Nacionalista Árabe —en el poder en Irak, Siria y Argelia— que lo acusó de abandonar el Islam y también a ser flexible ante la religiosidad de las tribus, permitiéndoles seguir rigiéndose por la sharia en los matrimonios y divorcios que en el resto del país estaban regidos por la ley del Estado, la cual no autorizaba ni la poligamia ni el matrimonio de niñas de menos de 15 años (en Yemen las mujeres maduran antes que en Europa y tenían a principios de este siglo, antes de las matanzas actuales, una expectativa de vida de 64 años —contra 62 de los varones y sólo el 30 por ciento de ellas estaban alfabetizadas, contra el 70.5 por ciento de los varones).

La Revolución Sudyemenita tuvo una diferencia fundamental con la URSS, China, Corea del Norte y Cuba pues

el partido revolucionario —FLN, después PSY— no estaba fusionado con el Estado y, por el contrario, trataba de dirigirlo y cambiarlo pues, dado su carácter de Frente-partido, se reflejaba en el seno de la estructura estatal la división entre el Yemen del Sur rural y el urbano lo cual llevó a una complicada e inestable la estructura política. La presidencia, las fuerzas armadas y el Ministerio del Interior, en efecto, correspondieron a Salim Robaya Ali y a Saleh Moser, nacionalistas, mientras los sindicatos, el partido y las organizaciones sociales eran dirigidas por Abdul Fattah Ismaïl, secretario general del partido y líder de la insurrección, quien era marxista revolucionario y tenía simpatías por los partidos comunistas como las que había tenido al comienzo Ernesto Guevara pero, como éste, colaboraba con trotskistas y, ante la exigencia de la embajada soviética de expulsarlos, les ofrecía la ciudadanía sudyemenita para que pudiesen permanecer en el país.

Un partido de cerca de 1 500 miembros acometió así la empresa heroica de modernizar un país de un millón y medio de habitantes y de 360 mil kilómetros cuadrados, con un interior desértico y con población mayoritariamente analfabeta encarando al mismo tiempo la construcción del socialismo en un entorno hostil.

Además, las tropas inglesas derrotadas se habían llevado todo lo que aún podía ser útil, como el material del hospital militar o las bombillas de luz de las casas, y los pocos médicos existentes escaparon con el Sultán y los ricos comerciantes. La guerra de liberación, por otra parte, dejó un saldo de miles de viudas, huérfanos y heridos; los británicos duplicaron los salarios de los empleados públicos antes de irse. Lo primero que tuvieron que hacer los revolucionarios,

por consiguiente, fue rebajarlos nuevamente a la mitad, granjeándose así una fuerte resistencia pasiva, y decretar que los ministros cobrarían un salario medio. El sabotaje del personal estatal heredado de los colonizadores fue inmediato y, una vez derrotado, los funcionarios públicos trabajaban lo indispensable para no ser sancionados.

Por su parte, los mullahs atacaron al Estado laico predicando contra éste en las mezquitas y negando su colaboración en la tarea alfabetizadora hasta que los revolucionarios se vieron obligados a ahorcar a los más recalcitrantes para atemorizar al resto e igual cosa sucedió con un *lockout* de los grandes comerciantes extranjeros de ropas, alimentos y bienes domésticos que pasaron también a acaparar las mercancías para provocar la escasez de alimentos y bienes esenciales y doblegar al gobierno.

Hubo que estatizar los bancos, la industria naval, los medios de comunicación —imprentas, radio, televisión, que emitía para el ejército ocupante en inglés y con publicidad de whiskies y vinos en un país musulmán— y adecuarlos a la realidad revolucionaria. Fue indispensable encarar de inmediato la alfabetización y formar médicos y enfermeros, crear escuelas y hospitales todo eso casi a partir de cero, mientras el FLN rechazaba los consejos de moderación del partido Al Fatah, que dirigía la Organización para la Liberación de Palestina y expulsaba a su emisario así como a los enviados y representantes de los Baath's sirio e iraquí que querían imponerle su política.

Los resultados fueron espectaculares y la estatización del comercio exterior permitió que el Estado retuviese en Yemen del Sur las ganancias que mandaban al exterior los importadores-exportadores británicos e indios.

En 1968 el FLN impuso la igualdad de ambos sexos, el voto universal y secreto, educación laica y gratuita, creó la Unión General de Mujeres de Yemen en la que trabajaban las compañeras del partido e incluso en el ejército existían unidades de élite de ellas que podían ser oficiales de cualquier graduación. Con la declaración de que el suelo era de la nación y su concesión a los campesinos mediante una reforma agraria se recuperó el sistema de riego y aumentó mucho la producción de alimentos y el país llegó a exportar frutas y verduras a los países vecinos. Como los ingleses no habían podido llevarse sus departamentos y los habitantes del ghetto de Adén se fueron a Israel, hubo abundancia de viviendas y las veinte mil personas que dormían en las calles durante la ocupación británica pudieron tener una vivienda digna, aunque existía el problema de la falta de repuestos para los aparatos de aire acondicionado que comenzaron a detenerse uno a uno lo cual obligaba a desmontarlos para mandar hacer otros.

Sin embargo, los cuadros politizados y preparados estaban abrumados de trabajo, tenían hasta cuatro o más ministerios importantes a su cargo y por la falta de cuadros intermedios debían recurrir a los funcionarios más calificados y a los pocos técnicos que habían trabajado bajo la ocupación británica con los métodos de ésta. De este modo y poco a poco, el poder estatal se tragó al partido y éste se habituó a imponer sus decisiones en vez de tomarse el tiempo para convencer y, por supuesto, la colaboración de los soviéticos y de los alemanes de la RDA agravó esa tendencia.

La venta de ropas, productos domésticos y alimentos estaba en manos de indios, que buscaban altas ganancias para enriquecerse y volver a su país, formaban una capa más rica que se dife-

reñaba de la población nativa en los años iniciales de la Revolución Socialista lo cual mantenía graves desigualdades sociales —entre rurales y urbanos y entre trabajadores y comerciantes— a pesar de que el Frente había cerrado el abanico salarial y reducido fuertemente los sueldos y privilegios de los funcionarios estatales o dirigentes del partido, todos los cuales, sin excepción alguna, vivían en barrios populares y eran fácilmente abordables.

Eso alimentó la persistencia y el agravamiento de las diferencias entre los revolucionarios independendistas de tendencia maoísta-nacionalista árabe y los sindicalistas e intelectuales comunistas o trotskizantes. Los conflictos entre ellos (y entre las fuerzas armadas y la policía dirigidas por los primeros y el partido, en manos de los segundos) eran permanentes y visibles porque el presidente Robaya Ali en cada caso llamaba a beduinos armados de su tribu que se estacionaban con sus camellos frente a la sede del partido. Esos conflictos eran atizados por el enfrentamiento en escala internacional entre los maoístas y los soviéticos, a quienes los primeros consideraban «socialimperialistas», y por Arabia Saudita que intentaba incursionar por el noroeste así como por la constante guerra en el noreste en apoyo a los montañeses de Dhofar contra el Sultán de Omán sostenido por el Shah de Irán.

El partido y las milicias creadas con ayuda cubana tuvieron que frenar varias veces golpes militares y desarmar a los oficiales hasta que, en un enfrentamiento más serio producido por grandes diferencias políticas, Salim Robaya Ali y Saleh Moser, su ministro del Interior,¹ fueron vencidos y muertos en un encuentro armado con las milicias del par-

¹ Ambos eran partidarios de la conciliación con Arabia Saudita, Yemen del Norte y el sultanato de Omán y se opusieron al envío de tropas sudyemenitas a Somalia.

tido, lo cual sentó un funesto precedente, sobre todo en un país donde la violencia es constante.

Éste había sido fundado y fue dirigido hasta 1980 por Abdul Fattah Ismaïl, que privilegiaba mantener la alianza con la Unión Soviética, Cuba, China, Corea del Norte y con los revolucionarios marxistas de todo el mundo. La URSS, en efecto, hasta ese momento había afirmado y adiestrado al ejército y había concedido importantes créditos, Cuba desembarcaba pescado en Adén de la flota pesquera que entonces poseía y que pescaba en el Cuerno de África y brindaba asesores; China construyó una industria textil y aportó médicos y Corea del Norte colaboró en el sector agrícola. Ese apoyo, sin embargo, en todos los casos tenía como contracara la importación del «marxismo-leninismo» burocrático de los sucesores de Stalin, vía los cuadros y técnicos formadores de los sudyemenitas, como había sucedido antes en Cuba, y a ello se agregaba el culto de la personalidad y el estalinismo de las misiones maoísta o norcoreana, con su adoración cuasi religiosa de Kim Il Sung, el fundador de la dinastía «comunista» en Pyongyang.

En 1980 Abdul Fattah Ismaïl tuvo que abandonar su cargo de secretario del Partido y de presidente de la República y partió a Moscú, oficialmente para cuidar su salud (que en verdad siempre había sido frágil) y fue substituido por su hasta entonces aliado Ali Nasser Muhamad, prochino, en un periodo en el cual la Unión Soviética se encaminaba hacia su desaparición mientras en China crecía la estrella de Deng Xiaoping, promotor de las políticas procapitalistas que dejarían de lado al maoísmo inicial.

El retorno en 1985 de Abdul Fattah Ismaïl reavivó los conflictos y su reingreso al Buró Político del partido

le permitió conseguir una amplia mayoría en el Comité Central del mismo que condenó la acumulación por Ali Nasser Muhamad de los puestos de dirigente del Estado y secretario del Partido, pero éste no aceptó la crítica e hizo asesinar a Abdul Fattah Ismaïl y otros ocho miembros del Comité Central en plena sesión del organismo máximo del partido desatando una sangrienta guerra civil en la que Muhamad contó con el apoyo de Estados Unidos mientras el bando de los asesinados era respaldado por la Unión Soviética.

Ali Salem el-Beid, exministro de Relaciones Exteriores y revolucionario internacionalista, asumió la presidencia de la República en 1986 y, mientras la URSS de Gorbachov agonizaba, no vio otra salida que la unificación del país con Yemen del Norte 1990 la cual tuvo graves consecuencias para la población sudyemenita y para el PSY cuyos militantes fueron perseguidos y torturados así como para él mismo que tuvo que exiliarse.

La revolución llegó así a su fin. La muerte en conflictos armados de sus dirigentes más importantes, las graves diferencias en un partido joven y falto de tradiciones democráticas anteriores que le permitieran resolver mediante la discusión política los problemas constantes planteados por la pequeñez y la falta de recursos del país, el escaso peso en éste de la clase obrera y de la participación de la población en la discusión y solución de los problemas políticos y la influencia nefasta de las potencias que llevaron a Yemen del Sur sus luchas y posiciones contrapuestas, fueron las causas principales del suicidio del partido y del gobierno más progresistas del mundo árabe.

Hoy Yemen del Sur, uno de los países más pobres del mundo, sufre una tragedia humanitaria debido al ataque de

Arabia Saudita y de sus aliados, con el respaldo del gobierno estadounidense y de los gobiernos europeos que venden armas a los agresores y la RPDYS y su PSY siguen presentes en los recuerdos de supervivientes y exiliados.

Bibliografía básica:

ALI, Tariq, «El Yemen infeliz», en *Rebelión*, Revista web, 23-03-2010.

<Arqueohistoriacritica.blogspot.fr/2013/07/sobre-yemen-del-sur-html>

A modo de epílogo

Como consecuencia de desarrollo desigual y combinado de Rusia, que era una potencia aunque en condiciones prácticamente semicoloniales y había creado en un inmenso mar de campesinos analfabetos, una poderosa industria moderna concentrada —con decenas de millares de obreros alfabetizados y muchos de ellos especializados, pero que compartían las condiciones de explotación imperantes en todo el país— más una intelectualidad europeizada, las revoluciones rusas fueron una excepción pues en ellas partidos socialistas previamente existentes pudieron canalizar la rebelión obrera, que se apoyó sobre la insurrección campesina en 1917 y la dirigió, derribando no sólo al Zar sino también al capitalismo.

Las demás revoluciones se produjeron en países semicoloniales, con una escasa industrialización, una débil y poco numerosa clase obrera y sin tradiciones socialistas ni partido revolucionario de masas. Fueron por eso encabezadas por dirigentes salidos de las propias masas (como Emiliano Zapata o Francisco Villa), por intelectuales y estudiantes (en Persia, China, Cuba) o por sargentos y militantes popu-

lares, como en Argelia, o sindicalistas y estudiantes, como en Bolivia y Yemen del Sur. En un mundo como el actual, donde la mayoría de las personas viven en los países oprimidos por un puñado de imperialistas occidentales y en ellos combaten diariamente por sacar a sus países del atraso realizando reformas agrarias, democratizándolos, modernizándolos, independizándolos, en ese mundo semicolonial reside el motor de la lucha anticapitalista. Eso transforma la creación de supuestos «modelos» —como el ruso de 1917— y los intentos de imitación y copia en simples ejercicios escolásticos. Hay que conocer, sin duda, los ejemplos del pasado pero, sobre todo, es necesario estudiar las distintas realidades para apoyarse en los diferentes niveles de conciencia y de organización de los trabajadores y oprimidos así como en sus creaciones políticas durante este combate para poder colaborar con su lucha y llevarla a buen fin, a un régimen de justicia y fraternidad, democrático para continuar las experiencias interrumpidas.

Índice

9	PALABRAS PREVIAS
23	I RUSIA 1905, EL ENSAYO GENERAL
35	II MÉXICO 1910- 1920, UNA REVOLUCIÓN-BISAGRA
41	Madero y su gobierno
44	La dictadura de Huerta
47	Zapatistas y villistas
51	Venustiano Carranza y los Constitucionalistas
54	La Convención de Aguascalientes
57	El ciclo descendiente de la Revolución
61	Obregón y Calles y el asesinato de Pancho Villa
65	III CHINA: UNA LARGUÍSIMA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA Y CAMPESINA QUE TRIUNFÓ TRANSFORMADA EN GUERRA NACIONAL
70	La revolución democrática (1911-12)
77	El Partido Comunista Chino y la Unión Soviética
82	Campana contra los Señores de la Guerra y matanza en Shangai
87	¿Qué fue la Revolución China?

91	IV RUSIA 1917: EL PAÍS DE LOS SOVIETS TRANSFORMA EL MUNDO
94	Una digresión previa y consideraciones metodológicas necesarias
96	La Rusia de los zares a principios del siglo pasado
98	Los soviets (consejos) de obreros y soldados
100	El curso tormentoso de la revolución
104	Un partido revolucionario con una dirección revolucionaria
113	¿La Revolución de Octubre fue un golpe de Estado?
119	V LA REPÚBLICA SOCIALISTA SOVIÉTICA PERSA, UNA COMUNA DE PARÍS RURAL QUE FRACASÓ POR NO ENTREGAR LA TIERRA A LOS CAMPESINOS
127	VI BOLIVIA: UNA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA Y CAMPESINA, UN DOBLE PODER QUE NO PODÍA DURAR
141	VII LA REVOLUCION ARGELINA, UNA REVOLUCIÓN CAMPESINA DE LIBERACIÓN NACIONAL TRUNCADA
144	Antecedentes políticos de la revolución
147	Creación del FNLA
161	VIII LA REVOLUCIÓN CUBANA, EL DESAFÍO PERMANENTE
171	La revolución y el nuevo Estado
189	IX YEMEN DEL SUR, UNA REVOLUCIÓN SOCIALISTA Y DE LIBERACIÓN NACIONAL ASFIXIADA
201	A MODO DE EPÍLOGO

Ocho revoluciones sociales del siglo XX
se terminó de imprimir en junio de 2019,
en los talleres de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México,
San Lorenzo, 290, col. Del Valle, Del. Benito Juárez, C.P. 03100, México, DF.
El tiraje fue de 1000 ejemplares.
Cuidado de la edición: Ángeles Godínez Guevara
Diseño de la portada: Sergio Cortés Becerril
Difusión y distribución: Ana Beatriz Alonso Osorio



Master en Historia y Doctor en Ciencias Políticas (Universidad París VIII), ha sido profesor en la UNAM y la UAM-X y es analista internacional de La Jornada. Entre sus obras más recientes figuran *Militante Crítico* (Ed. Continente-Peña Lillo, Buenos Aires, 2004) y el largo ensayo introductorio de *La Revolución Rusa, cien años después* (comp. Mario Hernández, Editorial Metrópolis, AA.VV., Buenos Aires, 2017).

Guillermo Almeyra, el periodista argentino-mexicano quien comenta y explica en su columna semanal de La Jornada desde hace décadas los acontecimientos internacionales, presenta en este libro titulado *Ocho revoluciones sociales del siglo XX* otra faceta de sus vastos conocimientos del proceso político mundial, ahora como historiador de procesos revolucionarios del siglo pasado. Analizando en forma breve e incisiva los casos de las revoluciones rusas, mexicana, china, persa, boliviana, argelina, cubana y yemenita del Sur el autor nos presenta un fresco impresionante de los hechos esenciales ocurridos en ellas. Pero lo hace de tal forma que su muy legible redacción no deja de estremecernos al mostrar la dimensión extraordinaria de esos acontecimientos. Se trata ni más ni menos de la narración de matrices fundamentales que forjaron lo que hoy es nuestro mundo. Nos brinda la oportunidad de visualizar más allá de la coyuntura presentista, un panorama histórico de gran aliento en la reseña de los combates de estos pueblos en su lucha por su liberación y emancipación en la cual el fuego de la esperanza se mantiene intacto a pesar de las terribles vicisitudes que han debido atravesar. Con su libro enriquecerá los conocimientos de los lectores y lectoras que se acerquen a él, contribuyendo al mismo tiempo así al fortalecimiento de su conciencia solidaria y libertaria.

Manuel Aguilar Mora.

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

Biblioteca
BE
del
Estudiante

ISBN 978-607-9465-96-4



9 786079 465964